

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 2 - 8 febrero 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Epoca - Número 4

EL MUNDO PIDE AULAS



**LLAMAMIENTO EN TODOS LOS
IDIOMAS PARA EL ESTUDIO
DE LAS NUEVAS TECNICAS**



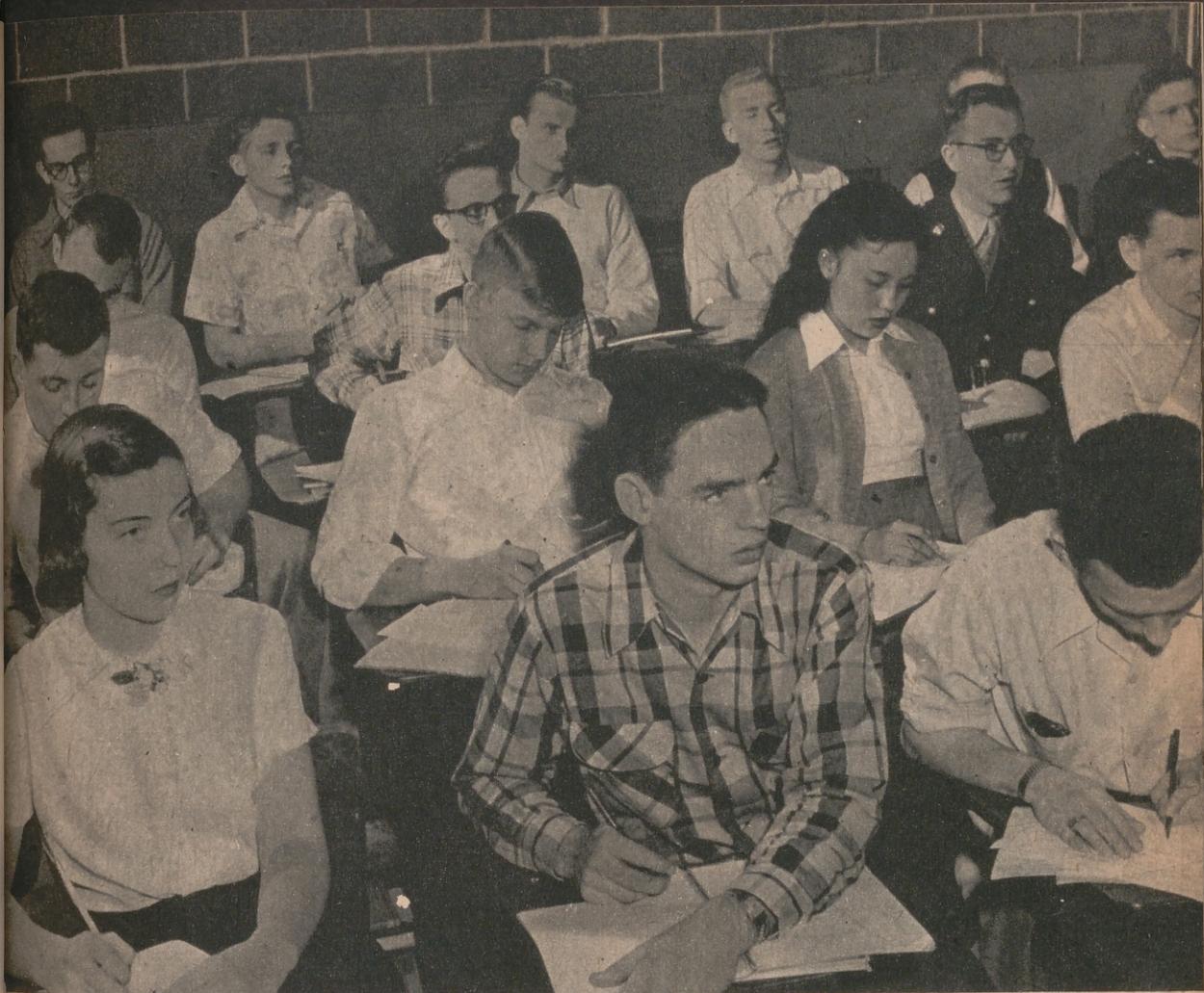
**PREVENGASE
CONTRA
LOS CATARROS
Y LA GRIPE**

**CUIDANDO LA
GARGANTA...**



La garganta duele por algo. Los microbios congregados allí acechan la ocasión del ataque. Después vendrán las anginas, la inflamación, el catarro o la gripe. Desde el primer momento —el simple dolor es un aviso— defiéndase con LISTERINE. Su enorme poder bactericida inmuniza la cavidad bucofaringea y protege la entrada de las vías respiratorias.

ANTISEPTICO
LISTERINE
DESINFECTA BOCA Y GARGANTA



EL MUNDO PIDE AULAS

LLAMAMIENTO EN TODOS LOS IDIOMAS PARA EL ESTUDIO DE LAS NUEVAS TECNICAS

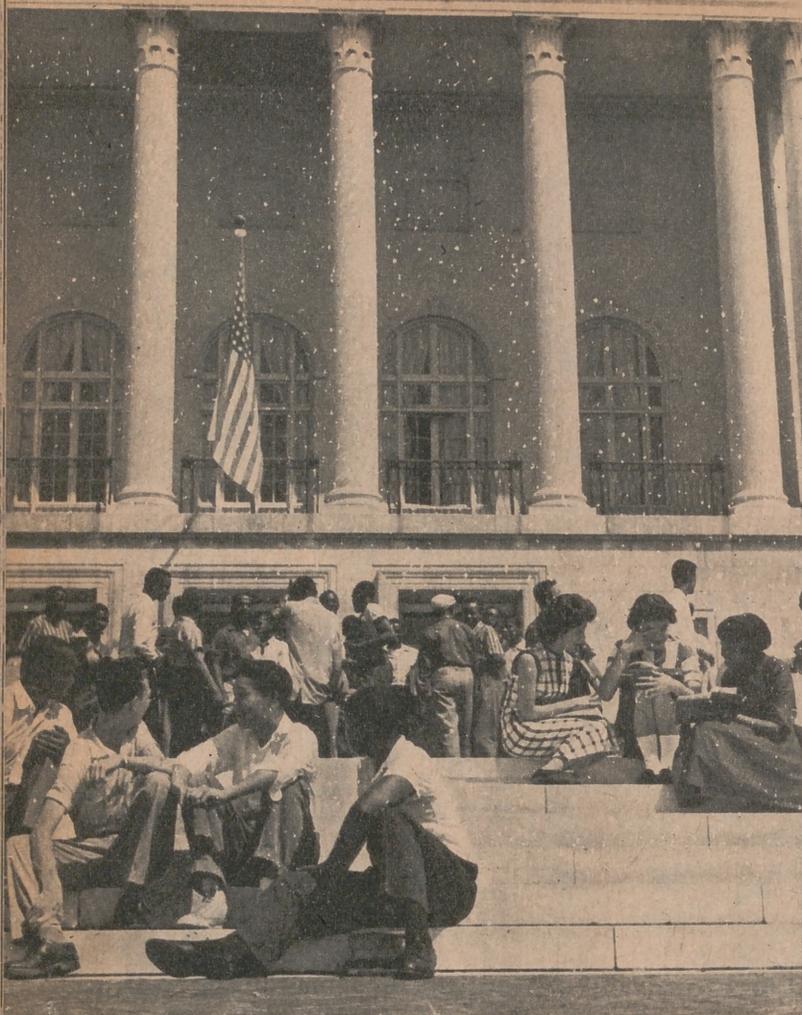
El fenómeno casi general de aumento de alumnos que acuden a las aulas universitarias de todos los países plantea una situación de desarrollo de las enseñanzas, de medios disponibles y de recursos docentes de esta índole. Este hecho es una realidad en gran número de centros universitarios, y cada nación trata de hallar soluciones, de aplicar los remedios de acuerdo con las necesidades y posibilidades propias.

Tanto en el aspecto de instalaciones como de servicios, el esfuerzo de España en los últimos años puede brindar el ejemplo de sus modernas y ampliadas Ciudades Universitarias, con centros de nueva planta, laboratorios y talleres de experimentación. Tanto en este aspecto como en el de nuevas orientaciones en la enseñanza, los centros universitarios españoles han superado dificultades que en otros países están aún en vías de solución.

En Italia se han reunido recientemente los rectores de las Universidades y de las Escuelas Politécnicas para estudiar la situación en esos centros superiores de enseñanza.



Dos escenas de la vida universitaria francesa. En una, los estudiantes y profesores. En la otra muestran las insignias prendidas en la tradicional «faluche»



Estudiantes norteamericanos toman el sol entre clase y clase

Una consecuencia de los debates celebrados ha sido dar por firme que es necesario renovar el régimen de funcionamiento de las Universidades. Todos se han mostrado de acuerdo en señalar que el Estado dota insuficientemente a aquellos centros. En pocos años, de 25.000 alumnos se ha pasado a 200.000. Las asignaciones para bibliotecas, laboratorios, instrumentos de investigación, etc., ha aumentado sólo en un 5,2 por 100 en los últimos ejercicios, a pesar del notable incremento en el alumnado. Según esos exámenes de la situación universitaria, se da el caso de que en Turín hay nueve mil estudiantes en la Universidad y 2.500 en la Escuela Politécnica. Cada año salen mil licenciados de la primera y 220 de la segunda. Sin embargo, el número de los profesores, en relación con la población estudiantil, es bajísimo: 1,15 por cada 100 alumnos.

En el aspecto de la Protección escolar, la situación tampoco es brillante. El 60 por 100 de los alumnos universitarios se ve obligado a trabajar para seguir sus estudios y muchos de ellos han de interrumpirlos por la imposibilidad de atender a ambas ocupaciones.

El problema en cuanto al número de profesores se complica aún más en otros centros. En la Facultad de Derecho de Turín, antes de la última guerra, había 600 alumnos. Ahora son mil quinientos. Y, sin embargo, el nú-

mero de profesores ha disminuido en un 10 por 100.

DOS HORAS SEMANALES DE MATEMÁTICAS POR SEIS DE HISTORIA, EN FRANCIA

En Francia se habla también de la insuficiente dotación por parte de los poderes públicos a las Universidades y centros de Estudios superiores. Pero hay otro problema que inquieta más agudamente. Se ha hecho en Francia una larga campaña de divulgación para atraer hacia los estudios científicos a los alumnos. Ahora resulta que las vocaciones técnicas se han incrementado, pero faltan profesores, locales y nuevos centros para hacer cara a las necesidades.

Desde hace años se repetía a los bachilleres: «Estudiad Ciencias; los empleos ofrecidos a los juristas son cada día menos numerosos.» Sería difícil saber si los estudiantes cedieron inconscientemente a la fuerza de este auténtico «slogan» o lo han hecho por convencimiento propio. En 1945 había 17.000 estudiantes de Enseñanza Técnica por 32.000 de Derecho. En 1950 eran 25.000 contra 39.000. En 1955, por primera vez, se estrechaban las distancias y había 40.000 estudiantes de Derecho y 38.200 de Ciencias. En el curso 1955-56 los estudiantes de Ciencias se ponen ya en cabeza por cerca del 30 por 100 del total de alumnos, contra 25 por 100 en De-

recho y 26 por 100 en Medicina.

Pero este aumento en las cifras de las Enseñanzas Técnicas no se corresponde con un esfuerzo semejante para reclutar los profesores necesarios ni para acondicionar y poner en servicio laboratorios, centros de investigación, etcétera...

Basta ver cómo están organizados actualmente los cursos o algunos trabajos prácticos, en locales sin medios y sin amplitud, para que en Francia se piense que la situación es delicada. Según «Le Monde», «se hace todo lo posible para desilusionar a los estudiantes de Enseñanzas Técnicas. Los profesores de Matemáticas se van reduciendo y en muchos programas hay dos horas semanales de esta disciplina contra seis de Historia. Las clases más «sabias» tienen horarios inferiores a los existentes en 1902. El problema es crear nuevos establecimientos y nuevos servicios. Tales remedios serán útiles. Pero ellos no bastarán. Una intervención a fondo se impone.

LOS ESTUDIANTES ALEMANES PREFIEREN LAS UNIVERSIDADES INDUSTRIALES

En todas las Universidades alemanas hay una oficina costeada por los propios estudiantes que es como una Bolsa de Trabajo. Allí se encuentran jardineros, camareras, intérpretes, niñeras y hasta mozos de cuerda. A lo largo del curso escolar, los estudiantes aceptan cualquier trabajo que les de unos pocos céntimos para ir viviendo. Durante las vacaciones, que son de dos meses por cada uno de los dos semestres académicos, los universitarios aceptan trabajos más duros y mejor remunerados. Es entonces cuando hay que hacer ahorros para pagar libros y matrículas. La mayoría se inclina hacia el ejercicio de oficios bien pagados, como el de obrero de la construcción y el de minero.

Las Universidades de Renania, zona rica en industria, dan obreros para las fábricas y para la construcción. Las de Baviera, para la agricultura. Las de Schleswig Holstein, para la fundición de aceros.

Puede asegurarse que de no existir en Alemania estas posibilidades de trabajo para los estudiantes, las Universidades se des-poblarían. De los 190.000 alemanes que cursan estudios superiores, sólo un 15 por 100 está en condiciones de realizarlos por sus propios medios. El resto tiene que simultanear el estudio con el trabajo. Unos, el 25 por 100, porque la ayuda familiar no es suficiente y han de completarla con su trabajo; otros, porque no tienen otros medios de fortuna que los que ellos mismos se proporcionen con su trabajo; otros porque las ayudas estatales que reciben sólo cubren la cuarta parte de sus necesidades.

Solución adecuada para evitar estas situaciones puede ser las medidas de Protección Escolar implantadas en los últimos años en España, que amparan al estudiante económicamente y le cubren el riesgo de enfermedad e incluso quiebra familiar.



En Francfort se forman largas colas ante los comedores universitarios

A la vista de estos datos estadísticos puede afirmarse que la clase universitaria alemana es de las más menesterosas de la República Federal. Y su estado físico tampoco es satisfactorio. En su mayoría los universitarios germanos tienen hoy una constitución orgánica endeble—al decir de los expertos—y padecen enfermedades psiconeuróticas en una proporción tres veces mayor que el resto de los jóvenes alemanes. Las ayudas que reciben de los «Länder», del Gobierno Federal, del Servicio Estudiantil de Ayuda Universitaria y de su propio trabajo no llenan el vacío existente entre lo que tienen y lo que necesitan. Durante el primer trimestre pasado, la proporción de universitarios que trabajaron llegó a más del 65 por 100.

La paradoja alemana es que mientras la educación se ha hecho más barata y más fácil, los estudiantes encuentran mayores dificultades para sostenerse. Los ingresos del cincuenta por ciento de los estudiantes no llegan a 150 marcos al mes, cantidad de la que deben abarcar habitación, comida, vestido, matriculas, libros y clases especiales. Con pocas excepciones, el estudiante alemán carece de residencia y ha de buscar acomodo en la habitación de una posada o en una casa particular, que le va a costar por lo menos cincuenta marcos.

Por lo que respecta al alojamiento, España da con la solución del problema mediante con-



Lección práctica en un Centro docente de Detroit. En este caso son demasiados alumnos para un solo profesor

tinuada creación de Colegios Mayores, Residencias Universitarias y centros de alojamiento para estudiantes, que les libera de la necesidad de acudir a las pensiones o casas de huéspedes, sin condiciones para el estudio.

AULAS Y LOCALES DEL SIGLO XVIII EN LAS ESCUELAS Y UNIVERSIDADES EN INGLÉS

En Gran Bretaña existe la inclinación de despertar las vocaciones para los estudios técnicos. Ultimamente las estadísticas venían anotando un ligero aumento en las cifras de estudiantes de Letras. Los centros de Enseñanzas Técnicas acusaban una ligera disminución en las cifras de sus alumnos. En Gran Bretaña se ha pretendido hacer compatible las tradiciones de los antiguos colegios con las exigencias de las nuevas realidades sociales. Centros de enseñanza, en los que seguir un curso costaba a la familia cerca de trescientas mil pesetas, han prodigado el número de becas. Esta asistencia de alumnos acomodados y de alumnos sin recursos económicos ha dado una mayor agilidad a los

estudios superiores. Parece que el estímulo es superior y los rendimientos han mejorado. Al igual que en otros países escandinavos, buena parte de los ingresos de los centros de enseñanza superiores ingleses provienen de fundaciones y de otras ayudas privadas. Pero no obstante se acusa una insuficiencia en esos ingresos para atender al aumento del número de alumnos y a las nuevas exigencias de laboratorios, talleres de experimentación, bibliotecas, etc.

Aunque algunos colegios de gran tradición en el país han edificado anexos de nueva planta, lo cierto es que en su mayoría los locales siguen siendo insuficientes y las viejas tradiciones se hermanan con la inadecuada instalación de los servicios. Sobran en Gran Bretaña muchas aulas vetustas, mal aireadas e iluminadas y que no reúnen las mínimas condiciones para albergar a las nuevas promociones de estudiantes.

Un reciente censo estadístico establece que solamente un 3 por 100 de los locales destinados a enseñanzas superiores o técnicas han sido construídos en lo que va de siglo. Y ese mismo censo ha-

cia notar cómo en algunos colegios de Cambridge el número de profesores es notoriamente escaso. En enseñanzas técnicas hay centros que sólo disponen, para algunas especialidades, de un maestro por cada 250 alumnos, y por lo que respecta a la enseñanza superior, el solitario profesor tiene que atender a un número sensiblemente duplicado.

Este problema no se da en España, ya que el número de alumnos ha estado adecuado, sobre todo en las Enseñanzas Técnicas, a las necesidades de la cátedra.

Estos problemas de adecuación de locales y escasez de profesores competentes se acusa también en los países nórdicos. Así, por ejemplo, hay centros de enseñanza notorios que, para unas prácticas de laboratorios, se reúnen con un profesor cerca de cien discípulos, lo que hace que la mayoría no puedan manejar aunque sea por breves minutos el microscopio o el tubo de ensayo.

NO HAY SALIDAS PARA LOS GRADUADOS EGIPCIOS

Egipto es la nación que sirve como punto de partida para el estudio de conjunto sobre la enseñanza en el mundo del arabismo. Este país es el que en dicho mundo tiene más habitantes y el que ha desarrollado con mayor detalle el conjunto de sus centros educativos. Además de la enseñanza religiosa se cursan estudios técnicos. La primera se refiere sobre todo a las enseñanzas musulmanas, que tienen como centro la gran mezquita Al Azhar y que reúnen 75 000 alumnos, sólo masculinos. En las Universidades estudian unos 48 000. Entre las particularidades de la enseñanza superior en Egipto destaca la de que en una sola ciudad existan varias Universidades. Así la capital del Nilo tiene la de El Cairo, la de Heliópolis, la islámica Al Azhar y la Americana.

Los programas educativos tienen tendencia a hacerse entre saltos y sacudidas. Porque los países árabes del Próximo Oriente y los del Norte de África, a las preocupaciones pedagógicas han de sumar la muy importante de buscar salida para los graduados que terminan sus estudios. Este es el verdadero problema universitario en dichos países. Y todos los esfuerzos de los Poderes Públicos se han estrellado con la gran dificultad de garantizar el ejercicio de sus carreras a las promociones salidas de las aulas universitarias.

Una acertada medida para proteger al universitario cuando éste finaliza sus estudios es el sistema de préstamos que concede el Servicio de Protección Escolar implantado en España. Merced a él, el universitario obtiene los fondos necesarios para montar la clínica, el bufete o el laboratorio.

ESCASEZ DE INVESTIGADORES EN LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS

Fenómeno poco conocido entre la juventud universitaria norteamericana es que de 16 millones de muchachos llamados a filas

SE EXPORTAN CLAVELES

UNA noticia, una pequeña noticia entre las crónicas de los correspondientes, al lado de los rumores, de los conflictos, de las catástrofes, de las entrevistas de personajes famosos. Una pequeña noticia que habla de flores, que alegra el corazón. «Aumenta la exportación de claveles españoles a Europa. La República Federal alemana es la primera adquirente.» Y al lado de las palabras, las cifras. «En la campaña 1956-57 se exportaron a la República Federal alemana claveles por valor de un millón quinientos mil marcos, mientras que en la campaña anterior únicamente se exportaron claveles por valor de 71.000. En 1957 el número de importadores alemanes que han efectuado operaciones ha sido de 490, contra 423 en 1956.» Luego la noticia habla de cómo Westfalia es la primera, ya dentro de Alemania, en volumen adquirido, y cómo le siguen Berlín, Baviera y Hamburgo, y cuál es el precio fijado y cómo hay cada vez más y más solicitudes para llevarse ese cargamento oloroso, decorativo y poético.

Claveles españoles han llegado a las floristerías de Berlín, de Westfalia, de Baviera o de Hamburgo. Allí han aparecido frágiles y sumisos, envueltos en el papel especial de las tiendas de flores, y de las tiendas se los han llevado ma-

nos alemanes para que cumplieren ese doble fin de las flores: el del mensaje y el de la palabra. Porque las flores, ya se sabe, tienen su lenguaje. El viejo y el nuevo lenguaje a la vez del amor, de la amistad, del reconocimiento. Cuando se envía un ramo de flores hay una historia que nace, que crece o que se termina. Claveles españoles en Alemania han servido para solidificar un amor, para perpetuar una felicidad, para adornar el rincón íntimo de una casa, de una familia.

Claveles rojos, blancos, rosados; claveles que han nacido en los campos de Cataluña, en las tahullas de Levante, en los jardines de Andalucía. Claveles que se han echado a viajar y que, junto al mensaje personal de cada comprador, han sido portadores de una misión menos poética, pero necesaria y útil: partida de divisas.

En la estadística del Comercio Exterior de España aparecerá, pues, entre el mar de números la escueta cifra y el simple lugar de destino. En ellos dos hay inserta toda una teoría de calidades, de valores, de preferencias. Porque sobre flores, sobre claveles españoles concretamente, los alemanes, maestros del sistema, pueden ahora, cada vez con mayor razón y fuerza, proclamar las preferencias de una elección justa, desapasionada y irrogante.

en los últimos siete años, más de dos millones fueron rechazados por inferioridad física.

La razón es que la vida americana desbarata la posibilidad de los ejercicios físicos. Los estudiantes pierden horas preciosas yendo y volviendo a las aulas universitarias. Un experimento reciente ha demostrado que sólo uno de cada cien estudiantes europeos era incapaz de realizar un determinado esfuerzo muscular, mientras que 35 americanos no tenían fuerza suficiente para ejecutarle.

Las Universidades norteamericanas escogen sus alumnos entre los de mejor calificación de las High School sin previo examen ni mayores complicaciones. Sólo los que proceden de centros docentes desconocidos o de países extranjeros son sometidos a un test de suficiencia. Casos hay de bachilleres a los que dicho test les sirve para darles por aprobados los dos primeros cursos de la carrera universitaria en que pretendían matricularse.

Cada Universidad constituye un todo armónico y conjuntado. Bajo la autoridad de un presidente actúan diferentes decanos que regentan cada una de las Facultades. De cada Facultad se derivan las diversas especialidades. Tal ocurre con los ingenieros que asisten a clases dadas por ingenieros de otra especialidad, sin exclusivismos ni distingos. Los que van a ser ingenieros de Minas asisten a la clase que sobre resistencia de materiales da un ingeniero de Caminos.

Para ingresar en las Facultades de Ingenieros, como en las demás de cada Universidad, no se exige por norma ningún examen previo ni la resolución de complicados problemas. Basta el certificado de estudios de la High School. De esta manera no se corre el riesgo de que se malogren talentos de quienes por cortedad y nerviosismo yerran en el momento del examen.

Sólo una mínima parte de las Universidades norteamericanas pertenece a los diversos Estados de la Unión. La inmensa mayoría son entidades privadas. Así, por ejemplo, los padres jesuitas poseen 29 grandes y prestigiosas Universidades, con millares de alumnos de uno y otro sexo y de las más diversas regiones. Dato importante es que el Estado no fiscaliza los exámenes ni las pruebas que se celebran en estas Universidades.

Sin embargo, la casi general abundancia de medios puestos al servicio de las Universidades americanas no rinde lo suficiente al decir de algunas encuestas realizadas. Los jóvenes estudiantes aspiran a concluir cuanto antes sus estudios y a emplearse en las distintas empresas industriales, cesando así en sus tareas universitarias. Quiere esto decir que hay pocos candidatos, en relación con el censo general de alumnos, que escojan el laborioso camino de la investigación, a pesar de las facilidades que para ello se concede. Aquí está uno de los problemas de la enseñanza superior norteamericana, problema que con toda diligencia se trata de remediar.

América ve la necesidad de no quedarse atrás en la carrera técnica



Reunión de alumnos y profesores norteamericanos para tratar de problemas universitarios



Los colegios de Oxford siguen con sus antiguas ceremonias estudiantiles

que la vida moderna imprime. Este país, con 166 millones de habitantes, tiene 2,600,000 alumnos universitarios, lo que da un porcentaje educativo de los más altos del mundo. El país cuenta actualmente con unas 1,840 Universidades, de las cuales las dos terceras partes son privadas. En estas Universidades privadas se da el caso curioso de que después de las matriculas como principal fuente de ingresos—36 por 100—se encuentra el Gobierno Federal como segundo sostenedor y benefactor—26 por 100—; la tercera fuente de ingresos es la de los bienhechores y fundaciones particulares—24 por 100—.

Los cuadros de profesorado suelen ser numerosos. Así, por ejemplo, la Universidad de Yale tiene 8,000 alumnos y 1,485 profesores. Una característica del problema educativo en este país es el lado práctico del mismo. En otros lugares nadie que se estime permite que su hijo estudie taquimecanografía bilingüe o mecánica especializada o radiotécnica.

Este factor de la distribución científica del trabajo combinado con la jornada ininterrumpida del mismo y una gran exigencia

en la continuidad y asistencia son factores determinantes del florecimiento económico norteamericano. A pesar de ello, la falta de técnicos se deja sentir en el país, y en opinión de muchos se compromete el futuro desarrollo del mismo. Insistentes campañas de propaganda para hacer ver a los jóvenes las ventajas que se derivan de estos estudios van dando sus frutos, y últimamente se aprecia una ligera mejoría en este aspecto.

Existe un denominador común en los problemas universitarios de muchos países extranjeros: la creciente afluencia de discípulos y un insuficiente aumento de los medios docentes para satisfacer las necesidades de la hora actual. Este problema se agrava aún más en los centros de enseñanzas técnicas, en los que elementos de trabajo y de laboratorio se hacen imprescindibles para la perfecta formación del alumnado. En unos países las soluciones están más próximas que en otros, pero en todos ellos existen unas mismas dificultades que entorpecen el normal y deseable desarrollo de la enseñanza.

Antonio MORENO

LINEA RECTA EN LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

COMO todos los años, el Ministro de Industria ha dado a conocer las cifras de la producción industrial española referidas a la anualidad precedente. De su examen y análisis, aparte ya el intrínseco valor de los números, surgen consecuencias y deducciones que son motivo de satisfacción importante.

Sin entrar todavía en el detalle de la marcha de cada uno de los capítulos de la industria española, hay que proclamar el rápido ritmo del progreso que en ella se sigue, advirtiendo y que es consecuencia, ni más ni menos, de una acertada política de inversiones llevada a cabo siguiendo las directrices del Gobierno español.

Más importante casi todavía que las cifras finales de 1957, alcanzadas por vez primera en España, es comprobar cómo, a pesar de las momentáneas dificultades que lógicamente aparecen en toda obra humana que se lleva a cabo, la industria española sigue un ritmo de expansión no sólo altamente favorable, sino que no ha sido igualado en la historia de las economías europeas por nación alguna en análogos periodos de tiempo. En la totalización de las cifras que más adelante comentamos se une la perfecta orientación general de una política de industrialización y el esfuerzo, el valor y el trabajo de aquellos hombres que ya directamente integran los procesos de la producción.

Ello ha permitido, pues, obtener, por ejemplo, en la producción de carbón una cifra de 16,4 millones de toneladas, que supone un aumento del 11 por 100 sobre la del año precedente. Teniendo en cuenta que la tasa de aumento en esta materia varía en los países occidentales del 2 al 4 por 100, se comprenderá lo que significa el progreso alcanzado en 1957 en la producción carbonífera española. Un progreso que, coordinados los planes de inversión, las nuevas investigaciones mineras y el aumento de productividad en las Empresas permitirá alcanzar en 1961 una producción total de 19,5 millones de toneladas, con un incremento anual superior a la media de los países europeos.

Al lado del carbón, la electricidad es otra de las básicas fuentes de energía. La producción de energía eléctrica alcanzó en 1957 la cifra total de 15.000 millones de kilovatios hora, que excede en un 9,2 por 100 a la de 1956. Habida cuenta del saldo de nuestro intercambio de energía con Francia, se deduce que el consumo aumentó en 1957 en un 10,7 por 100, porcentaje importantísimo y también elevado en relación con otras europeas. Para atender al gran auge industrial de España, el Ministro de Industria hizo notar cómo en el año actual se espera poner en servicio una potencia aproximada de 371.000 kilovatios, de los cuales 350.000 serán térmicos. Esta cifra total representa un aumento del 16 por 100 en relación con la de 1957, porcenta-

je notablemente superior a la de los países europeos, que suele ser de un 8 a un 1 por 100 anual.

Otro de los grandes éxitos españoles es el aumento de un 90 por 100 sobre el año anterior de la capacidad de nuestras instalaciones de refino de petróleo, hoy por hoy las mejores en calidad y las más modernas de Europa.

La tercera gran materia básica es la siderúrgica. En este campo no es necesario resaltar una vez más la decisiva y extraordinaria aportación que supone la Empresa Nacional de Avilés, cuyo segundo alto horno se pondrá en marcha en el próximo otoño. La entrada en funcionamiento de nuevas instalaciones siderúrgicas avilesinas ha hecho posible en 1957 aumentar en 38.000 toneladas la producción de lingote de hierro y atender simultáneamente a la renovación y modernización de hornos altos de otras Empresas privadas. Las 1.325.000 toneladas de acero de 1957, con un aumento del 7,5 por 100 sobre 1956, serán sustituidas en 1958 por 1.650.000, y en 1961, por 3.000.000 de toneladas, lo que permitirá cubrir enteramente la demanda de esta materia prima.

En las restantes ramas industriales merece destacarse la producción de cuatro millones y medio de toneladas de cemento, lo que ha permitido cubrir la demanda; los aumentos importantes de mineral de hierro, cobre electrolítico y plomo en barras; los incrementos en la producción de celulosa, papel, celulosa textil, papel, neumáticos, refino de petróleo y ramo lana y algodón en la industria textil. Son asimismo importantísimas las cifras de producción de elementos mecánicos de transporte, jamás alcanzados en España, y que han arrojado 29.000 automóviles, 2.600 camiones, 1.400 tractores, 94.000 motocicletas, 19.000 velomotores y 186.000 bicicletas, con elevados porcentajes de aumento, alguno de los cuales, como el de los tractores, llega al 86,5 por 100 en relación con el año 1956. En la construcción naval han sido lanzados 54 buques mayores de cien toneladas de arqueo, con un tonelaje total de 116.272, que excede en un 29 por 100 a la producción de 1956, y se han puesto en servicio 64 barcos, que suman 95.257 toneladas, entre ellos el «Cabo San Roque», de 14.500 toneladas de registro total. Por último merece también consignarse el aumento del 8 por 100, en relación con el año anterior, de la renta neta industrial.

Todas estas cifras son la mejor demostración de la línea que sigue la industria en España. Una línea cuyos resultados se traducen primero en mayor cantidad de bienes en los mercados nacionales, y segundo, en una constante, palpable y evidente mejora del nivel de vida de todos los españoles.

EL ESPAÑOL

Lea usted

“GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA”

Una publicación especializada en temas de información que interesa a toda clase de personas.

Pedidos a calle del Pinar, 5.—MADRID



A la entrada del Ministerio de Seguridad Nacional, poco después de los sucesos.—Abajo, manifestantes recorren Caracas

REVOLUCION EN VENEZUELA

EL VICEALMIRANTE LARRAZABAL AL FRENTE DE UNA JUNTA MILITAR

EL PRESIDENTE PEREZ JIMENEZ SALE DEL PAIS

El martes en la mañana, 21 de enero, dos turistas franceses, los esposos Poupon —de la firma comercial Grey - Poupon—, que habían llegado a Caracas para pasar dos días en la ciudad, recorrían a esas horas las calles del

centro en un taxi. A lo lejos resonaban algunas explosiones. Fue en ese instante cuando el conductor detuvo el coche y les dió la noticia:

—Se acabó el viaje. La huelga general ha comenzado.

—¿Qué?

—La revolución ha estallado.

Los esposos Poupon fueron a su hotel y antes de abandonar Venezuela al día siguiente, pudieron ser testigos involuntarios del comienzo de la revuelta contra el





Tres exilados políticos: el Dr. Jovito Villalba, jefe del partido de la Unión Republicana; el doctor Rafael Caldera, jefe del partido Demócrata Cristiano, y el ex Presidente Rómulo Betancourt

Presidente Marcos Pérez Jiménez. Así han contado los dos, en Nueva York, su pequeña anécdota.

Tal como lo vieron los dos turistas, la huelga general comenzó en la mañana. En los suburbios primero, y en los centros ciudadanos como Valencia, Los Teques, Barinas, Valle de Pasana y Maracay, donde los aviadores se habían levantado contra Marcos Pérez Jiménez el día 1, un poco después.

Lentamente, pero con fuerza y a pesar del despliegue de la Policía y el Ejército, la revuelta fue pasando de los suburbios al centro de la capital, donde comenzaban los choques el miércoles al mediodía, camino ya del palacio Miraflores, cercado y protegido por las corazas de los tanques. Millares de coches iniciaron repentinamente una algarabía inaudita con los «claxons», prohibidos por la Policía de tránsito, y que daban un carácter dramático y de alerta a aquellos horas de inequívoca violencia.

EL PRESIDENTE ABANDONA EL PAÍS

En la noche, a pesar de que el toque de queda —el estado de sitio había sido decretado unos días antes— comenzaba a las seis de la tarde y terminaba a las cinco de la mañana, las manifestaciones se hacían dueñas de las calles próximas al majestuoso centro Simón Bolívar, y las primeras patrullas armadas se acercaban ya a la plaza del Silencio.

La situación se hizo insostenible para el Presidente Marcos

Pérez Jiménez cuando las Fuerzas Armadas entraron en contacto con las «Juntas Patrióticas» civiles. Por eso, después de medianoche, la defensa del palacio se hacía imposible. Un «Cadillac» último modelo —radio, teléfono, ametralladoras, bar—, que acababa de ser adquirido para el Presidente, estaba dispuesto desde el mediodía para ponerse en marcha. Se hablaba de ir a Colombia, pero los casi dos mil kilómetros hasta la frontera paralizaban el ánimo de los posibles viajeros.

El problema se aclaró cuando las fuerzas militares sublevadas garantizaron, a la una de la madrugada, la «operación abandono del país».

A las 2,15 del día 23, Marcos Pérez Jiménez abandonaba el Palacio Presidencial camino del aeropuerto de La Carlota. Una hora más tarde aterrizaba en Ciudad Trujillo. El Régimen había caído en dos días después de diez años.

Radio Caracas dió la primera comunicación oficial sobre el desarrollo de los acontecimientos:

«Al alba —decía— el Presidente Marcos Pérez Jiménez ha dimitido.»

A continuación se anunciaba la creación de una Junta Militar presidida por el contraalmirante Wolfgang Larrazábal, y de la que formaban parte en principio cuatro coroneles:

1. El coronel Roberto Casanova, comandante del Ejército en la región de Maracay.
2. Romero Villarte, de las Fuerzas del Aire.
3. Carlos Luis Araque, director

de la Academia Militar y afecto a las fuerzas de Cooperación.

4. Pedro José Quevedo, de los Institutos Militares, jefe de la Guardia Nacional.

Mientras tanto, nada más hecha pública la dimisión de Marcos Pérez Jiménez, tres mil personas se dirigían en bloque compacto hacia la Prisión Central, donde se produjo uno de los últimos choques. El gentío consiguió penetrar en el interior, pero la Policía y los agentes que guardaban el acceso a la prisión abrieron fuego. Todos los detenidos políticos, sin embargo fueron liberados. Eran las 4,45. Muchos muertos quedaban en la calle. Ardían como fogatas numerosos coches.

EL JEFE CIVIL DE LA REVUELTA ENTRA EN ESCENA

Para hacer frente a posteriores actos de violencia, la Junta Patriótica Civil, dirigida por Fabricio Ojeda, comenzaba a actuar de cara a la situación. Por lo pronto, Ojeda —se trata de un periodista— invitó a todo el mundo a la calma. Más tarde lanzó sus tiros contra la Junta Militar, obligando a que dimitiera de ella, en principio, dos de sus miembros: los coroneles Roberto Casanova y Abel Romero, acusado de haber colaborado con Marcos Pérez Jiménez en la sofocación del levantamiento del día 1 de enero.

Dos civiles, el industrial Eugenio Mendoza y Blas Lambert, les sucedieron, pero no sin que hubiera motivos para pensar que



En Caracas, la muchedumbre recorre las calles en son de júbilo. Banderas y pancartas se exhiben en la noche revolucionaria

existían ya diferencias de criterio entre las dos ramas del levantamiento. En una alocución radio-difundida, el contraalmirante Larrazábal invitaba a terminar los desórdenes, que habían culminado con el asalto a la sede central de la Policía y en otros incidentes en las Embajadas. El toque de queda dejaba nuevamente las calles vacías.

Entre las primeras medidas adoptadas por el Gobierno provisional estaba la disolución de la Policía Secreta y de Seguridad, que era reemplazada en las calles por los soldados. A esta medida sucedía el anuncio de la proclamación de las libertades y garantías constitucionales.

LA SUBLEVACION DE MARACAY

Al margen de los problemas internos de Venezuela, que corresponden enteramente al país hermano, el hecho cierto es que los acontecimientos que han culminado los días pasados en la dimisión de Marcos Pérez Jiménez, poseen, si es posible decirlo así, un orden cronológico riguroso que hacía prever en cierto modo lo ocurrido. Vamos a hacer con ello un examen de la situación.

El mandato de Marcos Pérez Jiménez terminaba oficialmente el 15 de diciembre de 1957. Desde julio del año anterior, sin embargo, los movimientos del Presidente para hacer aceptar un nuevo período presidencial habían culminado en la aprobación del Congreso nombrado por él, pero no sin incidentes en

la Cámara y con otros sectores del país. A pesar de ello, como es sabido, la reelección fué aceptada, y el 15 de diciembre se efectuó un plebiscito bien curioso: los electores sólo podían decir «sí» o «no». Ningún otro candidato se presentaba. El éxito del referéndum fué publicado, desde luego, anticipadamente a que se efectuaran los últimos recuentos, que daban 2.374.790 «sí» de un total de 2.924.985 votantes.

Desde ese momento, en cierto modo, la situación se hace tensa, y, pese a todo, una serie de manifestaciones en contra del Presidente reelegido se producen en las calles de Caracas.

Unos días más tarde, al amanecer del día 1, la sublevación de la base de aviación de Maracay da el primer aldabonazo importante en la crisis política abierta el 15 de diciembre. La rebelión de Maracay duró treinta y seis horas y su rápido aplastamiento tiene por lo menos un curioso anecdótico.

EL MENSAJE SECRETO INTERCEPTADO

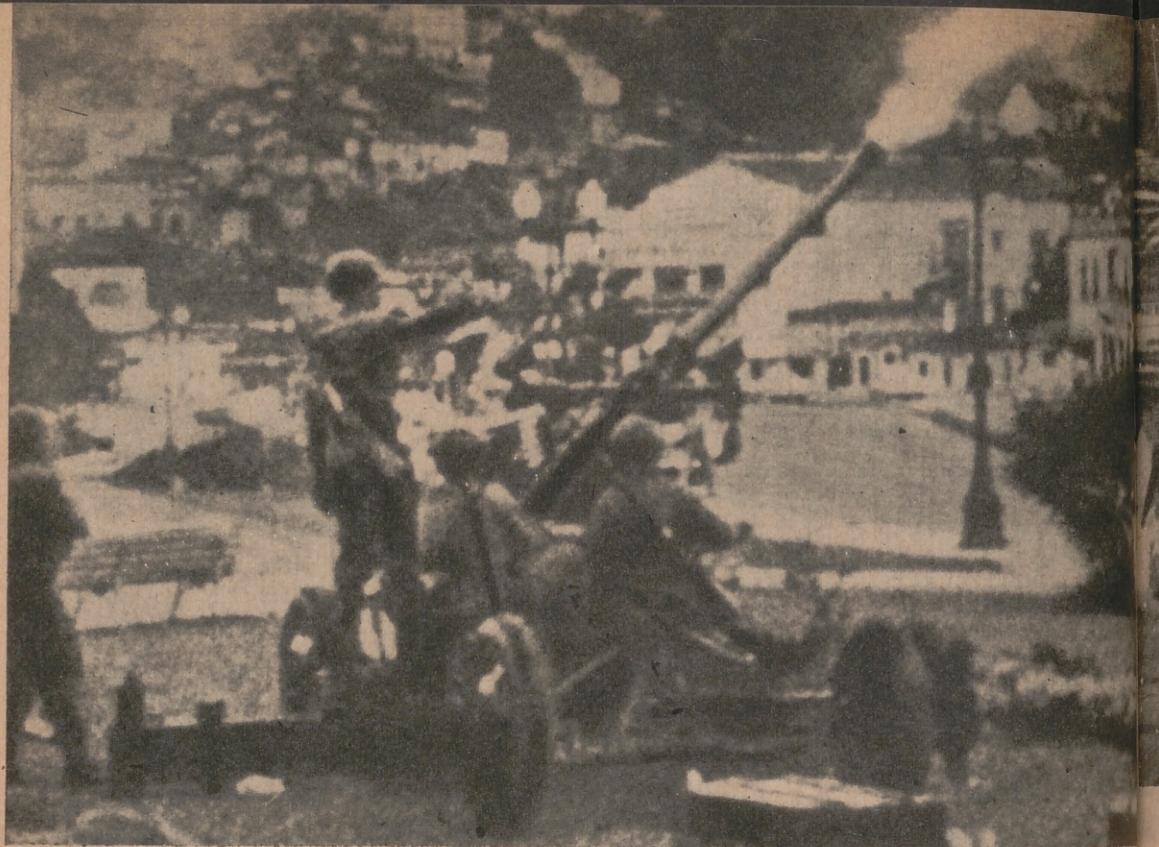
Las medidas ultrarrápidas que fueron tomadas por Marcos Pérez Jiménez en la noche de la sublevación de la base de Maracay han sido aclaradas ya: el Presidente conocía la situación. ¿Por qué? Muy sencillo.

El embajador de Chile había comunicado al embajador del Canadá, según parece, la noticia del próximo levantamiento de Maracay. Con esta información en su poder el embajador transmitió todo lo que sabía a Canadá, pero

sin tener idea en aquellos momentos que su despacho en clave era descifrado con toda urgencia por los servicios secretos venezolanos, que inmediatamente comunicaban al Presidente el resultado.

Una serie de detenciones rapidísimas se efectuaron inmediatamente en distintos sectores del Ejército. Uno de los últimos detenidos, el general Hugo Fuentes, sirvió para hacer evidente a los comprometidos en el levantamiento que el Presidente Pérez Jiménez conocía ya en líneas generales el nombre de todos los comprometidos. Por esa causa posiblemente la rebelión de la base de Maracay fué una anticipación forzada. El día 2 de enero había sido sofocada ya, pero no sin que ocurrieran otros incidentes dignos de tenerse en cuenta. Por lo pronto una columna motoblandada que se dirigía a Maracay para luchar contra las fuerzas sublevadas adoptaron la misma causa, dirigiéndose hacia Los Teques, donde hacia las once y media de aquella noche quedaban cercadas, lográndose poco después su rendición.

Los graves incidentes de Maracay representan, en síntesis objetiva, el prólogo de los acontecimientos que volvían a reproducirse el martes 21 de enero y que cerraban y abrían el nuevo ciclo de Venezuela dos días más tarde con la dimisión y abandono del Poder por Marcos Pérez Jiménez. Conviene verse ahora con cierta perspectiva histórica el problema.



Una batería del Gobierno abre fuego contra los sublevados en una calle del centro de la capital

HISTORIA RETROSPECTIVA

La historia política de Venezuela en los últimos cincuenta años podría contarse en pocas palabras como ejemplo de un proceso que lentamente va instaurando, pese a todo, una conciencia política nueva en medio de la gigantesca alteración de la vida económica surgida al tiempo de las dos fuentes de riqueza naturales: el petróleo y el hierro.

Así vemos, por ejemplo, que justamente hace cincuenta años, en 1908, se hacía cargo del Poder Juan Vicente Gómez. El Gobierno de Juan Vicente Gómez, que dura hasta 1935, es la fase aguda, pudiera decirse, de un régimen despótico. A su muerte hay un momento de euforia esperanzada, pero el general López Contreras, y posteriormente Isaías Medina, no parecían anunciar cambios políticos importantes.

De todas formas, al compás de espera de las circunstancias comenzaron a aparecer nuevas agrupaciones políticas. Una de ellas, Acción Democrática, dirigida por Rómulo Betencourt y nacida a la vez entre un grupo de políticos reformadores y un fuerte grupo juvenil y universitario, vendría a tener una importancia singular, sobre todo en el momento excepcionalmente crítico en que Isaías Medina sucede a Contreras. Convertido Betencourt en el centro de la oposición al sistema, lanza su «slogan» político: «La República no es hereditaria», que pondría rápidamente en marcha el instrumento revolucionario.

El Presidente Isaías Medina llamó al Ejército contra Acción Democrática, pero aquél se había dividido en dos grupos y, el más notable, se encontraba ya apoyando a Rómulo Betencourt. Dos ofi-

ciales fueron decisivos, entonces, para el triunfo de Acción Democrática: Carlos Delgado Chalbaud y Marcos Pérez Jiménez. Con estos dos nombres comienza, en síntesis, la época de cooperación política con Acción Democrática primero, que iría a terminar posteriormente en la discrepancia armada.

LOS DOS ROMULOS Y EL LEVANTAMIENTO DE DELGADO CHALBAUD

El golpe de Estado llevó a la Presidencia de Venezuela a Rómulo Betencourt, que convirtió en ministro de la Defensa al coronel Carlos Delgado Chalbaud. Marcos Pérez Jiménez en esa época queda en una posición más secundaria, pero de indiscutible primer plano en el país.

A pesar de las dificultades políticas, y pese a la situación de intranquilidad, Rómulo Betencourt intentó restablecer un ritmo democrático y organizó con su partido las elecciones generales de 1945, que terminarían llevando a la Presidencia de la República al novelista Rómulo Gallegos, perteneciente también al mismo grupo político que Betencourt.

Con Rómulo Gallegos se inicia otra época difícil. El grupo de oficiales que había influido terminantemente en el triunfo de Betencourt poco antes comienza a pasar a la oposición, y ésta cristaliza en 1948 en un nuevo golpe de fuerza dirigido por la Junta de Coronales —con Delgado Chalbaud y Marcos Pérez Jiménez a la cabeza—, que finalizaría de forma explosiva: con la derroca-ción del régimen de Rómulo Gallegos.

La Presidencia de la República recae en ese momento en Carlos Delgado Chalbaud. Presidencia,

por otra parte, de poca duración, porque sería asesinado rápidamente por un general retirado, que muerto a su vez, hizo imposible la reconstrucción exacta de los móviles que le habían llevado, en suma, a tomar aquella decisión.

El hecho cierto es que por esa serie imprevista de acontecimientos el jefe del Estado Mayor de Carlos Delgado Chalbaud se convirtió en el personaje central de la Junta Militar. Era el primer paso, en síntesis, para adoptar, por la inercia política habitual, el paso inmediato: la conquista de la primera magistratura venezolana.

Presidente provisional, en su sentido estricto, el «Coronel», como comenzó a llamársele popularmente, sofocó algunas revueltas y dió los primeros pasos en 1952 para convertirse en Presidente legal.

Las elecciones de diciembre de 1952 —período electoral que terminaba en diciembre de 1957— fueron motivo amplio de discrepancia en cuanto a los resultados verdaderos. Es evidente que las primeras noticias publicadas en los periódicos anunciaron la derrota de Marcos Pérez Jiménez. Igualmente cierto es que veinticuatro horas más tarde, previa decisión de la Junta Militar, los resúmenes finales fueron muy distintos, de forma que el coronel pasó a ocupar el cargo de forma efectiva, y a través de las ratificaciones de la Asamblea y del Congreso en enero y en abril de 1953, que le convertían en el Presidente, ciertamente, del país.

En resumen, el plebiscito o referéndum del 15 de diciembre de 1957 no hacía otra cosa que prolongar sus poderes hasta 1963. Si, naturalmente, la elección de 1952 había motivado críticas muy amplias en Venezuela, el plebiscito



Caracas. Una patrulla del Ejército en la periferia de la capital

último, por el procedimiento empleado y por el hecho de que ningún otro candidato se presentara, motivaron una reacción violenta y profunda, que posiblemente no se hubiera producido en modo alguno si al final del mandato hubiera abandonado el Poder, porque si bien es cierto que las fuerzas más importantes, el trío formado por Acción Democrática —izquierda—, Unión Republicana Democrática y el C. O. P. E. I. —cristianodemócrata—, no tenían vida práctica bajo el Gobierno Pérez Jiménez, el hecho evidente es que una manifestación pública de la intensidad que tuvo la del 21 al 24 de enero revela claramente que el plebiscito provocó la ira.

LA POLITICA INTERNACIONAL: PERON Y EL PETROLEO

Uno de los problemas internacionales que planteó el levantamiento de la Junta Patriótica y de la Junta Militar fué, indiscutiblemente, el de la estancia de Perón en el país.

Perón, que de Argentina había pasado a Paraguay, de aquí a Panamá y de Panamá a Venezuela —aterizó en Caracas el 9 de agosto de 1956—, tenía un permiso de estancia renovado hacia tiempo, ya que en principio sólo obtuvo tres meses. En resumen: Perón abandonó Caracas, a petición de la Junta Militar, presidida por el contraalmirante Larrazábal. En el momento de escribir esta crónica se encuentra, como es sabido, en Ciudad Trujillo.

El segundo problema planteado internacionalmente a Venezuela es el del petróleo. El «oro negro» —2.800.000 barriles diarios, 16 por 100 de la producción mundial— constituye el 90 por 100 de las exportaciones de Venezuela.

Tres Compañías, en líneas generales, comparten y se distribuyen este enorme negocio: la Cre-

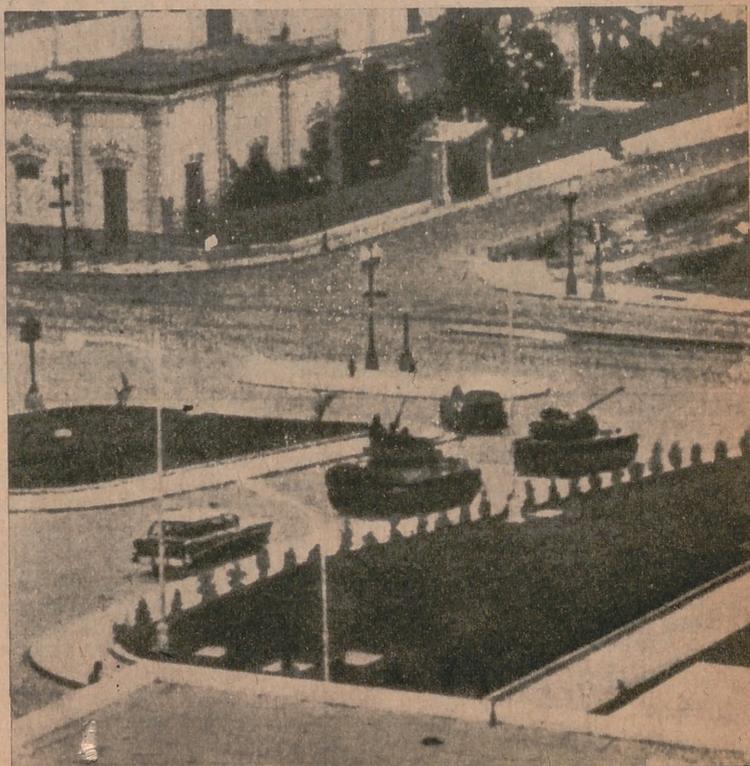
le, filial de la Standard Oil; la Shell y la Mene-Grande.

El protocolo juridicoeconómico que regula las relaciones entre las grandes Compañías americanas y Venezuela es el del famoso «fifty-fifty» o cincuenta-cincuenta para cada parte. Los ingresos del Gobierno de Venezuela —en un país de seis millones de habitantes, de los que más de un millón viven en Caracas— son enormes, lo que ha permitido que se acometan obras públicas enormes, con grandes presas para el desarrollo agrícola y eléctrico, comenzándose también la planificación de una industria del acero, ya que el hierro de Cerro Bolívar —otra fortuna para Venezuela— se exporta casi en su totalidad.

En principio, la Junta Militar

del contraalmirante Larrazábal ha ratificado que el propósito del Gobierno provisional es respetar escrupulosamente los acuerdos internacionales; pero la vuelta de los grupos políticos en el exilio, los dirigentes de los tres partidos, Rómulo Betencourt, de Acción Democrática —izquierda—; Rafael Caldera, del C. O. P. E. I., moderado, y Jovito Villalba, de la Unión Democrática, centrista, se encuentran en los Estados Unidos, de forma que con respecto a este asunto no se tiene una versión completa. Los problemas planteados al nuevo Gobierno son grandes, por tanto, y el porvenir depende en cierto modo, y antes que otra cosa, del espíritu objetivo de sus hombres.

Enrique RUIZ GARCIA





LA ULTIMA PALABRA DE SOFIA CASANOVA

TRAS EL "TELON DE ACERO", UNA ESCRITORA
GALLEGA MUERE PENSANDO EN ESPAÑA

Su doble curiosidad de mujer y perio-
dista en casi un siglo de existencia

«TE comunico que estoy en el cielo, con ángeles enfermas que ni de noche ni de día dejan que se desarrolle una bronquitis, lo menos que se puede tener en un invierno tan crudo. Esta salida y entrada de año han sido un poco laberínticas, porque yo no me daba cuenta de que tras esto puede venir una pulmonía; pero con guardianes como los que tengo, Halita y Sofia (nieta ésta de Hala), la pul-

monía no puede aparecer por estas heladas fronteras...»

Estas líneas son parte de la última carta que Sofia Casanova escribe a su hija, Isabel Lutoslawski. Isabel envía una copia de esta carta a José Luis Bugallal, y de este modo han llegado hasta España las últimas palabras de una mujer que escribió Historia. Y más adelante, en esta carta escrita el día 5 de enero de 1958, añade: «Te diré para aca-

bar, porque dictar no es mi fuerte, que son tales en el cuidado de mi persona Halita y Sofia, que llegan a la santidad. Ellas te dirán, más o menos, de mis diferentes desarreglos, que no son tan grandes; pero como no estoy acostumbrada a estos males, soporto mal la enfermedad.»

Y al final de la carta, con letra desigual, temblona, de ciega, una línea más: «Vamos, Sofia, hay que ir adelante, aunque por caminos tempestuosos.»

UN TELEGRAMA PARA EDMONTON (CANADA): «MAMA HA MUERTO»

Sofia Casanova ha muerto. Eso es todo cuanto se sabe por ahora. Eso es todo cuanto supo el pasado día diecisiete su hija Isabel, al recibir un telegrama de su hermana. «Mamá ha muerto». A los noventa y seis años una gallega muere fuera de su Patria, todavía con la ilusión y el deseo de volver alguna vez a España, a Almeiras, el pequeño pueblo de La Coruña que la vio nacer. Aquí se manifestó por primera vez su vocación literaria, en los primeros años de su juventud, cuando su alma sólo sabía cantar en poesías la belleza de los prados de su Galicia y las primeras inquietudes de su corazón. Por aquellos años, cuando ella tenía muy pocos, años de mil ochocientos, años de otro siglo, conoció Sofia a don Ramón de Campoamor, quien dedicó encendidos elogios a la joven poetisa que tenía una fuerza y una manera nada común de decir. Fué el primer aliciente para la niña de ojos azules y largos cabellos dorados, que pronto se hizo centro de atención en las tertulias del poeta, en las que se reunía lo más destacado de las letras de entonces. Sofia Casanova, entre gente de tanta altura literaria, leyó sus primeras poesías, poesías ingenuas, casi infantiles, que gustaban siempre.

En una de estas reuniones conoce a Vicenty Lutoslawsky. Sofia se casa a los veinticinco años (había nacido el 30 de septiembre de 1862). Lutoslawsky era profesor de Filosofía de la Universidad de Varsovia y había alcanzado un gran renombre en esta disciplina. El matrimonio se trasladó a Polonia; un paisaje nuevo, gentes nuevas, nuevas sensaciones que calan hondo en su espíritu y que más tarde se vierten en los libros que sobre estas tierras escribe. Para su condición innata de periodista fueran estas experiencias de nuevos ambientes enseñanzas vivas que luego le sirvieron para ser una magnífica cronista, considerada como uno de los mejores de la época, una época en la que las mujeres comenzaban su batalla en el campo literario. La condesa de Pardo Bazán, Concepción Arenal, Blanca de los Ríos, Concha Espina... Entonces estas mujeres revolucionarias que habían abandonado el piano y el bastidor tenían mucho que hacer. Hoy, cuando ya han pasado los años y nos parece fácil ir a la Universidad y llamar compañeros a los hombres en las fábricas, en las oficinas, nos parece imposible que ellas, tan frágiles, vestidas con encajes y en oposición a toda una tradición.



Poetisa, novelista y cronista de guerra, fué el primer corresponsal femenino en los frentes

pudieran volver el tiempo del revés y escribir. Pero de entre esta brillante generación femenina, Sofia Casanova fué, sin duda alguna, la más arriesgada. Las otras eran escritoras, y si alguna vez se asomaron a las páginas de un periódico fué en artículos literarios y nada más. Pero Sofia fué periodista. Una periodista completa que se personaba en el lugar de un suceso importante y dictaba sus crónicas de guerra desde el campo de batalla. Escribía sobre economía, sobre política, sobre actualidad.

**SOFIA CASANOVA DES-
DE LA REVOLUCION
RUSA, 1917, AL LEVAN-
TAMIENTO DE POZ-
NAN, 1957**

Los tiempos son difíciles para el matrimonio Lutoslowsky. Desde Polonia se trasladan a Rusia. Sofia sigue haciendo versos por entonces. Aquella sociedad, sus costumbres, su modo de ver la vida.

atraen su atención. Su curiosidad, su doble curiosidad de mujer y de periodista, le impulsan a estudiar ampliamente la Corte de los Zares.

Son años de intrigas, de políticos, de inestabilidad. Rusia se viene abajo y Sofia Casanova asiste a la caída del Imperio. En los acontecimientos y en los hechos que preceden a la caída del Zar encuentra ella la base en que apoyarse al describir más tarde las diversas fases de la Revolución rusa, cuya experiencia vive. Su nombre aparece unido al de los acontecimientos más importantes de este siglo.

En la conflagración del 14 al 18, cuando ilustres periodistas fueron cronistas de guerra y en las naciones más avanzadas no había surgido la mujer periodista, una española llamaba la atención, con sus crónicas, como corresponsal desde los frentes. Con su estilo seco cortado, describió la conquista de Xauen, el

desastre del año 1921, el desembarco en Alhucemas y la pacificación de Marruecos por el general Primo de Rivera.

Cuando estalla la guerra de Liberación española Sofia está en Varsovia, que allí es testigo de la lucha entre los alemanes que ocupan la ciudad y las fuerzas polacas que manda el general Bort, que se había sublevado. Una vez más Polonia batalla por su independencia y la periodista parece multiplicarse en su tarea, asiste al intento de liberación que hace el pueblo en el cual ella ha encontrado su segunda patria.

Con la segunda guerra mundial, Vicenty, Sofia y sus hijas Sofia e Isabel pierden contacto con sus amigos. La familia se separa y cuando termina la contienda los rusos ocupan la ciudad, Isabel, casada con el general polaco Wolikowski, se traslada con su marido al Canadá, y desde allí, durante diez largos años, sirve a su madre de único

enlace con el mundo occidental. Gracias a este contacto entre madre e hija se sabe en España y en la Academia Gallega, de la cual es miembro, que Sofía Casanova no ha muerto, como lo hizo creer su silencio desde 1939 hasta 1947, cuando ocupada Varsovia por los rusos, uno de sus familiares recibe una carta en la que la escritora le cuenta sus penalidades sufridas.

Sofía Casanova los noventa años de la «gran sacrificada» vivió cien años de libertad, inició un nuevo intento por recuperar su independencia. Poznan es el centro de un levantamiento que se convierte en una llamada al mundo libre, y allí, en Poznan, está la periodista, ciega ya, vencida por la enfermedad y las penalidades, que sólo alivian la presencia de sus nietas Halita y Sofía. Pero a pesar de todo, de los años, de la ceguera y de la enfermedad, en Sofía sigue latiendo su sentido de la realidad, su modo de ver periodístico, como demuestra uno de los párrafos de la última carta que escribe a su hija: «Elejabeitia—dice—admirable. Se porta como un caballero cruzado y me manda cartas de desconocidos que he de mandar porque son una revelación de la raza y del momento actual».

ANTES QUE NADA, ESPAÑA

La escritora venía con frecuencia a España. La añoranza de la Patria hacía que en sus constantes viajes Madrid fuera una especie de descanso. Tenía una casa en la calle del Conde Duque. Una casa que parecía estar siempre habitada porque todo estaba en orden como si de un momento a otro fueran a entrar en ella sus moradores. Su cuarto de trabajo, adornado con flores, flores siempre vivas durante la estancia de Sofía en la capital, repleto de libros, en el que escribía cada mañana sus colaboraciones para «La Epoca», «El Debate», «El Mundo» y especialmente para «Blanco y Negro» y «A B C». Su firma era cotizada en todas las publicaciones y sus artículos atraían la atención de los lectores de los primeros años del siglo.

Sofía sentarse cerca de un gran balcón—así escribe José Luis Bugall, viejo amigo de la familia Casanova—su figura, de mediana estatura, de líneas finas, de aspecto distinguido, se recortaba en la penumbra del atardecer. La escritora había trabajado todo el día. A media tarde llegaban a su tertulia don Jacinto Benavente, Gómez de Baquero, Alfredo Vicenti, Manuel Machado, Ricardo León, Baeza, Goy de Silva, Cristóbal de Castro...

A ella le gustaba hablar de su Galicia. Era una de sus grandes satisfacciones y en aquellas reuniones, donde se comentaban los hechos del día, las comidillas de un Madrid aún provinciano, salían a relucir anécdotas de las cuales ella era la protagonista. Victoriano García Martí contaba el año pasado en «A B C» cómo una vez que la escritora se trasladó a Orense, ciudad que no conocía, se le empañaron los ojos de lágrimas al ser recibida por una gran multitud, a la cabeza de la cual iba el Gobernador, quien le dijo:

—Señora, desde que entráis en esta tierra, tenéis a vuestro cargo el mando y gobierno de la provincia.

La fama de gran patriota que tenía Sofía Casanova era completamente merecida. En cualquier momento y con cualquier motivo, como por ejemplo durante la «Semana Sangrienta», de Barcelona, denunciaba informaciones falsas y reivindicaba por el nombre de su país el sacrificio de ella su gran cultura, una vasta cultura prodigiosa para una mujer en aquella época. Dominaba perfectamente seis idiomas: portugués, francés, italiano, inglés, polaco y ruso, lo que le permitió penetrar y conocer de cerca las civilizaciones de algunos de los países más antiguos del mundo. Por eso pudo vivir de cerca la revolución rusa, los desastres de Polonia, la guerra del Rif... y estar al tanto de la actualidad mundial.

Su múltiple personalidad de mujer, escritora, poetisa y periodista, que conocía y había visto y vivido las desgracias humanas, hacían que esta mujer española fuese profundamente caritativa. En 1911 tomó parte en el Congreso de la Tuberculosis, de Barcelona, y poco tiempo después, cuando se creó la Junta de los Reales Patronatos Antituberculosos, fue nombrada, por indicación de la Reina Doña María Cristina, secretaria del Dispensario que llevaba el nombre de la Reina. Estos continuos desvelos en favor de los necesitados motivaron el que se le concediera la Gran Cruz de la Beneficencia y la de Alfonso XII en tiempos de la Monarquía.

PROSA Y POESÍA EN LA OBRA DE UNA ESCRITORA

Sus obras han sido traducidas a varios idiomas. En ellas aparece una Sofía diferente a la de las crónicas de guerra. En las obras poéticas se desborda su alma de gallega, se vierte en ellas la morriña por la lejana Galicia. «Cancionero de la dicha», «Gotas de agua» y «Con su sombra», son tres títulos en los que se agrupa su producción lírica.

En la prosa, que se refiere a los países donde vivió desde su matrimonio, da una visión completa de cuanto vieron sus ojos acostumbrados a indagar por los senderos del periodismo. «El doctor Colski», «Sobre el Volga helado», «Lo eterno», «Más que amor», «El pecado», son obras que la hacen pasar a la historia de la literatura como una gran novelista y aún más, como una magnífica colorista en la descripción de paisajes y de tipos. La prosa de Sofía Casanova, la prosa novelística naturalmente en cualquier idioma en que esté escrita será siempre un testimonio histórico y vivo de los momentos más importantes de Europa en este siglo.

Puede ser que las traducciones que hizo de obras como «Alma Nihilista», de Kowalleska, y «Quo Vadis?», de Sienkiewicz, influyeran algo en las novelas citadas antes. Al fin y al cabo la primera de estas traducciones presentaba problemas semejantes a los que la escritora estaba viviendo y la prosa del polaco reflejaba y apoyaba sus propios sentimientos.

«SOFÍA, AQUÍ ESTÁ ESPAÑA»

En el número 80 de «La Estafeta Literaria» (segunda época), aparece la carta que una señora gallega escribe al director del semanario: «Se trata de un artículo—dice en la carta—que hará aproximadamente unos dos meses salió en su semanario sobre Sofía Casanova, titulado «La ancianita de Varsovia vive siempre pensando en su patria». Hablaba de una tragedia. No sabía de su marido ni de su hijo (este último desaparecido desde la invasión rusa); de que como escaseaban entonces los viveres, los de la División Azul (uno de ellos es quien relata estas cosas) ahorraban una ración de azúcar y, además, y según conmovedora frase de él, «teníamos que dejárselo a hurtadillas, pues aquella gran dama ni en las graves circunstancias perdía su señorío». También decía que su casa polaca conservaba fotos de las rías gallegas...»

Así escribe una gallega, que más adelante añade: «Pero yo ahora, tras decirle a usted todas estas cosas, siento que ya me quedo tranquila. Me pesaban un poquitín en la conciencia las últimas palabras del artículo en que aludo: Sofía Casanova, a los noventa y tantos años, sola en un piso y otra vez la guerra en torno a ella.»

Y todo era verdad. Un buen día «La Estafeta Literaria» cruzó el telón de acero y fué a poner un pedazo de España en las manos de Sofía. Y Sofía contestó con una carta, vía Edmonton, que dictó a su nieta, diciendo lo que era, lo que siempre fué, pero sin decir en ella lo que siempre debió ser para nosotros. Su carta anterior llevaba la fecha del año cuarenta y cinco. Y decía: «Aquí estamos, no sé por cuánto tiempo, en el más absoluto desamparo.»

Y España se acuerda de Sofía y pregunta. Y allá lejos, Sofía ve caer a uno de sus nietos, a Gregorio Wolikowski, un niño elegante y fino, con su media melena y su sonrisa. Era el mismo día en que ella escribe que «se niño tiene nuestra sangre, sangre española. Y Sofía reza a la orilla de su tumba y, como en una letanía, repite apasionadamente: «España, España, España, España.»

«Aquí está España», decía «La Estafeta Literaria». Sofía contesta más tarde: «Quiero ir» y respondiendo a su deseo, «La Estafeta Literaria» le contestaba: «Queremos hablarte muy breve, Sofía. Enseñarte, leerte lo nuestro. Buscamos el consuelo de que conozcas un niño como Marcelino y un truhán como Pascual Duarte.»

Ahora se estaban realizando gestiones, apoyadas por el Gobierno, para que Sofía regresara a España, para traerla a vivir de nuevo y a morir (la edad no perdona el tiempo) en su Galicia. Pero Sofía se ha quedado allí, junto a Grigory, y en su tumba hay una piedra con un nombre y dos fechas. Todo lo que queda de una española que jamás volvió la cara. Un amor la llevó a Polonia y con otro amor se ha ido a la muerte: España. El nombre de nuestra Patria fué su última palabra. Y España, está aquí, Sofía.

Raquel HEREDIA

**¿EL SOBERANO
DE LOS
COÑACS?**



SOBERANO

GONZALEZ BYASS

disfrute oyendo los martes, a las nueve menos cuarto, y los viernes, a las once de la noche, a través de la gran cadena de la S. E. R., el concurso "Adivine la clave", con sus sensacionales premios.

SERVIR A LA IGLESIA Y NO SERVIRSE DE ELLA

Por el CARDENAL OTTAVIANI

«El Quotidiano», de Roma, del 21 de enero, publicó el siguiente artículo de S. E. el cardenal Ottaviani:

«EN los días que corren no es poco frecuente ni débil el discurso sobre la Iglesia. Sobre este tema, la teología ha insistido con nueva agudeza, la liturgia ha llegado a profundidades insospechadas, la propia vida de los católicos ha conocido nuevas directrices y nuevas conquistas. No se podría, sin manifiesta injusticia, poner en duda que de un siglo a esta parte la Iglesia ha conocido un florecimiento de vida, especialmente en los laicos, pero no solamente en ellos, que es una cosa nueva en la historia de la Iglesia, y es hecho de extrema importancia en la historia de la humanidad. Hoy la Iglesia está presente como jamás ha estado en la vida humana. Aunque sólo fuera el encarnizamiento con que ha sido perseguida, ello es testigo de su fuerza y de su riqueza espiritual. Por lo tanto, no nos lamentemos siempre, como estamos acostumbrados por vicio ni sincero ni sentido; por lo tanto, no conviene lamentarse, sino más bien estar orgullosos de que Dios nos haya concedido el vivir en una época tan grandiosa; aunque sea penitrosa, vivir en la Iglesia y vivir para la Iglesia.

Cuando decimos «servir a la Iglesia», no hablamos del vínculo de quien está de servicio, ni tampoco de la cadena del trabajo y del empleo tal como está concebida y ordenada en el mundo moderno. Servir a la Iglesia equivale para nosotros a vivir su vida, vivir para su vida en nosotros y en los hermanos. Esto es servir a la Iglesia. Servir a Dios es reinar, y servir a la Iglesia es vivir la vida de la Esposa de Jesús y de la Madre de los hombres.

Ante todo, ¿quién hablaría de «servir» a una madre? A una madre no se la sirve, se la ama; y porque se la ama, todo se hace y todo se padece por ella. En nuestro caso, no es suficiente—aunque ya es mérito notable—el estar presentes y operantes en la organización. Esto puede nacer, aunque instintiva y subrepticamente, también de la ambición.

Ciertos hombres, que han recibido de los católicos el mandato de tutelar en la vida pública los principios cristianos afirmados en sus organizaciones, a menudo acaban demostrando, en la práctica, que en sus corazones dan preferencia a sus ambiciones, carreras políticas o dignidades en el siglo, con preferencia al progreso hacia el mundo mejor hacia el cual la Iglesia quiere conducir a la humanidad.

En el mundo mejor, la Iglesia será servida amando: lo que quiere decir amar al Papa, al obispo, al párroco; amar a los fieles de toda la Tierra tanto como a los que están cerca de nosotros. Amar a los pecadores, amar a los enfermos o a los que sufren, amar a los que sufren de espíritu y a los indigentes. Actuar sacrificándonos, si es necesario, para que tanto en el individuo como en la familia y en la sociedad, la prosperidad y la moral, la justicia y la paz, se abracen según los principios del Evangelio, predicados libremente por la Iglesia.

Después existe una cuestión de honor: la Iglesia es nuestra Madre y cuando hemos dicho que la debemos amar, hemos dicho todo. Si la amamos, hemos hecho todo. Pero es también la Esposa de Jesús. Jesús la ha dejado sobre la Tierra, confiándonosla. He aquí, pues, por qué yo decía que es una cuestión de honor. Echemos una mirada a los

siglos: ¡qué perseguida, o por lo menos, cuán angustiada ha estado la Iglesia!

¡Cuántos enemigos y cuántas batallas, cuántas agresiones y cuántas injurias, cuántas ofensas y cuántas burlas, cuántos dolores y cuántas aflicciones! Y por no saltar al pasado, miremos un torno nuestro hoy.

Yo no hablo de aquellos países—y son inmensos, con Continentes—en los cuales está cautiva y condenada a muerte como su divino Esposo; sino en nuestros propios países que se dicen cristianos y que quizá están gobernados por católicos, con mayoría sobre los otros. ¡Cuántas ofensas cada día y a cada hora, desde las más ruidosas a las más insidiosas, desde las más orquestadas a las más torpes, desde las más enmascaradas de gentileza a las más abyectas! Y en nuestro mismo campo, ¡cuántas críticas, cuánta indisciplina, por no hablar de alguna traición! ¡Incluso hay católicos en sede de autoridad política que osan tomar el partido de quien no sólo ofende, sino que además asesina a la Iglesia! Y mientras tanto, todos ocurren a los sacerdotes para hacer de ellos intrigantes junto a los poderosos, determinándose así un cansancio en el país, con respecto a los hombres de la eternidad transformados en agentes de las cosas temporales. No es ésta la manera de honrar a la Iglesia. Así se la deshonra más bien. Esto no es servir a la Iglesia; es servirse de ella.

La Esposa de Jesús no solamente debe ser defendida de quien la persigue, sino también de quien la querría enfangar y comprometer.

Servir a la Iglesia quiere decir darse generosamente para sus fines espirituales y eternos, sacrificando a ellos, por amor suyo, vuestras comodidades, nuestros gustos, nuestros honores y nuestra propia vida.

Jesús murió por ella, nosotros no sabemos ni siquiera afrontar por ella la sonrisa irónica de un colega, la broma ofensiva de un enemigo. Si los enemigos de la Iglesia son tantos y tan fuertes, la culpa es de nuestra debilidad y baja.

¿Cómo nos oponemos a la Prensa enemiga, apoyando nuestra Prensa? ¿Con qué obras podemos responder a las obras hostiles? También aquí, entendámonos, muchos se ha hecho, mejor dicho, muchísimo; y se viene haciendo mucho. No es verdad que estemos los últimos entre los hombres, como estábamos hace algunas decenas de años. Nos habían expulsado de todas partes, volvemos a estar en todas partes. Podremos decir otra vez con Tertuliano: «Somos de ayer y os hemos llenado ya todos los ángulos de la vida, incluso vuestros templos. Nos habéis matado, nos habéis sepultado: hemos aquí más vivos que anteriormente».

Con todo ello, todavía no estamos. El honor de la Iglesia nos impone otras empresas. No basta lo hecho, es mucho más lo que hay por hacer. La Iglesia es la cosa más santa y más grande; y más bella, como conviene a la Esposa de Aquél que es el candor de la luz eterna, el unigénito del Padre, el primogénito de los hombres: puesto que esto no lo saben todos los hombres, digo más, no lo sienten, nosotros no podemos permanecer ociosos.

Servir a la Iglesia es esto y no otra cosa: amar a nuestra Madre, defender el honor de la Esposa de Jesús en el mundo. ¿Cómo la servimos? ¿Cómo la serviremos?»

"EL TIEMPO EN NUESTROS BRAZOS"

RAFAEL MONTESINOS
poeta en su tierra
y fuera de ella



"MI PERSONALIDAD ES MI SEVILLANIDAD"

LA habitación es amplia. Por un ventanal entra a chorros la luz de las primeras horas de la tarde. Tarde de sábado madrileño. Cuelgan cuadros de las paredes. Buen gusto en los pintores y buen gusto en la elección. Me gustan mucho estos angelitos de Liébana y el «Paseo del Prado», de Miguel Acuaroni. Hay un dibujo de Vázquez Díaz y dos grandes paneles de Antonio Valencia. De frente, en un rincón que preside la gran sala, un retrato de mujer. Elusa a rayas, cuello alto y falda negra. El autor de este cuadro es Molina Sánchez, y al cuadro lo bautizó con el nombre de «La novia del poeta». Y es la novia del poeta. No. Hoy es la mujer del poeta. Marisa, que asiste a la charla desde el cuadro y desde su sonrisa y amabilidad.

El poeta tardó unos minutos en llegar. Pero ya está aquí. Mediana estatura. Viste de gris. Camisa blanca y una corbata que le viene muy bien al traje. El poeta tiene la rara elegancia de la sencillez. Digo rara porque no suelen abundar los hombres de estas dos cualidades. Y menos entre poetas. Tiene personalidad su bigote negro y bien cuidado.

El poeta se llama Rafael Montesinos. Lo conocemos todos. Conocemos sus poesías y conocemos sus libros. Si hago presentación es solamente por ganas de hacerla. Yo conocía la obra antes de conocer al hombre. Al poeta lo conocí una tarde en la barra del bar del Ateneo de Madrid. La conversación de ahora no ha cambiado en nada mi juicio sobre el poeta. En la portada de un libro de Rafael Montesinos había leído yo, hacía mucho tiempo, estas palabras de Gerardo Diego refiriéndose a la poesía del escritor sevillano: «...mucho de canto, de encanto indecible y dialectal, de misterio y gracia andaluza, aunque escriba en correctísimo castellano, sin ceceos ni seseos. Hay en esta poesía una hondura, una gravedad de pronto que no borra la gracia juvenil, sino que la subraya más por el contraste».



Rafael Montesinos ante la máquina de escribir, su instrumento de trabajo, y en una pausa, junto al hijo

Ese encanto indecible y dialectal, el misterio y la gracia andaluza, la hondura y la gravedad «de pronto» están también presentes en la conversación, en la charla. Aunque en su palabra el ceceo y el seseo, como buen andaluz de tierras bajas, no están ausentes, como en su pluma.

Y en su palabra hay también algo de lo mucho que abunda en su poesía: un tono de tristeza y de ternura, de desalientos iluminados por nostalgias y esperanzas.

PLICA CON SEUDONIMO

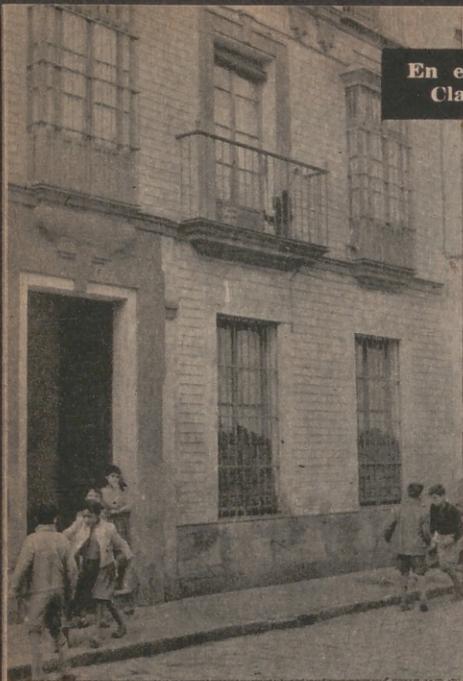
Rafael Montesinos no hacía muchos días que había regresado de Sevilla, de su tierra. Había ido allí a recorrer las calles y las plazas de su niñez y a algo más. A cobrar el premio. Cincuenta mil pesetas «en efectivo» que se trajo a Madrid. La cosa había pasado de este modo:

Había llegado el tiempo de celebrar la segunda edición del premio «Ciudad de Sevilla». Un pre-

mio muy acertadamente instituido por el Ayuntamiento sevillano. En su primera edición—premio a la mejor novela—lo ganó, con todos los honores, fama y pesetas, otro sevillano, de Aznalcázar, afincado en Madrid: el conocido y gran novelista Domingo Manfredi, con su novela «La Rastra», hoy en visperas de ser traducida a varios idiomas. Este año, el premio era para un libro de poemas.

Siete de diciembre de 1957. Noventa y cuatro libros de poesías acuden al concurso. Hay nombres muy conocidos. El Tribunal se ha reunido, a mediodía, en el Hotel Alfonso XIII. Un Jurado muy competente, donde figura lo mejor de las letras sevillanas. En torno a una mesa, a los postres, empieza la votación. Preside don Manuel Morales Lupiáñez, teniente de alcalde. Después, don Vicente Rodríguez Casado, director general de Información; don José María García Cernuda, delegado provincial de Información y Turismo; don Rafael Laffón Zam-

En esta casa de la calle de Santa Clara, en Sevilla, nació el poeta



brano, poeta y académico de la Sevillana de Buenas Letras; don Francisco López Estrada, catedrático de la Facultad de Letras; don Francisco Collantes de Terán, archivero municipal, que forma también parte del Jurado, emitirá su fallo por teléfono; don Manuel Beca Mateos, presidente del Ateneo sevillano, y don José Montoto González, director de «El Correo de Andalucía».

En una votación colectiva, los miembros del Jurado ponen sobre el tapete los ocho nombres de poetas que después de un concienzudo estudio han quedado como finalistas. Finalistas para el comienzo. Salen los ocho que más votación han obtenido: Leopoldo de Luis, Aquilino Duque, Gerardo Diego, Pedro Alonso Morgado, Joaquín Albalade Lafita, «Santa Clara», Concha Lagos y Ricardo Molina.

¿Dónde está el nombre de Rafael Montesinos? No es nada difícil averiguarlo. Se inician las votaciones eliminatorias. Caen sobre una sopera de plata las papeletas con siete nombres. Recuento de votos y... primer poeta eliminado: el veterano Gerardo Diego. La lucha prosigue. En la segunda eliminatoria caen un poeta sevillano: Joaquín Albalade Lafita. En la siguiente le toca el turno de salida a Leopoldo de Luis. Después, Ricardo Molina. Pedro Alonso Morgado es el siguiente en ser eliminado, y le sigue Concha Lagos.

La final es bastante disputada. Han quedado los mejores: «La calle de la luna», de Aquilino Duque, y «El tiempo en nuestros brazos», que firma «Santa Clara». Los votos de la final dan empate y el desempate hay que jugarlo. Otra vez las papeletas a la sopera de plata. Llega el fin. Cinco votos para «Santa Clara» y tres para Aquilino Duque. Se procede a abrir la plica del seudónimo. Todos saben que Santa Clara, además de nombre de Santa, es el nombre de una típica calle sevillana, del barrio de San Lorenzo. Ahora «Santa Clara» es también otra cosa: el seudónimo circunstancial de un poeta, de un

gran poeta sevillano, que vive en Madrid. Con él estoy ahora yo hablando.

—Yo nací en el número 41 de la calle de Santa Clara.

SEVILLA-MADRID

Rafael Montesinos nació el día 30 de septiembre de 1920. Unos días después fué bautizado en la parroquia de San Lorenzo, en la misma pila bautismal, en la que, ochenta y cuatro años antes, bautizaron a Bécquer. Yo no sé si se podría, por ello, decir aquello «de casta le viene al galgo». Pero casi creo que es mejor no decirlo.

Rafael es el hijo mayor de la familia. Después nacerían sus dos hermanas, Conchita y Carmen. A los cuatro años ingresa en el colegio de las Hermanas Carmelitas y a los siete pasa al de los Padres Jesuitas. Al colegio de la plaza de Villasis, en el centro de la ciudad.

—Un día que no puedo precisar, nos marchamos y el colegio de los Padres Jesuitas se instaló en una casa señorial que había sido en su tiempo edificio del Banco de España, sita en la calle Montes Sierra, antigua de Pajaritos. Y de ahí, para siempre, Colegio de «Pajaritos».

Fuó aquello allá por el año 1931 cuando la República. Rafael se acuerda todavía de aquel día en que, por primera vez, vió a sus profesores, los padres jesuitas, sin sotana y con corbata. Todo el Bachillerato lo estudia con los padres de la Compañía de Jesús. Y, entre todos los recuerdos, perdura para siempre la figura de aquel profesor de Algebra, seglar, que un día se volvió loco y soltó un disparate en la clase. Hay ahora todavía, en la memoria del poeta, un recuerdo lleno de compasión y de ternura para aquel pobre profesor de Algebra y un poco de resquemor contra las injusticias cometidas contra los que ya no nos sirven para nada. Rafael vió, tiempos después, al profesor por las calles de Sevilla, con sus codos rotos, hablando a las paredes y al viento.

Los años de la guerra los pasa en Sevilla. En 1940, en la noche de San Silvestre, su familia se trasladada a Madrid. El se queda en su tierra con unos parientes que viven en el paseo de Colón, frente a la Torre del Oro, frente al río.

Dos meses más tarde que sus padres, viene Rafael a Madrid. Tiene intenciones de seguir una carrera universitaria. Filosofía y Letras. Pero circunstancias mandan y el trabajo espera.

De Madrid a Sevilla hay buenos kilómetros. Rafael los recorrerá con alguna frecuencia y todavía visitará los lugares donde transcurrió su infancia y su niñez. Irá al Colegio de las Madres Carmelitas y visitará algunos pueblos en los que su familia solía vernear. De todos, el mejor para sus recuerdos, Alajar, un pueblecito de la provincia de Huelva, donde se encuentra la Cueva de Arias Montano.

—El último verano que fuimos

a Alajar, mi padre quiso ser arqueólogo y se salió con las suyas.

Sobre una mesita de esta amplia sala donde hablo hoy con el poeta, veo unas hachas, cinceles y hojas de sílex.

—Después de varios intentos infructuosos, seguro mi padre de la existencia de grutas ocultas bajo el suelo de la «Peña», logró un día dar con la que por aquel entonces se dió en llamar «Cueva de Montesinos».

BIBLIOGRAFIA INCOMPLETA

En Madrid, un día del año 1942, Rafael Montesinos, con su primer libro de poesías bajo el brazo, se dirige a la Biblioteca Municipal. Allí está don Manuel Machado. Don Manuel pone prólogo a aquellas primeras poesías con un romancillo que titula: «Ante el primerísimo libro de Rafael Montesinos».

—Aquel libro se llamaba «Renunciación». No figura en ninguna lista de mis obras. Me ruborizo cuando lo veo por aquí, entre mis papeles.

Era su primer libro. Un año más tarde, Rafael conoce en la terraza del café Gijón a José García Nieto. La revista «Garcilasos» iba entonces por su tercer número y García Nieto la dirigía. En esta revista publica Montesinos lo que él considera su primer poema, «Primavera vencida», un poema significativo. Rafael aparecerá ya, con su firma, al pie de muchas colaboraciones poéticas en la revista y su amistad se irá haciendo más íntima con el poeta al que un día conoció en la terraza de un café. Sus poesías, al mismo tiempo, van apareciendo también en «La Estafeta Literaria», en EL ESPAÑOL de la primera época, en «Espadaña», en todas las revistas y publicaciones de estos tiempos.

En 1944 aparece una separata de «Garcilasos», con un extenso poema de Montesinos. Se titula «Balada del amor primero» y se publica en edición para amigos. Dos años después, en 1946, una nueva obra: «Canciones perversas para una niña tonta». Rafael Montesinos es ya conocido como un poeta de primera clase. Con otra obra: «El libro de las cosas perdidas», inaugura la colección «Halcón», de Valladolid.

A finales de 1946 y principios del 47, visita Inglaterra: Londres, Oxford, Cambridge. Y de vuelta, Portugal. En Inglaterra se han quedado dos poemas de Rafael. C. D. Ley da una versión de «La balada del amor primero» y de «Homenaje para mi centenario» El volumen XLVII de la Colección «Adonais» se titula «Las incredulidades». Es otro libro del poeta.

Llegan «Los años irreparables». Su primer libro en prosa. Un libro para el recuerdo de la niñez, de la infancia y otras cosas. Una obra autobiográfica. Rafael Montesinos recrea su niñez y nos recrea en ella y con ella, minuciosamente, dentro de cada minuto de niño solo, de niño triste, ilusionado y desilusionado. Rafael es un niño muy aplicado, muy buenecito, que aprende sus «lecciones de cosas» en un colegio de Madres Carmelitas, o en un colegio de padres de la Compañía de Jesús. Pero un día, Rafael manda a pa-

seo su aplicación y sus «lecciones de cosas» y se echa al suelo, boca arriba, para contemplar las estrellas. El amor de infancia y de adolescencia, la fría hostilidad de las aulas, toda la minuciosa sucesión de esos recuerdos imborrables, irreparables, pasa por las páginas tersas y sencillas de este libro de prosa poética—revelación de un prosista—, en un continuo balance entre la ternura y la ironía, la desesperación y la esperanza, la crítica dura y amarga y la fe en el propio desesperado corazón «aferrándose a la vida como a un clavo ardiendo».

«Los años irreparables» podría ser como un libro de texto donde aprendiesen los autores de tantas «memorias» y tanta autobiografía barata como hoy se ve en las vitrinas de los escaparates.

Por su poema titulado «País de esperanza» se le adjudica a Rafael Montesinos el Premio de Poesía «Ateneo» de Madrid, en 1953. Es el mismo año en que el poeta conocerá a Marisa, la chica de la blusa blanca a rayas del retrato, que hoy es su mujer, y que, desde entonces fué «la novia del poeta». Un año después aparece «Cuaderno de las últimas nostalgias». Un cuaderno escrito en años tristes, en momentos de abandono, de desconuelo y de hondas desilusiones; años de transición a la esperanza. Los poemas escritos antes de enfrentarse con esa otra nostalgia del porvenir, alegre y esperanzadora. Son como poemas póstumos de una nostalgia, como una continuación o apéndice de libros anteriores.

«La soledad y los días» es una antología poética. Su primera antología poética. Un libro que en el año 1956 roza el Premio Nacional de Literatura, que entonces gana Gerardo Diego.

Y su último libro, este que acaba de obtener el galardón sevillano: «El tiempo en nuestros brazos». Su último libro por ahora, porque el último libro de Rafael Montesinos, si Dios quiere, serán muchos libros más. Por esto digo bibliografía incompleta.

RAFAEL MONTESINOS Y LA ESCUELA SEVILLANA

—Veinticinco poemas tiene «El tiempo en nuestros brazos».

Un libro inédito, naturalmente, como requerían las bases del concurso. Van pasando las hojas escritas a máquina.

—¿Puede hablarse de unidad temática?

—La unidad la da aquí el tiempo. El libro tiene tres partes...

Tres partes. La primera la forman poemas dedicados a su mujer. La segunda, poemas a su hijo. Un pequeño revoltoso, de dieciséis meses, con cara y ojos de niño inteligente, de travieso, muy cariñoso, que durante la charla se ha entretenido en ir vaciando un azucarero sobre la mesa.

La tercera parte del libro tiene poemas a Sevilla, al tiempo, al tiempo después de nosotros, a pintores amigos...

—Comencé a escribirlo el año

1956 y lo terminé en abril del 57.

Una pregunta al poeta sevillano

—Muchas veces, al hablar de su poesía, he oído que le incluyen casi siempre en la escuela sevillana. ¿Cree usted que pertenece a ella?

El poeta se sonríe y responde:

—Mire usted, Sevilla tiene un lugar preferente en mi corazón. Esto, la verdad, no es necesario que yo lo diga. Si con las palabras «escuela sevillana» se quiere expresar que mi modo de ser—y de hacer—es el de mi tierra, tienen razón. Soy—en el decir de Fernández Almagro—poeta que gusta de antitesis, en un juego sentimental que da la medida de las luchas del amor consigo mismo, a prueba de recuerdos e ilusiones, de celos y fe, de realidad y sueños, hasta la armonía de los elementos contrarios. Pero es que soy así porque Sevilla, alegre y melancólica, es tierra de contrastes, porque, en suma, mi personalidad es mi «sevillanidad».

Rafael Montesinos habla despacio:

—En cambio, si al incluirme en la escuela sevillana se alude a la del Siglo de Oro, a esa que anda por los manuales de Literatura, yo no tengo nada que ver con eso. La desnudez de mi idioma se aviene mal con la grandilocuencia y el excesivo ropaje de los poetas sevillanos del Siglo de Oro. En mis canciones, en mis romancillos, en mis sonetos, me veo mucho más cerca de Gil Vicente y Lope que de Rioja y Herrera. Y en el tono de mi poesía, en la «voz», más cercano a Bécquer que a un Arguijo, por ejemplo. Le nombro a Bécquer porque no le considero dentro de la llamada escuela sevillana del tan repetido y aurífero siglo, aunque sí un grande y entrañable sevillano.

—En el origen de su poesía, ¿quiénes fueron sus maestros?

El poeta no tiene que preparar la respuesta:

—El pueblo andaluz, los poetas de la Edad Media española, Lope de Vega, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, y eso que queda de Bécquer cuando se olvidan sus «Rimas».

Una pequeña pausa. Luego añade:

—Dígame ahora si todo lo que acabo de nombrarle tiene algo que ver con la escuela sevillana de los manuales de Literatura. Yo no quiero que vea nadie en mis palabras menosprecio o desdén hacia unos poetas que honran a Sevilla. Bien están en su sitio y en su tiempo. Además, pertenece a esa época y a ese lugar el poema más hermoso de la lengua castellana. Me refiero a la «Epístola moral a Fabio», ese poema desnudo, senequista, libre del barroquismo que le rodeaba. En el último verso de esa «Epístola» está inspirado el título de mi libro «El tiempo en nuestros brazos».

El poeta, después de una breve pausa, recita en voz baja, como hablando consigo mismo, la última estrofa de la «Epístola moral a Fabio»:

*“Ya, dulce amigo, huyó y me re-
[tiro;
de cuanto simple amé, rompi los
[lazos.
Ven y sabrás al grande fin que
[aspiro,
antes que el tiempo muera en
[nuestros brazos”*

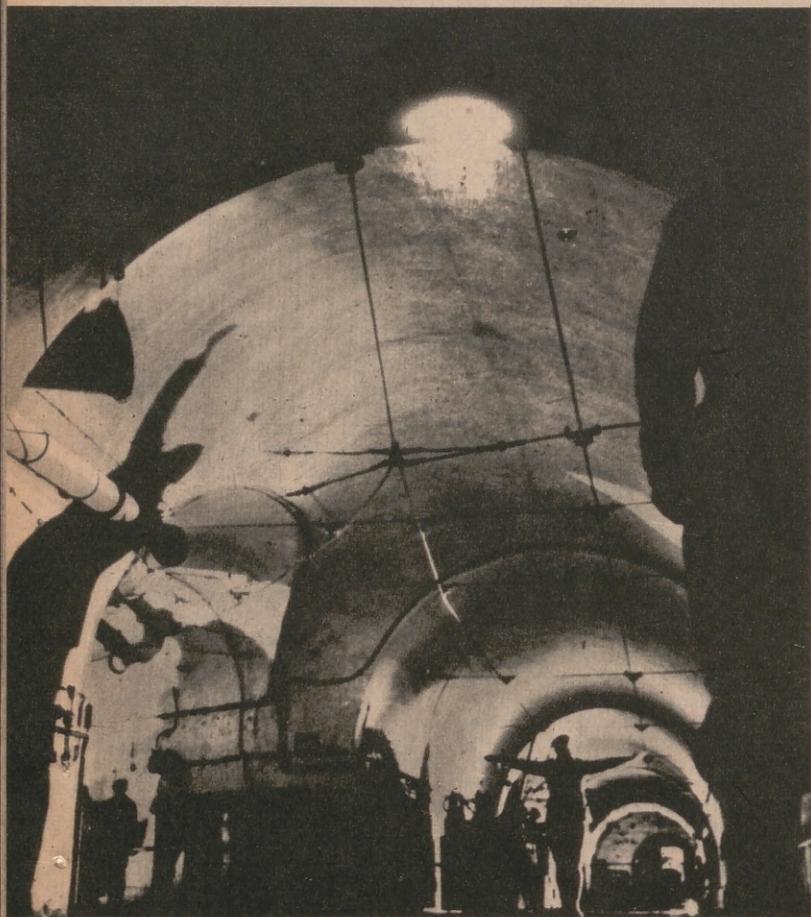
Yo he recogido ya mis papeles. Rafael Montesinos y su mujer me acompañan hasta la puerta. Ahora el sol se ha ido y llueve en la calle.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)



El poeta y su familia en una escena cotidiana, la merienda

SIGFRIDO Y MAGINOT OTRA VEZ EN LINEA



La Línea Maginot es una complicada obra de ingeniería militar, con galerías subterráneas a gran profundidad

**DOS SISTEMAS
DE AYER PARA
LA DEFENSA
DE MAÑANA**

**INSTALACIONES
PROFUNDAS
PARA BASES
DE COHETES**

EL concepto de la fortificación es tan viejo como la propia guerra, lo que equivale a decir que tan antiguo como el hombre mismo. Los prehistoriadores, nada menos, nos hablan de los «palafitos» o poblaciones defendidas por las aguas, por ejemplo. Los romanos emplearon empalizadas y campos cerrados —los «castros»— que dieron origen a una técnica militar; la castramentación o ciencia del acampamiento y aun a la poliorcética o arte del asedio. En fin, los castillos del Medioevo eran las fortalezas de la época a las que sucederían luego las plazas cerradas, en cuyo torno se decidieron, durante mucho tiempo, gran parte de las batallas de mayor trascendencia histórica. No es nuestra propia Historia una excepción. Empieza nuestro glorioso pasado militar con Sagunto y culmina, en pleno siglo XIX, con las epopeyas de Gerona, Zaragoza, Ciudad Rodrigo y Badajoz. Y aun durante nuestra Guerra de Liberación no faltan los sitios. Se inicia la epopeya con cuatro nada menos, todos ellos gloriosos; Simancas, el Alcázar, Ovie-

do y Santa María de la Cabeza. Añadamos después la Ciudad Universitaria, Teruel, Balchite y la serie queda así cerrada.

La historia militar del mundo no difiere, naturalmente, a este respecto de la nuestra. Apuntemos en nuestra era hegemónica, por ejemplo, Pavia, San Quintín, Gravelinas, Mulberg... En el siglo pasado, para no irnos muy lejos, Sebastopol —el sitio de la plaza rusa de Crimea— decidió un conflicto. Plewna fué esencial en la guerra rusoturca. La de la Manchuria la decidió la suerte de la plaza de Puerto Arturo. La guerra francoprusiana de 1870 se centró en torno de tres ciudades fortificadas. Igualmente Metz, Sedán y París. Como vamos a ver luego, las cosas no deberían cambiar después tan radicalmente como se imaginan muchas gentes. Sólo que las cosas no serían exactamente iguales. Como no eran lo mismo las defensas de Numancia, que contuvieron tantos años a los romanos; como las de las plazas de Vauban o los fuertes de los campos atrincherados galos, que detuvieron a su vez a los alemanes de Guillermo II. La guerra cambia de prisa. Y, naturalmente, la fortificación debe de cambiar también. Tanto que precisamente el que siga ésta el ritmo de aquélla es esencial para que su rendimiento sea normal. Y tocamos aquí, justamente, el problema capital en el arte de la defensa de los Estados.

BATIR SIN SER VISTO

En ese proceso de la evolución de la fortificación permanente —esto es, la preparada debidamente en tiempo de paz, no la improvisada más o menos en el campo ocasional de batalla— se ha ido sucediendo el empleo de diversos materiales. La madera fué, junto con la piedra, el primero. Luego se empleó la tierra. Más tarde el hierro. Y en seguida el cemento y el acero. Las cosas se complicaron así mucho a través del tiempo. No sólo para el ingenio, sino para el militar de armas. Encerrar las guarniciones en las plazas, como antaño, pareció posteriormente error muy grave. ¡Ah, si hubieran estado en Waterloo los 150.000 franceses que había esparcidos y diseminados en diversas plazas sin poder intervenir en la jornada, se ha dicho. Quizá la suerte de aquella trascendental batalla, suele admitirse, hubiera cambiado.

Sobre todo la técnica moderna, de principio de siglo, se orientó hacia las fortificaciones diluidas, dispuestas cada vez en más profundidad y que conjugaron bien sus fuegos. En definitiva, no se trataba tanto de construir una barrera de hierro y de cemento,



Soldados aliados atacan los fortines alemanes de la Línea Sigfrido con bombas de mano durante la última guerra

con propósito igual al de la continua muralla, de piedra y ladrillo, de la China. No se trataba de impedir tanto el paso del enemigo como de encauzar éste hacia ciertas zonas segadas por el fuego. Lo importante era, sobre todo, esto: batir sin ser visto. Toda disimulación era, por tanto, poca. Junto a este principio lo importante era el fuego.

En el proceso de esta evolución del arte de la fortificación han sido jalones decisivos la aparición del *proyectil explosivo*, en 1885, que obligó a dar mayor grosor a la capa protectora, y por último la aparición de las *armas de tiro rápido* modernas, el cañón y la ametralladora, que pasaron al final a constituir núcleos destacados y diseminados de las obras principales. La capa de cemento, material utilizado con preferencia para la protección, era ya de dos metros y medio de espesor en la primera guerra mundial, y en los fuertes de Verdún, por ejemplo, en el famoso de Douaumont. El emmascaramiento, la dispersión, el enterramiento cada vez mayor fueron más precisos en las nuevas obras. Había que evitar vistas al enemigo, a la par que eran preciso ganarlas para la defensa.

UNA BATALLA DE SEIS MESES

La guerra de 1914-18 comienza con una batalla singular en torno de las plazas belgas del Mosa; de la de Lieja, sobre todo. Se había previsto en Berlín que mientras que los dos famosos Ejércitos del ala derecha—los de Von Kluck y Von Bülow—marchaban rápidos, por Bélgica, so-

bre Francia, Von Emmerich asaltaría dichos fuertes. Pero no fué fácil esta segunda parte. La decisión de Ludendorff—que entonces se comenzó a dar a conocer como jefe de excepción—, cierto que llevó dentro de la ciudad de Lieja las tropas alemanas. Pero los fuertes belgas exteriores resistían siempre. Para acallarlos los alemanes de Von Einen acudieron a una prueba definitiva: sometieron a la tortura de bombardeo de cañones de 13 centímetros, morteros de 21 e incluso colosales «mürsers» de 42. Los fuertes, contruidos por Brialmont, para resistir proyectiles mucho menores, se desplomaron al fin. ¿Había fracasado la fortificación? He aquí lo que se dijo y luego se repetiría con demasiada ligereza. Porque, en cambio, los fuertes de Verdún resistieron muy bien la prueba del ataque del Ejército del Kronprinz imperial. Y la prueba fué, sin duda, harto dura también. La batalla de Verdún duró, efectivamente, casi seis meses. Desde el 21 de febrero al 15 de julio solamente los franceses hicieron desfilar por allí sesenta y seis divisiones de su Ejército, y los alemanes, en aquella «riada» fantástica, no menos tampoco de cuarenta y tres. Los primeros habían sufrido en octubre 325.000 bajas y disparado con sus dos mil cañones, nada menos que catorce millones de proyectiles. Los alemanes actuaron con idéntico tono. Pero los fuertes, en su mayor parte, resistieron casi siempre la prueba feroz de aquel incesante

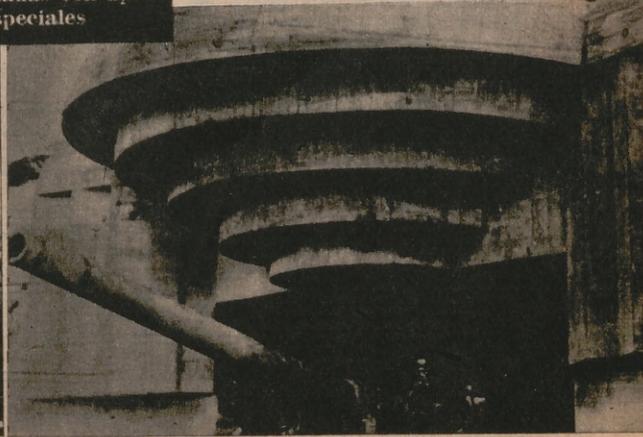
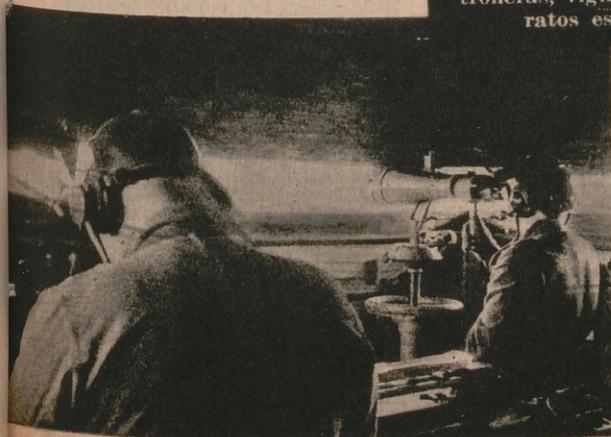
bombardeo que convirtió el terreno en un paisaje lunar.

¿Valió o no valió, pues la fortificación? A la sazón, tanto los alemanes como los franceses—ya hemos visto que los belgas, igualmente, también—habían construído amplísimos campos atrinchera-dos. Sin duda alguna la frontera francoalemana, con su eterna manzana de discordia que se llama Alsacia y Lorena, ha sido el campo de batalla más reiteradamente ensangrentado del mundo. En tiempo de Vauban había, en Francia, nada menos que 300 plazas fuertes y en su mayor parte se concentraban éstas en torno del Rhin. Cuando la primera guerra mundial estalló, los alemanes tenían sus *jester*; sus fortalezas, de la famosa línea del Mosa y del Rhin; la *Mosela Stellung*, siendo Coblenza, Colonia y Maguncia los apoyos principales del sistema. Cierto que el Estado Mayor de Berlín pensó, siempre, en atacar y para el ofensor este tipo de fortificación permanente sólo tiene un valor: servir de base de partida... ¡O de repliegue, si ello resultara definitivamente preciso!

MITAD UNIVERSIDAD Y MITAD CUARTEL

El caso de Francia era diferente. Había sido vencida en 1871; tenía menos población que Alemania, menos posibilidades económicas y a la postre, la República democrática no había sido capaz de alcanzar el grado de militarización que reinaba en la Alemania Imperial. Mirabeau había dicho, cierto, que exagerando un tanto, que Alemania no era un país que tenía un Ejército, sino un Ejército que tenía un país.

Los cañones asoman sus bocas amenazadoras por las troneras, vigiladas con aparatos especiales



La visión de nuestro Maestru nos resulta más cierta, por lo ponderada. Para nuestro mártir ilustre, Alemania era a mitad's, universidad y cuartel. De ahí, ciertamente, su fuerza enorme.

La experiencia triste de la guerra francoprusiana; copos de Metz, de Sedán, de París; caída del Imperio; *débacle* general, hizo pensar a la República la necesidad de prevenirse contra el enemigo teutón. Sérè de Rivier fué encargado, en consecuencia, de la construcción de un sistema fortificado que fué asombro de comienzo de siglo. Triunfó el principio de una red de fortificaciones constituida por fuertes que se flanqueaban y apoyaban, poderosamente equipados de armas de fuego y que constituían, en realidad, dos barreras; la que tenía por terminales a Verdún y Toul y la que jalonaban Epinal, Belfort y Lomont, que dejaban entre sí, espacios vacíos —*troués*— por los que era forzoso que el invasor canalizara sus pasos. La fortificación comenzó a ligarse así con la gran maniobra estratégica. Los fuertes apoyarían a las tropas y jalonaban el campo de batalla. No servirían aquéllos, en modo alguno, para encerrar guarniciones. El resultado de la experiencia ya se ha visto antes.

Terminada la primera guerra mundial la técnica comenzó a sacar enseñanzas de aquella. Era preciso enterrar más las obras, por la enorme potencia de una artillería capaz de lanzar proyectiles de peso superior, bastante, de una tonelada y prever el desarrollo de la aviación entonces ya, más que poderosa, prometedora. Los explosivos tenían a su vez un poder terrible; la *trilita* triunfaba con su poder destructor aniquilante.

«A QUE USTEDES FIRMIEN»

Alemania, vencida, en noviembre de 1918, no tuvo más que aceptar lo que los vencedores la impusieron. En el tratado de paz Clemenceau no anduvo en chiquitas al reunirse en Versalles, con la Delegación alemana. «Hemos venido aquí—dijo—a que ustedes firmen; no a discutir». Tras de esta singular dialéctica, de neto vencedor, Alemania, que se debatía en las sacudidas del hundimiento del régimen y de la derrota, aceptó, en efecto, entre otras condiciones militares la plena desmilitarización de sus costas del Báltico y del Negro, así como la de sus fronteras terrestres con Bélgica, Francia, Austria y Polonia. Sus fortificaciones fueron, en consecuencia, totalmente arrasadas.

Francia, en cambio, pensó en armarse más y levantar otra barrera terrible cuya construcción, al fin, fué decidida durante la etapa ministerial de Maginot. De aquí el nombre de la nueva línea que comenzó a construirse en seguida. Alemania hubo de permanecer impasible hasta que, en 1935, Hitler denunció el tratado de Versalles y decidió armar al país. En noviembre de dicho año llegaron a los cuarteles los primeros reclutas que instruyeron los soldados del Ejército permanente de los 100.000 hombres autorizados, que, en el acto, fueron converti-

dos en cuadros de mando de la nueva «Wehrmacht». Con el nuevo Ejército, con los aviones, los carros, los submarinos, en fin, que surgían, surgió así mismo la decisión de fortificarse. En realidad, aquí como en tanta otra cosa, el Estado Mayor alemán se había adelantado para realizar los estudios técnicos precisos. En 1936, algunos años después de que los franceses construyeran, en su parte inicial, la «*Línea Maginot*», los alemanes emprendieron la construcción de su «*Westwall*». Berlín pensaba que era preciso defenderse en el Rhin, para guardar su espalda cuándo se lanzara a invadir a Polonia. Las Líneas *Maginot* y *Westwall* obedecían a un mismo deseo; la defensiva ocasional o permanente. Pero su concepción era esencialmente distinta. No en vano la fortificación alemana sucedía tras de algún tiempo a la francesa y se beneficiaba de una cierta experimentación de nuevas armas y contraste de ideas más progresivas. Veamos las diferencias

EL ASOMBRO DEL MOMENTO

La *Línea Maginot* constituyó el asombro del momento. Se extendía principalmente a lo largo de la frontera francesa con Alemania. Luego se prorrogó hasta el Mar del Norte, por las de Luxemburgo y Bélgica. No era la misma siempre la concepción técnica de las obras. Y era natural. En unos lugares la *Línea* era más fuerte. En otros, menos. La misma índole de las obras cambiaba de acuerdo con las conveniencias del lugar. Así a lo largo del Rhin, enorme foso, muy difícil de franquear se estimaba a la sazón, se calculó suficiente con jalonar el frente en una amplia profundidad de casamatas acorazadas, armadas de ametralladoras, cañones de tiro rápido y antitanques, completando el sistema otras obras secundarias. Entre Bitché y el Rhin la cosa cambiaba radicalmente. Surgían en este sector tremendas obras, en una longitud de 80 kilómetros, de grandes proporciones y sumamente poderosas; tal era la región de Lauterburgo. A continuación entre Baulley y Bitché la fortificación tenía el apoyo de una comarca difícil, repleta de bosques y lagunas, obstáculos defensivos de evidente valor natural. Entre Baulay y Montmedy, en fin, surgían, otra vez, las grandes obras cuyos intervalos cubrían otras menores. Por último desde este sector al mar terminó por equiparse y organizarse el campo de batalla, que contaba con el apoyo, dada la escasa altura del país, de las inundaciones provocadas.

UN MUNDO ENTERRADO

En resumen, en el sistema Maginot el elemento director era indudablemente la obra. Un elemento de esta clase era todo un mundo enterrado y estaba constituido por los órganos exteriores, disimulados y blindados, y en los que se alojaban en cúpulas cañones, anticarros, ametralladoras, observatorios, puestos de mando y direcciones de tiro. Debajo se sucedían, en intermina-

bles redes, las galerías subterráneas, seguidas por ferrocarriles eléctricos, conducciones eléctricas y de agua, instalaciones telefónicas, todo ello de ordinario hasta 70 y aun 80 metros bajo el nivel del suelo. Delante de estas obras, muy disimuladas, se abrió un foso de cemento para contener los carros, defendido por piezas antitanques.

El interior del elemento obra de la *Línea Maginot* estaba constituido bajo el sistema activo exterior, ya apuntado, por una sucesión de instalaciones capitales, entre las cuales figuraba una central eléctrica, un sistema adecuado de ventilación, puestos de socorro, alojamientos y cuarteles, puestos de guardia, cocinas, depósitos de víveres y naturalmente de municiones, cuartos de aseo y, en fin, compresores para elevar la presión y evitar la irrupción de gases tóxicos. Se había previsto este peligro. Y, naturalmente, se trataba de evitar.

A RITMO DISCRETO

La obra de la *Línea Maginot* se llevó a ritmo discreto. No sería demasiado. Durante su construcción Alemania estaba desarmada. Para llevar a cabo tan ingente obra fué menester remover doce millones de metros cúbicos de tierra, invirtiéndose en la obra 150.000 toneladas de acero—la décima parte de la producción actual y anual española—, más de 1.500.000 de cemento—la mitad de nuestra producción anual del mismo modo—. Pero la *Línea Maginot* no paraba en esto, cor ser tan formidable. Detrás de ella—la red de fortificaciones era, ello aparte, muy profunda—existía la zona de la artillería gruesa y media; las baterías de la defensa antiáerea; un espacio amplio de maniobra reforzado con obras de destrucciones preparadas y de inundaciones previstas y, por último, en fin, la vieja línea de los fuertes de Sérè de Rivier ya descrita, extendida desde Verdún, por Toul, Epinal y Belfort, hasta el Jura y la frontera suiza. Al fin, la fortaleza de esta línea servía muy bien para apoyar la retaguardia.

Tan formidable *Línea* fracasó. ¿Por qué? He aquí lo que veremos más adelante.

Mientras tanto, digamos alguna cosa de la *Línea* fronteriza de Alemania, la llamada *Westwall*, y aun más corrientemente *Línea Sigfrido*. En 1936 su construcción estaba ya tanteada. Durante el año 1937 los alemanes terminaron nada menos que quinientas obras. El ritmo era pasmoso. Pero como Hitler desconfiara de la situación mundial, aun en 1938, se aceleró más la marcha de las obras. E incluso sobre la marcha se planearon más y, detalle importante, se intensificaron y engrosaron los blindajes. La *Organización Todt*, sorprendente fruto de la técnica y la disciplina germánicas, se puso al trabajo. Acababa aquella de terminar, en lo esencial, la red de autopistas del III Reich y había logrado una destreza y una organización sorprendente. En 1938 trabajaron en

En el dibujo, un esquema de las fortificaciones europeas tendidas del mar del Norte y canal de la Mancha a Suiza, en la segunda guerra mundial. Las formidables «Lineas Maginot», francesa, y «Sigfrido», alemana, frente a frente, separadas por el Rhin

la construcción de la *Línea Sigfrido* nada menos que 347.000 trabajadores; 90.000 obreros militares más y distintos servicios, con lo que la cifra resultante de obreros fué de 532.000. ¡Tanios como habitantes tiene actualmente nuestra Valencia!

UN CINTURON DE CEMENTO

La *Línea Sigfrido* se tendió a lo largo de 600 kilómetros, de Aquisgrán, en la frontera belga, por delante de Luxemburgo, Sarelois, el Rhin, hasta Basilea, en Suiza. No podía, en consecuencia, envolverse esta línea. No quedaba, en teoría, más camino para un enemigo que romperla. Y ello no era fácil, porque el sistema defensivo citado tenía gran profundidad, incluso en casos hasta cuarenta kilómetros de anchura. Las obras estaban construidas de cemento y acero. El número de aquéllas pasaba de ¡veintidós mil! Se invirtieron en la construcción de la *Línea* seis millones de toneladas de cemento—cuatro veces más que en la *Maginot*—; 695.000 metros cúbicos de madera y tres millones de rollos de alambre de púas. En los primeros momentos los materiales eran transportados a pie de obra por 8.000 vagones, diversas barcazas y 15.000 camiones durante cada día. La profusión de obras era tal que se calculó un promedio de cincuenta por cada kilómetro de frente, aunque en el sector comprendido entre el Mosela y el Rhin, que se estimaba peligroso, había ¡¡ciento cincuenta obras por kilómetro de frente! Naturalmente, no hay que decirlo, que las obras no estaban, ni mucho menos, en la misma línea, sino escaqueadas a «grosso modo» y distribuidas, según el terreno, en una gran profundidad del frente. Se había previsto la constitución en la línea general de «compartimientos estancos» para batallas aisladas.

Un paralelo entre las fortificaciones de las *Lineas Maginot* y *Westwall* o de *Sigfrido*—luego se reservó el primer nombre para la línea que hubo que improvisar en la costa del canal de la Mancha—nos muestra que, pese a su fortaleza natural, había entre las dos diferencias esenciales tácticas y técnicas. Los franceses habían construido su *Línea* con pausa, Los alemanes, con precipitación, más tarde. Pero gracias a su organización la ingente obra se había culminado perfectamente. El retraso alemán sirvió a su vez para perfeccionar los detalles y ganar experiencia. El cemento de las obras alemanas superó en grosor a la de los más fuertes elementos de las de la línea *Séré* de Riviers. Fué, en efecto, dado al cemento en la *Línea Sigfrido* un espesor de tres metros, para resistir de este modo contra los explosivos y los proyectiles más



grandes existentes a la sazón. La *Línea Maginot* era más recogida. La de *Sigfrido*, más amplia.

¿Fracasó también la *Línea Sigfrido*? Tal pudo parecer a la postre. Pero veamos, también lo que ocurrió en la realidad de la experiencia, cuando los aliados, tras del desembarco en Normandía, se lanzaron a fondo sobre el corazón mismo de Alemania.

LLEGA LA GRAN PRUEBA

Las *Lineas de Maginot* y de *Sigfrido* provocaron oleadas de tinta cuando se construyeron. La Prensa comentó el esfuerzo; detalló la índole de la obra y puso, en su eficacia, la mayor confianza. Era todo ello en los días de paz. O por mejor decir, en los precedentes a la guerra de 1939. Cuando ésta estalló la cosa iba a ser muy diferente.

Lanzados los alemanes inicialmente sobre Polonia, en el Este, les aprovechó mucho, ésta es la verdad, su *Línea Sigfrido*, que contuvo a los belgas, ingleses y franceses. Verdad es que éstos atacaron poco. Se limitaron incomprendiblemente, a vigilar, mientras que la «Wehrmacht» pulverizaba a su gusto las tropas polacas.

Luego, naturalmente, debería llegar la ocasión al Occidente, Polonia fué repartida entre Hitler y Stalin, y estabilizado de este modo el frente oriental el Gran Cuartel General germano dió orden de atacar en Occidente. Llegó así el momento de comprobar la solidez de la *Línea Maginot*. Guderian enfilaba, con sus famosos carros—había escrito poco antes un libro sensacional, intitulado «¡Achtung, Panzer!», «¡Atención, carros de combate!»—hacia Luxemburgo. Von Kleist ordenaba que no hubiera reposo,

ni descanso en la marcha. ¡Velocidad, velocidad... era, otra vez, el dicho famoso de Napoleón el que iba a imponer su ritmo a aquella campaña. Occidente debería ser, en efecto otra guerra relámpago como la de Polonia exactamente. Los franceses estaban ensimismados en su «Plan Dyle», a las órdenes de Gamelin; impresionados aún por la maniobra de Schlieffen en 1914 del desbordamiento aliado por el Oeste. ¡Veintiséis años más tarde seguían pensando que los alemanes repetirían lo mismo! La verdad fué que, naturalmente, no la repetirieron.

Entre Givet y Mezieres dichas obras consistían apenas en nidos de ametralladoras y anticarros. El Estado Mayor francés no había previsto el ataque justamente donde se produjo, por suponer el sector del Mosa y de las Ardenas belgas poco propicio para el movimiento de las tropas. Existía siempre la obsesión fatal del ataque alemán a fondo, por la Bélgica baja adelante. Los franceses habían construido apenas, en el sector elegido para atacar los alemanes, «casas-fuertes», de mucho relieve y poca capacidad de resistencia. En las obras se habían instalado piezas anticarros de 37 milímetros que resultaban incapaces para perforar los «panzer» de Guderian. Los blindajes de acero de la defensa sólo tenían 15 milímetros. Total que aquello no sirvió de nada. Los carros entraron en alud, por la brecha y lo mismo que en 1870, surgió otra vez la *débacle*. En esta ocasión el desastre se llamó de Dinant-Sedan y se produjo en el valle del Mosa. Guderian había dispuesto de tres divisiones acorazadas de 500 carros cada una. Los franceses evacuaron Sedan y a los cuatro días de operaciones los

alemanes eran dueños de Holanda, Bélgica, Luxemburgo, además de dicha ciudad francesa. La defeción del IX Ejército francés provocó lo demás. El armisticio, en fin.

LA MORAL «MAGINOT»

¿Cuál había sido la causa del fallo de la *Línea Maginot*? En primer término, el descuido de las obras en el sector justamente elegido. Se habló, es verdad de motivos diferentes. De «desfallos», de «desfallos», de «desfallos». Dejé error de instruir a las tropas en la idea de permanecer encerradas y protegidas, lo que dió motivo a la perniciosa «moral Maginot». Y también se dijo algo de «la quinta columna». La verdad fué que los puentes del Mosa no fueron volados antes de pasarlos los alemanes en su ataque.

En realidad, hay que decirlo también, la *Línea Maginot* había envejecido pronto. Su equipo estaba constituido, como en el caso de los anticarros, por armas débiles. Sus blindajes no eran suficientes. La fortificación tiene siempre un riesgo. Se construye a la vista de unas circunstancias. Evolucionan luego las armas. Pero aquella no se reforma. Y con frecuencia, en el momento terrible de la prueba, se oponen fuertes viejos contra armamentos nuevos. No dejó de pasar esto mismo también en la *Línea Maginot*, como pasaría—vamos a verlo también—con la de *Sigfrido*.

Cuando los soldados de Eisenhower saltaron a Normandía se dirigieron raudos, por París, a Alemania. En la tercera semana de septiembre el ataque estaba montado para penetrar principalmente por el Sarre y el Rhur. El XII Grupo de Ejércitos aliado estaba listo. Formaban parte del mismo, entre otros, el I Ejército yanqui, tendido al este de Aquisgran. La *Línea Maginot*, en este caso, había sido abordada por retaguardia, esto es, por la gola, y, naturalmente, no se había podido defender. Pero quedaba delante la *Sigfrido*. Sólo tras de duras embestidas el Ejército alemán citado pudo abrir un pasillo de 10 kilómetros a través de ésta. El III Ejército americano luchó con dificultades frente a Metz en donde los fuertes jugaron buen papel. Al fin ambos, junto con el II Ejército británico, se lanzaron a fondo sobre la *Línea Sigfrido*. De las bocas del Mosela a Suiza había dispuestos tres millones de atacantes. La *Línea Sigfrido* debería ponerse a prueba en condiciones más que difíciles. En realidad había servido ya para proteger el repliegue del Ejército alemán a su patria. Pero, frente al alud que se venía ahora encima, el Mando supremo germano no disponía más que de 73 divisiones, todas, salvo una minúscula reserva de cinco, en línea. El frente estaba, pues, mal guarnecido. Por añadidura las divisiones alemanas eran puramente teóricas. Sus efectivos estaban más que mediados: faltaba el material, no había ya aviación y la moral, aun buena todavía, se resquebrajaba, sin embargo. Pero también la *Línea Sigfrido* había envejecido. La aviación se había impuesto y los aliados disponían de una fuerza

aérea imponente, mientras que la *Luftwaffe* había prácticamente desaparecido. Los proyectiles explosivos tenían mucho más poder destructor que el previsto; en las casamatas de las obras no cabían las modernas piezas anticarro de 88 y si sólo las impotentes de 37. Mal protegidas, en fin, del cielo, las obras de la *Línea Sigfrido* perecieron a los ataques aéreos aliados. Sólo la aviación afecta al I Ejército americano arrojaría en la batalla de las Ardenas 43.000 toneladas de explosivos. El ataque había sido montado con enorme proporción de medios en tierra, además. Diez divisiones yanquis se lanzaron, en un frente apenas de 38 kilómetros, dando al ataque una densidad impresionante y en ningún caso posible de superar. La *Línea Sigfrido* pareció así. Había en parte, es cierto, cumplido su papel.

NUEVA APLICACION DE DOS LINEAS GEMELAS

Las *Lineas de Maginot* y de *Sigfrido* vuelven a estar de actualidad ahora. Se habla nuevamente de ellas como se habló hace casi treinta años cuando se construyeron. ¿Es que se piensa cifrar ahora, a destiempo, tras de todo lo dicho, la suerte de la defensa occidental en ellas? ¿Es que ahora, en estos días de armas novísimas, de carros poderosos, de bombas atómicas, de cohetes que alcanzan miles de kilómetros, cabe pensar que estas viejas obras de la preguerra última puedan servir para la defensa occidental? ¿...?

No es exactamente esto, sin embargo, lo que se piensa. Las *Lineas Maginot* y *Sigfrido*, si están de moda es por otra cosa. Al terminar la última gran guerra ambas organizaciones fueron desmanteladas. Se retiraron los armamentos, en la de *Sigfrido*, porque Alemania desarmó totalmente. En la *Maginot* porque no era necesario mantener sus obras equipadas. Las *Lineas* quedaron así desamuebladas, inermes. No fueron las obras, naturalmente, destruidas. Habría requerido ello un esfuerzo gigantesco y totalmente estéril. A las obras militares basta con quitarles las armas para que carezcan de valor.

Los enormes fuertes y las interminables galerías subterráneas de las dos *Lineas* gemelas y fronteras van a tener ahora nueva aplicación. Militar, también. Pero no para que sirvan de barreras encauzadoras de la agresión ajena, como se proyectaron antes de la última guerra. No para equiparlas y pedirles un rendimiento que no podrían dar en el futuro. La *Línea de Sigfrido*, por otra parte, de espaldas al eje y dirección de marcha del agresor probable—los rusos—carecería totalmente de valor al efecto, desde luego. La *Maginot* valdría ahora mucho menos aún que lo que valió en 1940 frente a los nuevos carros de sesenta toneladas, las nuevas piezas de artillería, la enorme potencia de la Aviación moderna, los cohetes tácticos y, en fin, contra las bombas atómicas. Pero si su superestructura—la de estas *Lineas Sigfrido* y *Maginot*—carece de interés en la

batalla moderna y serían sus cúpulas y sus obras de superficie propicio cementerios y nidos de proyectiles, la verdad es que los técnicos han pensado que los alojamientos profundos, hasta setenta y aun ochenta metros bajo el nivel del piso, según ha quedado dicho, pueden tener aplicación militar. ¿Para qué?

He aquí lo que se insinúa. Estos alojamientos en profundidad son buenas guaridas contra los grandes proyectiles, no ya sólo explosivos, sino en casos atómicos. Contra la guerra del espacio de momento la mejor defensa es el subsuelo, la profundidad en la tierra misma. Las obras de las *Lineas Maginot* y *Sigfrido* pueden al efecto tener múltiples y evidentes aplicaciones. No ciertamente—insistimos—como elementos activos, sino como medios pasivos; para depósitos de municiones, de combustibles, puestos de mando y antiaéreos, estaciones de radar, etc. En realidad todas las instalaciones en superficie requieren ahora servicios subterráneos.

Sobre todo—y dejemos la apreciación nuestra para el final—las instalaciones de las *Lineas Sigfrido* y *Maginot* tienen ahora una aplicación muy indicada. Servir de bases a las instalaciones de cohetes. Requieren éstos rampas y superficies a ras de tierra. Pero sobre todo obras profundas para servicio del personal, como abrigos y refugios y depósitos de proyectiles y cabezas atómicas. Y sobre todo ya están construidas estas obras y evitan grandes desembolsos y pérdida de tiempo. Lo que no importa menos. Algunas de las baterías de cohetes previstas para Europa occidental podrán instalarse—se instalarán, sin duda alguna—, pues, en estas obras, que parecían haber cubierto plenamente su cometido. Pero está visto que algo flota imperturbable a través de los tiempos en estas cosas de la guerra. Y aquí parece ser la importancia militar de esta «región-límite» de imperios y de civilizaciones. Desde allí ahora o, por mejor decir, mañana mismo—¿quién lo habría previsto a través de una historia militar que empieza con los bárbaros y los romanos y termina con tres invasiones alemanas a Francia en setenta años?—, una batería de cohetes, simplemente de alcance medio, puede batir, seguro, blancos lejanos, bien penetrados en la Rusia infinita. Los grandes objetivos de Leningrado, Moscú, Jarkov y Crimea, naturalmente incluidos. Las viejas obras abandonadas y aun olvidadas que levantaron *Maginot* e *Hitler*—¿quién, en efecto, habría podido imaginarlo?—servirán así ahora para batir implacablemente a Rusia si un día ésta, loca y suicida, se lanza a su vez sobre el mundo occidental que ella llama capitalista, pero que es simplemente cristiano, libre y de verdad pacífico.

LUCENA



"VELON DE MIL CORAZONES"



Exposición de cobres luceninos en el Instituto Laboral. Arriba, la plaza del Ayuntamiento, en Lucena

EL PUEBLO MAYOR DE ESPAÑA: 35.000 HECTAREAS DE OLIVAR Y VIÑA

AQUI no hay grandes naves con extrañas máquinas que producen en serie los artículos. Hay pequeños talleres, donde trabajan sin prisas unos cuantos obreros enamorados de su oficio tradicional. Una mesa con antiguas herramientas. Un horno corriente y vulgar, con su vientre de fuego rojo y su boca dispuesta a tragar combustible...

En el depósito del horno, el metal está fundido. Metal líquido, echando humo, al rojo vivo. Un obrero ha estado preparan-

do los moldes, con tranquilidad y con esmero. Son los viejos moldes de siempre, inveterados, incambiables.

La cazuela con el metal fundido se vierte sobre ellos. El obrero sabe cómo hay que colocar los moldes y los contramoldes para que resulten huecas las piezas de metal. Están en unas cajas rellenas de arena, en las que cada pieza tiene bien dispuesto su lugar.

Nada más verter el metal fundido, la caja debe quedar cerrada.

Poco a poco, se enfriará el metal, y será hora de abrir la caja para sacar la pieza metálica ya fundida. Será necesario unirla a su otra mitad. Después, pasará a la sección de pulimentado, hasta que quede brillante y luminosa. Brillante como un espejo amarillo. No hay prisas en la realización del proceso de fabricación. Lo único interesante es que salga cada cosa hecha a conciencia.

Una vez pulimentada, otro obrero se encargará de montar.

pieza a pieza, según el modelo tradicional. Y, de pronto, el velón estará completo, para ser admirado por todos. Quizá tenga ya comprador porque el velón ha sido encargado previamente. Quizá haya que enviarle al mejor escarparte de una tienda. No tardará en llegar alguien para preguntar su precio. Regateará un poco, como es tradicional. Pero, acabará pagando y llevándose hasta su casa.

Esa artesanía del cobre es típicamente lucentina. Lucena cercada de olivares, de viñedos y de campos de cereal, lejos de minas de cualquier clase, tiene sin embargo, esta antigua tradición artesana de los cobres. Los velones de Lucena, lo más típico dentro de sus cobres, ya han pasado a la copia y al romance. Hay leyendas de bandoleros de sierra que allá en su cueva, tienen un velón lucentino con sus cuatro llamas de aceite para alumbrar los rincones.

Aparte de los velones, también se fabrican braseros de cobre y tarimas de madera con adornos metálicos; peters en las que cuelgan cazos y tridentes de hierro; cántaros, relucientes y luminosos como para pintarlos Julio Romero, al brazo de una moza de ojos negros...

Existen en todo Lucena, como una docena de talleres que se dedican a esta artesanía tradicional y conocida. Cuando hace unos años se coronó canónicamente a la Virgen de Araceli como Patrona de este pueblo, se encargó a José María Pemán la letra de un himno, cuya música habría de poner José María Aramburu. Sabedor Pemán de la fama de los cobres lucentinos, escribió para el himno a la Virgen amada de este pueblo, unas estrofas en las que podían leerse versos como éstos:

Velón de mil corazones
Lucena se está quemando
por tu amor en oraciones...

ARTESANIA DE COBRE Y ARTESANIA DE BARRO

Hay que señalar que Pedro Angulo, uno de los mejores artesanos del cobre que cuenta Lu-

cena, fabricó entonces en su taller un velón con mil corazones, que se regaló a Pemán. Era un velón monumental dorado, agil, cuyos dibujos y arabescos tenían todos ellos forma de corazón, en número de mil.

Este artesano creador del «velón de mil corazones», lleva desde siempre dedicado a este oficio. Su padre trabajó también en cobre. En su casa existen multitud de diplomas ganados en competiciones y concursos artesanos. Entre ellos, figura un título fechado en 1903, por el que la infanta María Isabel Francisca nombraba a Pedro Angulo, el padre.

Junto a esta artesanía de cobres, también tiene Lucena artesanía de barro. Cántaros de barro botijos, platos, macetas, tinajas, materiales de construcción... Más del millón de piezas de construcción fabrican anualmente los rústicos tejares lucentinos.

Hay que coger el barro, darle la forma, poner a secar la pieza al sol para que se oree. Después, meterla en el horno. Los de por aquí, con esa hache aspirada que usan los andaluces de pro, explican que es necesario «enjornar» las piezas. Luego, a vender la mercancía. Piezas de barro rojo y de blanco blanco, según la materia prima contenga hierro o contenga cal.

En alguno de estos talleres de cerámica se fabrica barro vidriado con dibujitos de color trazados por un oficial que ha demostrado tener habilidad para ello.

—Las pinturas son al agua, y antes es necesario dar a la pieza un baño de plomo, estaño y arena de sílice—nos dice don José Burgueño, uno de estos lucentinos que fabrica barro vidriados.

—¿Cuántas piezas salen del pueblo cada año?

—Cántaros, orzas, botijos, macetas y cosas así, el millar diario, en los meses de mayo a septiembre, que es cuando más se fabrica. Entonces, como el sol es fuerte, el oree es posible.

Hay hornos más antiguos en los que el calor entra por abajo. Y hornos continuos en los que la pieza recibe el calor por igual, girando mediante una rueda sin

fin y un motorcito eléctrico. Cuando se trata de barro vidriados hay que meter la pieza en unas cajas para que se recalienten mejor y el barro no se agriete.

—Ahora ya no se hacen tinajas grandes como antes. Había que poner andamios para modelarlas porque llegaban a los dos metros de altura. Se utilizaban para el vino. Pero ahora se usan toneles de madera.

Burgueño está dispuesto a charlar hasta cuando nosotros queramos, con un habla llena de giros propios del lugar.

—Yo me dediqué al barro porque éramos varios hermanos. Como yo era el mayor me correspondía buscar y encontré trabajo en un taller de cerámica. Ahora tengo este negocio que me da para vivir. Pero ya es difícil encontrar oficiales buenos. Antes se hacían mejor las cosas, más despacio. La gente joven tiene siempre prisa.

—¿Se rompen más piezas con esas prisas?

—El barro es muy flexible mientras no está seco.

Efectivamente, mientras el alfarero hace girar la rueda, el barro se mueve y tiembla como un flan. Da miedo que se desplome en cualquier momento.

EL PUEBLO MAYOR DE ESPAÑA

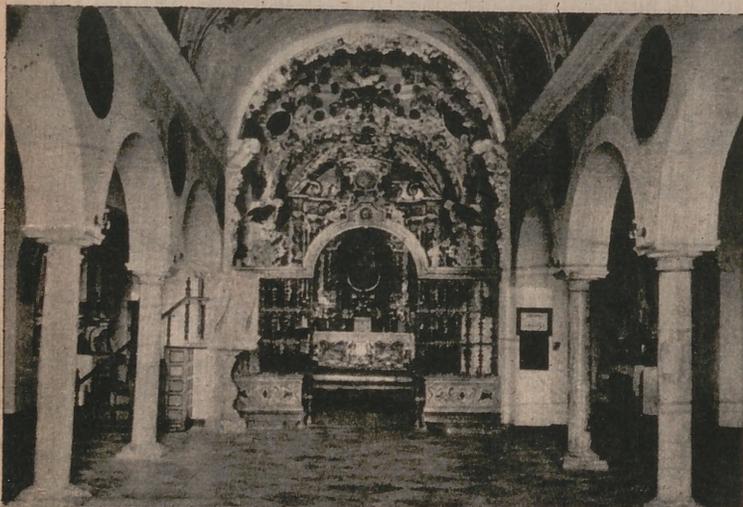
Lucena no es un pueblo más. Es una pequeña capital, por sus habitantes y por su ambiente. Quizá los lucentinos exageren cuando dicen que han pasado ya los 40.000 habitantes. Lo cierto es que Lucena, en medio de la campiña cordobesa, no tiene aspecto de pueblo. Cuando uno se echa a la calle por la mañana temprano, en vez de encontrar gente de campo con sus pantalones de pana y sus boinas oscuras, se encuentra muchachos jóvenes de corbata, chaqueta y gabardina, que van todavía con cara de sueño a trabajar a un Banco.

Su plaza central es amplia, enorme de grande. En los dos extremos tiene, a un lado, la parroquia de San Mateo; enfrente, el Ayuntamiento. Cada uno de estos edificios tiene una torre agil y alta, con un reloj a lo último de ellas. Ignoro por cuál de estas dos relojes se guiará la vida ciudadana de Lucena. Lo cierto es que llevan unos minutos de diferencia.

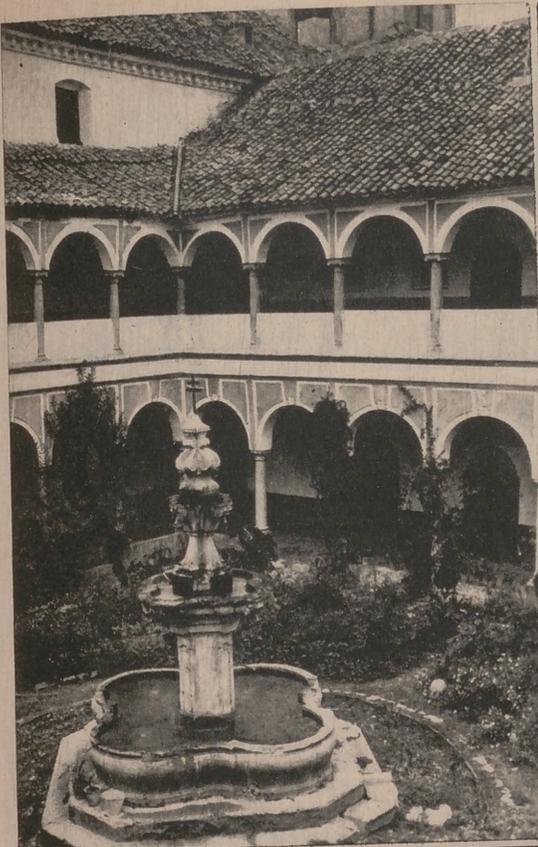
En otro de los lados de la plaza del Generalísimo hay un cine como pudiera tenerlo cualquier capital grande de provincia. Lucena tiene cuatro cines que programan diariamente las más recientes películas. En éste de la plaza estaban estrenando una película que sólo hace un mes se estrenaba en la Gran Vía de Madrid.

Además de esta parroquia de San Mateo, en el centro de la población existen otras tres, la de Santo Domingo, la de Santiago y la del Carmen. También existen dos parroquias rurales, una de ellas en Las Navas de Selplillar; la otra, en Jauja. Porque Jauja, que de verdad existe, está en el término municipal de Lucena, y en su parroquia dicen que está bautizado José María el Tempranillo.

—Lucena es el pueblo mayor



Interior del santuario de la Virgen de Araceli, en la sierra de Aras



Izquierda, el claustro del convento franciscano de Lucena. Derecha, rincón del patio del hospital lucentino de San Juan de Dios

de España. Tiene un término de treinta y cinco mil hectáreas.

—¿Olivar?

—La mayor parte: cerca de veinticuatro mil. En el resto, más que nada, viñas.

Porque aunque el nombre lo lleven Moriles y Montilla, toda esta región cordobesa pertenece a esta denominación de origen. Y en Lucena se cría un vino estupendo, luminoso y grato para el coqueo. Antes había más viñas, pero hubo una epidemia de filoxera, y la importancia vinícola de Lucena decreció lógicamente. Pero de todas formas, existen cuatro o cinco grandes criadores-exportadores y diez o doce bodegas que producen los vinos corrientes que se consumen en las tabernas lucenitas. Los grandes cosecheros tienen esas amplias naves cuya imagen ha saltado a la Prensa en múltiples ocasiones, de hileras de toneles encerrando el mosto. Tienen inscripciones de tiza, con firmas de toreros, artistas, escritores... Letreros en noruego, en inglés, en ruso y en checoslovaco.

UN CASTILLO EN EL CENTRO DE LA POBLACION

Echando para la parte alta de Lucena, desde la misma plaza del Generalísimo, hay otra plaza con jardines verdes. La del Ayuntamiento sólo tiene unos naranjos dentro de sus alcorques y una plataforma para que la banda de música ofrezca sus programas. Pero en esta otra, que se llama de España, hay unos jardines que dan un grato ambiente a los restos de un antiguo castillo cuya

reconstrucción se está efectuando y que se llama castillo del Moral.

En esta misma plaza, en uno de sus portales está el despacho de la Renfe: «Ramificación y Encinas Reales», reza el cartel. Un poco más allá, una calle cuesta arriba. Es una calle interminable, sin bocacalles a sus lados. Al final, el paredón de una huerta, la antigua huerta de los carmelitas, y la iglesia de esta Orden, hoy convertida en parroquia del Carmen. Es el punto más alto del pueblo y, junto a la fachada, hay unas palmeras crecidas y un arco de cal, que le da aspecto de misión californiana al lugar.

Si en vez de seguir hacia arriba por esa calle que lleve hasta la parroquia, echamos para el lado izquierdo, llegamos a otra placita que se llama de Cristóbal Colón, donde está el Círculo Lucentino y una iglesia de agustinas, que también pone un recuerdo colonial a este paraje, con su arquitectura de hace un par de siglos en la fachada.

La iglesia verdaderamente monumental de Lucena es la del convento de franciscanos. Cuando se llega a la ciudad por carretera su pasa al lado de sus muros. Hay que ir por varias calles hasta llegar al centro de la población. Lucena es grande y está extendida a lo largo, como en cinemascopio.

Además de los franciscanos existen carmelitas descalzas, clarisas, mercedarias, salesianas, Hermanitas de los Pobres, maristas y filipenses. Estas dos últimas Ordenes religiosas regentan, respectivamente, colegios de ni-

ños y niñas en los que se estudia bachillerato. Las dos, junto a las numerosas escuelas de primera enseñanza, resuelven perfectamente el problema escolar de Lucena.

Las mercedarias están atendiendo el hospital, que es un edificio amplio, con un claustro lleno de luz, de arcadas blancas, con su fuente en el centro y sus árboles que dan sombra y tranquilidad. Es un auténtico descanso para el que tiene que trajinar de un lado para otro.

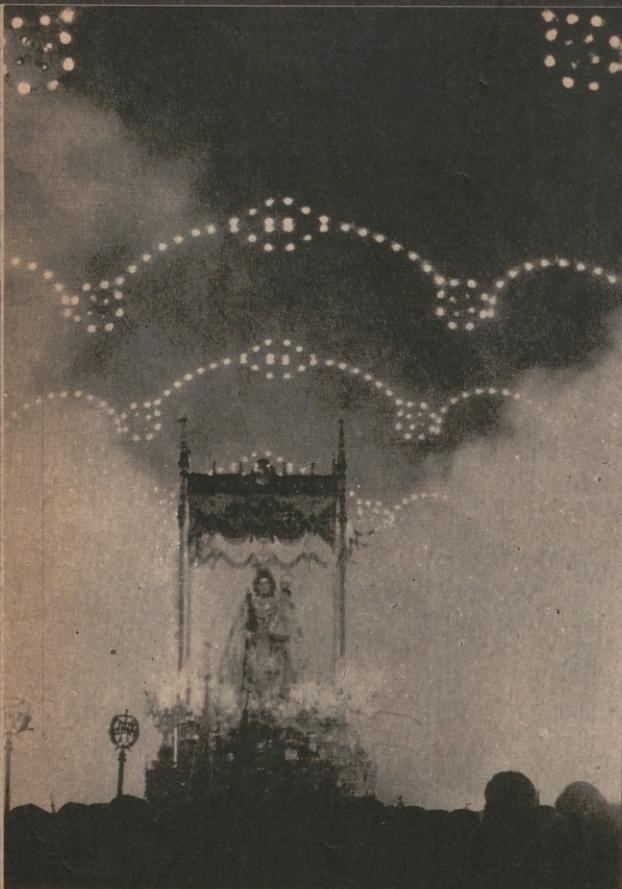
SI TE LLAMAS ARACELI...

Hay en Lucena una variedad de fandangos que llevan el nombre del pueblo, y que algunos llaman también «fandangos de la calle de Rute». Un lucentino apodado «Lentejo» fué, por lo visto, auténtico maestro en esto de marcarse fandangos de su patria chica. Los fandangos tienen letras alusivas a los lugares y a las cosas de Lucena. Una de estas letras dice a las muchachas:

*Si te llamas Araceli,
no llores ni tengas pena,
porque Araceli se llama
la Patrona de Lucena.*

Este nombre es el que más abunda en el pueblo. En Lucena se grita ¡Araceli! en mitad de la calle y vuelven la cabeza la mayor parte de las muchachas que vayan por ella.

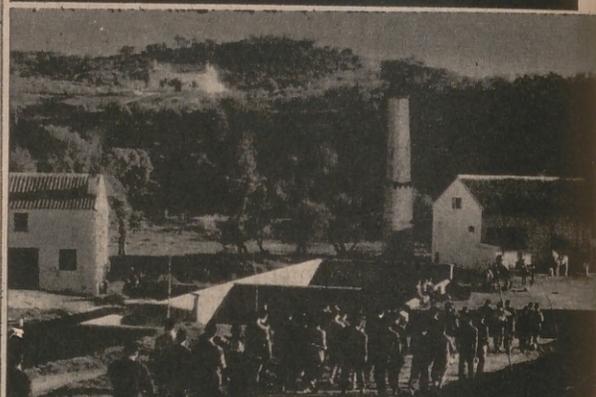
La Virgen de Araceli, Patrona de Lucena, se venera en un santuario que está a unos siete kilómetros, situado en el monte de



Entre humos de incienso y bajo arcos de luces, la Virgen de Araceli entra en la ciudad



La silueta de una de las torres del antiguo castillo de Lucena, sobre el verde de los jardines



Los alumnos del Instituto Laboral visitan de la finca «Los Dávalos», explotación agrícola modelo

Aras. Es un templo pequeñito, que tiene tres naves y unos rebalios de azulejos y espejuelos llenos de primor y de encanto. En el altar central, entre columnas barrocas, retorcidas, está la Patrona.

Son numerosas las romerías que durante el año acuden a este monte de Aras. Hasta existe una revista que se llama «Araceli» y sale cada mes para propagar el culto a la Virgen de los lucentinos por todo el mundo. Y son muchas las parejas que deciden celebrar su boda en el santuario. Mientras el sacerdote pronuncia las palabras de ritual, el alegre campanillo lanza sus sonos metálicos a los campos. Es un campanillo alegre, sobre una torre pequeñita, cuadrada, blanca de cal como todo el santuario.

Don José María Tenllado, que es impresor, dueño de la más antigua imprenta de Lucena, nieto de un médico lucentino famoso en su tiempo, ha escrito un pequeño folleto sobre la historia de la Virgen de Araceli. El señor Tenllado, que tiene ya bastantes años a cuestas, parece un personaje como para que Baroja lo hubiera incluido en una de sus novelas.

—La Virgen la trajo el marqués de Comares desde Roma, en el siglo XVI, y dicen que la tallaron unos ángeles. Cuando la traían, cerca de Lucena, descargó una tormenta y la mula donde venía la Virgen huyó a refugiarse. A la mañana siguiente la encontraron, lejos de donde la gente estaba, con la Virgen a un lado, y todos decidieron construir el santuario en ese lugar.

El santuario de Araceli tiene

mármoles sacados de la misma sierra de Lucena, y yeso barroco adornando la cúpula y las paredes. La Virgen es Patrona canónica de 1851, aunque la coronación no se hizo hasta 1948. Fue el día 2 de mayo, y todos los lucentinos recuerdan esa fecha como una de las mayores solemnidades de su historia local de nuestros días.

Cada año, el tercer domingo de abril se trae la Virgen hasta el pueblo. Entre cohetes y fuego de artificio y humo de incienso, la Virgen entra solemnemente bajo su palio. En Lucena existe una industria pirotécnica famosa en muchos sitios.

En su altar de la iglesia de San Mateo, la Virgen permanece en Lucena hasta el último domingo de mayo, fecha en la que se lleva al santuario de nuevo. Entre una fecha y otra, la fiesta grande tiene lugar el primer domingo de mayo. Es el día en que la tristeza queda desterrada de todo el pueblo y en él todos los habitantes viven unas horas dentro de la mayor de las alegrías.

Cuando la coronación de 1948 se hizo una suscripción popular para fabricar una corona a la Virgen. Muchas lucentinas dieron a su imagen las mejores de sus joyas. Es curioso que los artífices no las desmontaran, sino que las aplicaron a la corona con la misma montura que tenían. Por eso las lucentinas pueden perfectamente reconocer dónde está la joya que regalaron.

EL FAMOSO «CASO DE LA LUCENTINA»

Además de la gran festividad que para Lucena supone el día de

la Virgen, existe una Feria Real de Ganados el día 9 de septiembre, en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora del Valle. Hay toros y fútbol y fiestas por todo lo alto.

La plaza de toros de Lucena es relativamente moderna, de treinta y cinco a cuarenta años atrás. Tiene aforo para seis o siete mil espectadores. De ella han salido algunos famosos estoqueadores, como «Conejito», al que todavía recuerdan los aficionados lucentinos.

—El «Guerra» le felicitó una vez en Córdoba.

Por lo visto, decir una cosa así de un matador es igual que si se hubiera dicho una verdad de fe. No hay argumento que pueda rebatir la afirmación. El «Conejito» era un estupendo estoqueador: lo dijo el «Guerra» y basta.

Fútbol también hay, y los encuentros se celebran, mientras no se realice definitivamente el nuevo estadio, en el campo de la Fuensanta. La afición futbolística lucentina es enorme y mima a sus jugadores. Todos ellos viven en un hotel, donde precisamente fuimos nosotros a parar en nuestra visita a Lucena. Cuando preguntamos por qué vivían en él todos los jugadores del equipo local, nos dijeron que porque era el mejor hotel del pueblo, habitación individual, comida y cena de tres platos, pan y postre, cincuenta pesetas diarias. Desde luego, Jauja está en el término de Lucena, no hay que dudarlo.

Don Joaquín Galindo, corresponsal del periódico «Córdoba», nos explicó el famoso «caso de la Lucentina», que dió que hablar a

toda la Prensa española y a la de más allá de la frontera.

—La Lucentina ganó al Veleña por 22 goles hace un par de años. Se habló tanto de esta victoria, que el T. S. V. Goegingen, de Hamburgo, escribió al alcalde diciendo que le gustaría medir sus fuerzas con nuestro equipo. Enviaron un libro de oro y nosotros le mandamos un velón de cobre y una nota aceptando el encuentro internacional que nos proponían.

—¿Vinieron por fin?

—Desde luego. Y les ganamos por tres a uno.

EL CRISTO DE LOS ESTUDIANTES

En los días de la Semana Santa recorren las calles de Lucena cerca de treinta «pasos» con imágenes que representan los momentos culminantes del drama del Calvario. Cada uno de ellos es transportado por «santeros», que van con la cara descubierta, soportando en sus hombros el varal sobre el que descansa el «paso».

Una de estas cofradías que cuenta con más cariño en Lucena es la del Nazareno, que se venera en la iglesia de San Pedro, en el barrio viejo, de calles típicas, estrechas, blancas. Pero cofradías de reciente creación también han sabido encontrar las simpatías del pueblo. Así le ocurre a la Hermandad del Cristo de la Salud y Misericordia de los Estudiantes, que está en la parroquia de San Mateo. La cofradía la forman los alumnos del Instituto Laboral «Marqués de Comares», y son ellos los que acompañan a su imagen procesionalmente en medio del mayor de los silencios.

Este Instituto Laboral de Lucena nació en el año 1952, y cuenta con centenar y medio de alumnos, de los que casi un tercio disfrutan becas concedidas por diversos organismos nacionales y locales. Organismos como la Cooperativa Olivarrera de Lucena, la Hermandad de Labradores, el Círculo Lucentino, Iluminaciones Alcer y la revista «Luceria», demuestran bien a las claras que Lucena está satisfecha de contar con un centro docente como este Instituto. La misma Prensa lucentina, el decenario «Luceria», ya indicado, que dirige actualmente don José Morales Mellado, se ocupa con frecuencia del Instituto de su pueblo en términos de la mayor simpatía.

Actualmente el Instituto está instalado en un viejo caserón que en tiempos ocupó un Instituto de Segunda Enseñanza, ya desaparecido. Es una casa amplia y suficiente. Sin embargo, en el día de la Virgen de Araceli de este año se inaugurará el nuevo edificio de nueva planta, especialmente acondicionado para sus funciones docentes. Los alumnos tendrán en él los campos de prácticas y las distintas naves con la maquinaria necesaria para aprender bien sus enseñanzas.

Las visitas a centros industriales y agrícolas efectuadas por los alumnos son bien numerosas. Por ejemplo, todos ellos se saben ya casi de memoria cómo son las almazaras, de las que existen más del centenar en Lucena. Y para saber otras muchas cosas del campo no tienen sino trasladarse



En uno de los talleres de la prestigiosa artesanía lucentina, un palio procesional está ya casi montado

a la finca «Los Dávalos», que está declarada finca modelo por el Ministerio de Agricultura.

De vez en cuando una rondalla formada por los alumnos del Instituto sale a las calles para ofrecer su nota de música a las muchachas Araceli de Lucena y a otras que llevan ese nombre. Es un conjunto disciplinado que sabe pasear con garbo la antigua ropilla negra y la gola negra de los escolares de otros tiempos.

TERRENOS DE «CAMPING» PARA QUE ACUDA EL TURISMO

Las calles de Lucena son amplias y pavimentadas de manera uniforme. Don Miguel Alvarez de Sotomayor, actual alcalde de Lucena, nos ha dicho que todo esto se debe a un antecesor suyo en el cargo, don Antonio Vibora Blancas, que cambió totalmente la faz urbana de Lucena, convirtiéndola en la pequeña capital que es hoy día.

Junto a estas calles amplias de su parte moderna, Lucena tiene los viejos y típicos rincones de sus barrios antiguos. Una calle llamada plaza Alta y Baja presenta todo el típico trajín de los puestos callejeros de bisutería, cuadros, espejos, macetas, libros viejos, estampas y otros artícu-

los diversos. Hay tiendecitas instaladas en los portales de las casas accesorias del antiguo palacio de los Medinaceli. Y también está aquí, en el ensanche que forma la plaza Alta, el mercado de abastos, con el lógico trajín de vendedores y compradores.

Estos rincones de Lucena deben estar iguales que cuando nació hace ya siglos en este pueblo el médico poeta Barahona de Soto. En cambio, si este personaje viniera a pasear por la parte moderna, no reconocería nada de su antigua patria chica. Sólo siguen igual los habitantes, que saben dar a su sentir un tono alegre, gratisimo para el que trata con ellos.

Sabedora de los muchos lugares estupendos para ofrecer al turismo, Lucena está actualmente preocupándose por convertirse en centro turístico. No sólo entrará en la Red de Festivales, sino que también existen unos terrenos en los que se instalará un «camping». Mientras tanto Lucena ya tiene preparados con anticipación sus velones de cobre, como magnífico «souvenir» para que los turistas se los lleven a sus países cuando a ellos vuelvan.

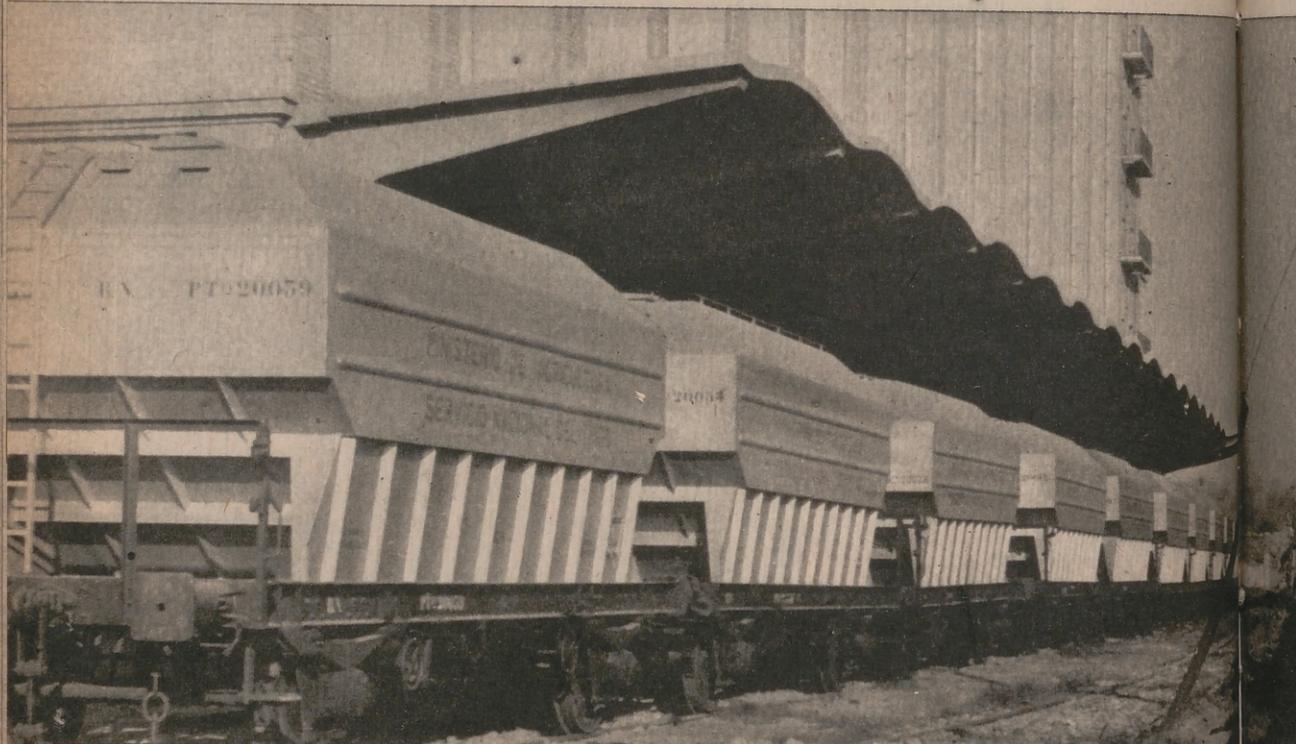
Antonio GOMEZ ALFARO
(Enviado especial)

Lea usted todas las semanas

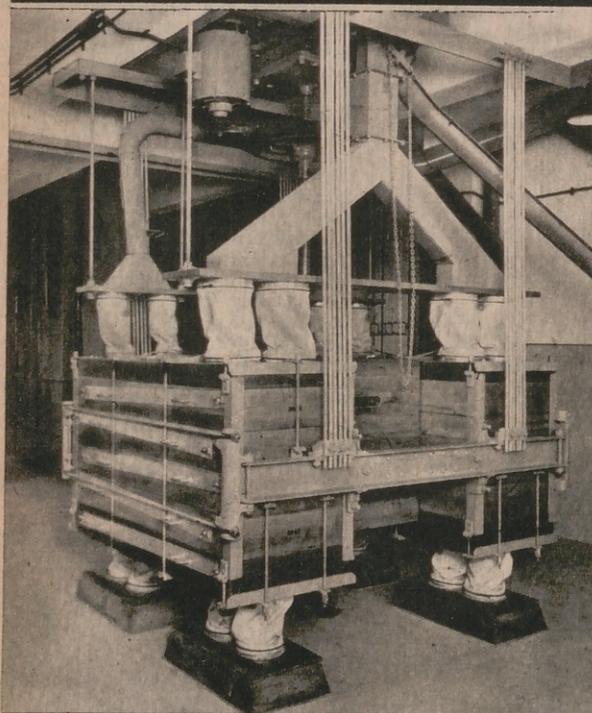
“EL ESPAÑOL”

COSECHA SEGURA Y PRECIO JUSTO

SEMILLAS SELECTAS, ABONOS Y MAQUINARIA MODERNA HAN ELEVADO EL RENDIMIENTO DEL CAMPO ESPAÑOL



Un tren formado por vagones especiales para el transporte de cereales a granel, del Servicio Nacional del Trigo



Clasificador de semillas, por tamaños, que utiliza el S. N. T.

1937-1957: VEINTE AÑOS DEL SERVICIO NACIONAL DEL TRIGO

AGOSTO de 1937. Por los campos de España las banderas, las centurias, las compañías o los batallones reconquistan España. Son los hombres de la guerra, los hombres que por la edad y el corazón dan la batalla en las trincheras.

Pero junto a las tareas de la guerra empiezan también las tareas de la paz. Agosto de 1937. Salamanca. En el colegio Trilingüe está reunida la Comisión de Agricultura de España de las J. O. N. S. Se piensa en el trigo, en aquel gran problema del trigo que José Antonio Primo de Rivera, Fundador y Jefe, delimita con claridad y justeza. Y si entonces, antes de que los hombres buscasen la verdadera paz por los caminos de la guerra, el problema del trigo era un problema difícil; en aquellos momentos no solamente es difícil, sino que se ha hecho urgente.

Se está recogiendo la cosecha de 1936. En los graneros reposan

los grandes acervos de los años anteriores y las reservas de los últimos años. La oferta de trigo nacional era escasa en relación con la demanda. Los precios estaban envilecidos. Los clásicos especuladores se apresuraban a actuar en su negocio comprando los mejores trigos a bajo precio y después elevados.

Mas entonces, pronto va a nacer el Servicio Nacional del Trigo, va a nacer por aquellos hombres han presionado la consideración del Consejo de la Junta Técnica del Estado. Un proyecto documentado en el que se recoge la sujeción y solución de los agricultores trigueros que en justicia les corresponde.

El 3 de noviembre de 1937, dos meses después de la promulgación del decreto-ley de creación del Servicio Nacional del Trigo, se abren los graneros de recepción. El Generalísimo Franco, en un discurso ante el país, dice: «La oferta del tri-



Un aspecto del silo del Servicio Nacional del Trigo en el puerto de Cádiz

go, primera batalla de la retaguardia, tan importante o más de las que se libran en la vanguardia, la ganaré pasando por todo, por encima de todo...».

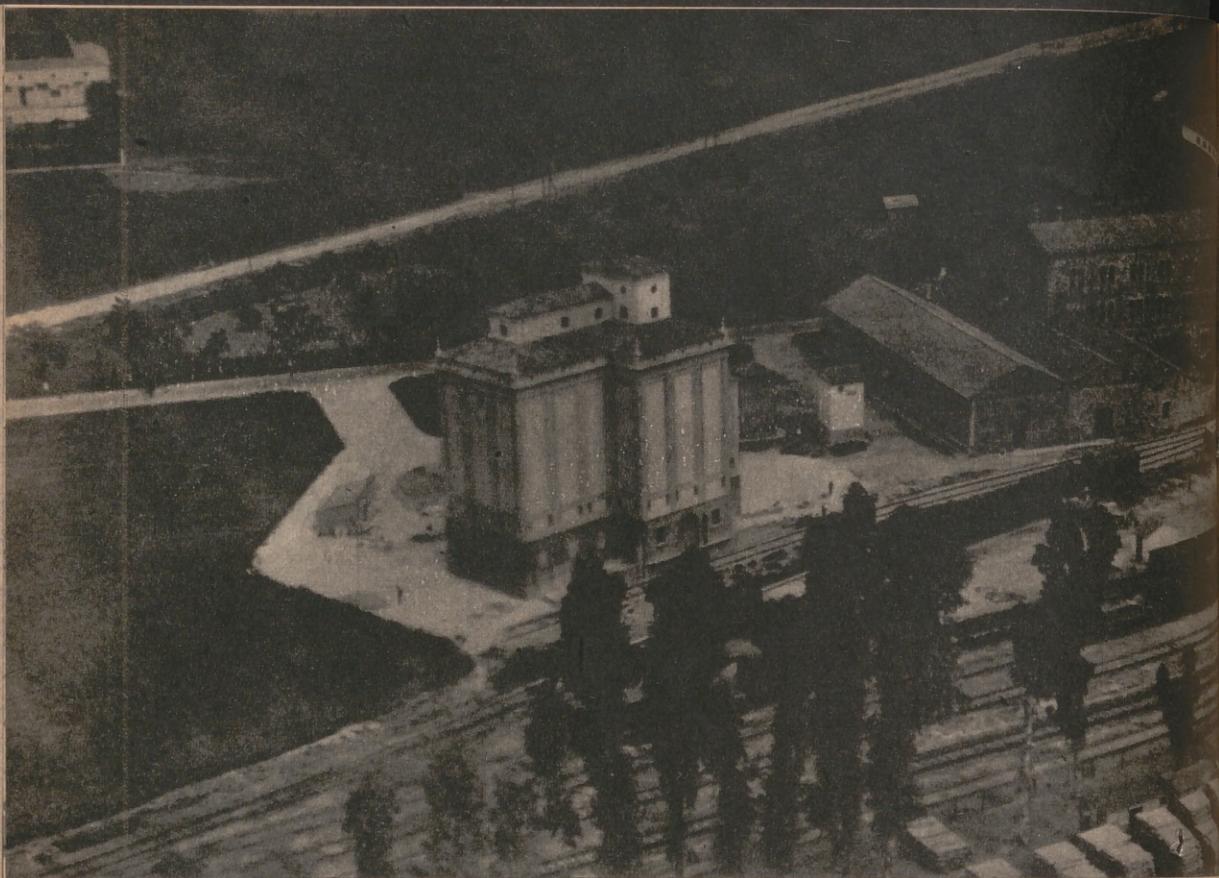
En la fecha prevista, los almacenes del Servicio Nacional del Trigo han abierto sus puertas. Lo más difícil está logrado. En plena guerra de Liberación, la primera victoria del trigo ha sido conseguida.

PALABRAS Y HECHOS EN LOS CAMPOS DE CASTILLA

Por los pueblos de Castilla, por los pueblos de España, ha empezado la propaganda y la acción para poner en marcha el Servicio. Comisiones especializadas marchan por los lugares para explicar a los agricultores la finalidad de lo legislado y las ventajas que van a conseguir.

Por tierras trigueras, campos de Valladolid, de Zamora, de Salamanca, de León, del gran núcleo triguero español se oyen las nuevas palabras.

—El Servicio Nacional del Trigo tiene por objetivo ordenar la producción y distribución del trigo y sus derivados principales y regular su adquisición, movilización y precios.



Perspectiva aérea del silo del S. N. T. en Andújar

A los agricultores se les explica cómo el Servicio Nacional del Trigo posee la intervención del trigo y sus derivados en todo el radio de acción de productores, fabricantes de harinas y molineros y maquileros, así como procurará la futura organización sindical de los productores.

Ya no va a plantarse o dejarse de plantar a voluntad, sino que la iniciativa del agricultor, en cuanto a la extensión que ha de cultivar de trigo, queda subordinada a las órdenes que en atención al interés nacional dicte el Ministerio de Agricultura a propuesta e informe del Servicio Nacional del Trigo. Para ordenar la distribución del cereal y regular su adquisición y movilización, el Servicio Nacional del Trigo adquiere la totalidad del trigo producido y declarado disponible para la venta por los productores en la forma y condiciones que se determina cada año con aplicación a la campaña triguera siguiente. La campaña triguera comienza el 1.º de junio y termina el 31 de mayo del año venidero.

En segundo lugar, el Servicio, actuando a manera de gran cooperativa nacional, será el único y exclusivo comprador del trigo producido y el único proveedor del cereal a los fabricantes de harinas, los cuales han de adquirir la primera materia para sus industrias en dicho organismo a los precios oficiales aprobados.

Tal vez sea en esto en donde verdaderamente reside el gran beneficio del Servicio para el campo triguero español. Han desaparecido los acaparadores profesionales, los revendedores, que comprando a escaso precio y revendiendo con un margen de beneficio totalmente abusivo, eran

los que se llevaban el verdadero beneficio del campo, patrimonio exclusivo del hombre que lo cultiva.

Al desaparecer o reducirse el margen fabuloso de ganancia, totalmente injusto, se puede pagar al agricultor un precio mucho más elevado y vender a un precio mucho menor a los fabricantes de harina, con lo cual no sólo se beneficia tanto el agricultor como el fabricante, sino el mismo público, que será el que consume el producto del campo a un precio más bajo.

El problema del precio del trigo, el fabuloso problema de los precios fijados única y exclusivamente por especuladores, ha desaparecido. El precio se va a marcar de acuerdo con las existencias, con las importaciones, con los rendimientos y con la demanda para el consumo. Los márgenes comerciales ya no se multiplican en cantidad, tal como tantos revendedores particulares existían. Los márgenes comerciales, deducidos los escasos gastos que el funcionamiento del Servicio origine, irán a formar un fondo que más adelante servirá para primar precisamente los precios del mismo producto campesino.

SEMILLAS «PURAS» SEMILLAS «CERTIFICADAS» Y SEMILLAS «HABILITADAS»

Hubiera bastado ya de por sí la función específica que el decreto-ley fundacional señaló al Servicio Nacional del Trigo, para justificar su acción, su existencia y su permanencia, pero la transcendencia del fomento de la producción triguera, los trabajos y ordenaciones que favorezcan y es-

timulen la siembra del trigo, al mismo tiempo que conduzcan a obtener elevadas producciones unitarias de trigo, cada vez de mejor calidad, llevaron al perfeccionamiento, ensanche y multiplicación de acciones del Servicio. Poco después de terminada nuestra guerra, concretamente en el año 1942, el Servicio Nacional del Trigo, preocupándose de la selección mecánica de semillas, importa de Alemania ciento cincuenta seleccionadoras, ya que en aquella época estas máquinas no se construían en España, usándose ininterrumpidamente hasta que en 1950-51 se realiza nueva importación de seleccionadoras de Francia y Alemania. A la vez la industria nacional construye nuevos tipos adecuados para las necesidades de nuestra agricultura, y a partir de entonces nuestra industria produce cuantas seleccionadoras necesita el campo español, en modelos y tipos tan perfectos como las extranjeras. La máquina es así, para semilla, preocupación constante del Servicio.

La historia de la semilla hace tal vez en los centros de cereali-cultura del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas. Allí se estudian científicamente todas las variedades conocidas, se crean otras nuevas y se producen en los campos de experimentación las cantidades indispensables de semillas originales de las variedades cuyo cultivo resulta más conveniente. Estas semillas originales pasan, para su multiplicación, al Instituto Nacional para la Producción de Semillas Selectas. Este dispone de una serie de agricultores cooperadores distribuidos en las comarcas más convenientes de España para cada cupo de semillas. Los agricultores cooperadores las cultivan con el esmero debido para llegar a producir des-

pués del primer año de semillas «certificadas» las denominadas semillas «puras» de trigo, que en cantidad de doscientos mil a trescientos mil quintales métricos anuales son recibidas actualmente por el Servicio Nacional del Trigo para su selección y distribución a los agricultores.

De esta manera, cada año se obtiene hasta un millón quinientos mil quintales métricos de semilla de trigo «habilitada», con cuya producción pueden satisfacerse las necesidades totales de nuestros agricultores. Esta semilla, de alta calidad y rendimiento, es entregada a título de préstamo o de trueque, por el Servicio Nacional del Trigo, a los agricultores, los cuales, de esta manera, disponen de mejor material con la casi certeza de una mejor cosecha.

El Servicio Nacional del Trigo, para garantía propia, tiene organizados sus servicios técnicos de inspección que visitan el campo, cuando la cosecha está en pie, para vigilar y estudiar las siembras hechas con las semillas puras que facilitó y comprobar su estado, vigor, pureza botánica y sanitaria, con el fin de desechar en el futuro aquellas semillas que no ofrecen las garantías debidas.

Los trigos para sembrar que son aceptados definitivamente como semilla «pura» o «habilitada» gozan de una prima fijada anualmente por el decreto de la regulación de la campaña y pasan a los centros de selección, que en realidad son verdaderas fábricas de simiente, de los que sale ya la semilla limpia, desinfectada y ensacada. Esta semilla, generalmente, se entrega luego a los agricultores a trueque; esto es, a cambio por el mismo peso de otro trigo de su variedad comercial correspondiente. Ello supone una ventaja económica para el agricultor, que sin gasto adicional alguno ve sustituido su trigo corriente por otro de más alta calidad, con garantías de origen, ya perfectamente preparado y desinfectado como semilla.

Como variante del sistema de entrega de semillas por trueque, siempre con las limitaciones debidas y dentro de una estricta organización, pueden concederse semillas en venta, y aun a préstamo, para aquellas zonas en que los pequeños rendimientos de la cosecha lograda pueden llegar a poner en situación difícil las explotaciones agrícolas afectadas por sequías, heladas, pedriscos, etcétera.

En el aspecto de las semillas seleccionadas se han distribuido nada menos que, en una sola campaña, un millón doscientos cincuenta mil quintales métricos de semillas de trigo entre ciento setenta mil agricultores.

NOMBRES EXTRAÑOS Y MISTERIOSOS PARA LOS SURCOS ESPAÑOLES

La propagación y difusión de las variedades de trigo convenientes para cada comarca y explotación agrícola sólo puede llevarse a cabo con esta extensión e intensidad porque el Servicio Nacional del Trigo, dada su condición de comprador único de to-



La esbelta figura del silo de Medina de Rioseco

da la cosecha de trigo, tiene la posibilidad de elegir las mejores clases para producir semillas. Para ello puede tomar cuantas precauciones técnicas precise y juzgue conveniente y realizar visitas e inspecciones a los campos, a las eras y a los almacenes de servicio. De esta manera se estudian los rendimientos en cada comarca y lugar. Esta actividad es variable, ya que la granazón de los trigos en cada comarca es distinta y es lógico que los agricultores demanden más semilla si han tenido peor cosecha o peor clase de trigo. Por ejemplo, en una de las últimas campañas la intensidad de distribución de semilla fué bastante grande en las cuencas del Ebro, Duero y Tajo debido a la corta cosecha de ese

año. Ello motivó mayor demanda de semilla e incluso llegaron a concederse por préstamo cerca de 350.000 quintales métricos por un valor de ciento treinta y dos millones de pesetas a 60.500 agricultores, de cuyo importe ya se ha reintegrado el Servicio

Cuando se realiza esta distribución de semillas el Servicio lo hace pensando también en la posibilidad de comenzar el cultivo y difusión de aquellas variedades que mejor se adaptan a las condiciones agrológicas y climatológicas de cada comarca y explotación, y así unas variedades ven aumentar su demanda, otras se conservan casi estáticas y otras ven decrecer su área de cultivo. La sección de Producción y Semillas del Servicio Nacional del

Almacén de granos en el silo de Becilla (Valladolid)





Gráfico de Silos y Graneros en explotación de la Red Nacional, en septiembre de 1957. Capacidad total: 56.215 vagones

Trigo lleva al día los mapas representativos del área de cultivo de cada variedad y su intensidad relativa, con lo cual el ritmo de estas tendencias está perfectamente conocido. Por ejemplo, hay estabilización o tendencia ligeramente decreciente en algunas provincias de los candeales de ambas Castillas; crece la demanda de la variedad «Aragón 0-3», que antes era cultivada con exclusividad en la cuenca del Ebro y ahora ha tomado carta de naturaleza en las dos Castillas, e inversamente, la variedad «Senatore Capelli», que antes se cultivaba en Andalucía y Badajoz y ha pasado ahora a cultivarse en Aragón, con excepción de las serranías montañosas.

Respecto a nuevas variedades introducidas recientemente en el gran cultivo, puede mencionarse el «Florencia-Aurora», cuyo cultivo extensivo se inició en Andalucía en 1949 y ahora alcanza todas las zonas relativamente templadas del interior con demanda creciente e ininterrumpida, ya que por su elevado rendimiento y alta calidad de sus harinas es solicitado a la vez por agricultores y fabricantes. Con demanda paralela por los agricultores se halla la variedad «Pané», híbrida en Lérida, cuya área de cultivo se está extendiendo también en los regadíos y tierras frescas y fértiles de todo el interior de España.

En las campañas 1955-56 y 1956-57 se han introducido en nuestro país y adquirido relativa importancia, el cultivo de las variedades

de trigo italianas «Mara», «Impeto» y «Funco». La más difundida ha sido el «Mara», que alcanzó la cifra de 73.000 hectáreas en la campaña 1956-57, seguida del «Impeto», con 28.500 hectáreas, y del «Funco», con 4.900 hectáreas. La mayoría de estas extensiones están distribuidas en la región andaluza, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva. También se han cultivado en Ciudad Real, Toledo y Extremadura grandes extensiones con la variedad «Autonomía», y menores en Segovia con las variedades «Traquejo» y «Tavaves». Por último se han continuado ensayos con las variedades «Dimas» y «Canalejas», el primero derivado del «Etoile de Choisy», así como con otras de la colección italiana: «Elia», «Generoso», «Campodoro», «San Marino», «Loro», etcétera.

Los rendimientos de los trigos «Mara», «Impeto» y «Funco» han sido en general superiores a los de los demás trigos cultivados anteriormente en el Sur de la Península. Las producciones medias más elevadas se dan en regadíos y secanos muy fértiles, con 30 quintales métricos por hectárea, 28 y 28, para el «Mara», «Impeto» y «Funco», respectivamente. Las de «Florencia Aurora» han producido 18 quintales métricos por hectárea y el «Senatore Capelli», 16. De los demás trigos mencionados no hay masa de cultivo suficiente para poder hacer comparaciones válidas, aunque parece que sobresa le el «Traquejo», el «Generoso» y el «Aradi», que es un nuevo hi-

brido nacional. También continúa el cultivo con grandes rendimientos de los híbridos nacionales «Pané n. 247» y «n. 3», así como del «Pané n. 2». Estos nuevos trigos han ocupado con carácter casi de exclusividad los regadíos y terrenos frescos y fértiles de la comarca del Ebro y Cataluña, donde se obtienen rendimientos medios superiores a los 30 quintales métricos por hectárea.

SEIS MIL OPERACIONES DIARIAS EN ABONOS Y SEMILLAS SELECTAS

Intimamente ligado con la gran importancia que para las cosechas de trigo representa la siembra de semillas de alta calidad, está el empleo de abonos. En el Plan de Intensificación de la Producción de Cereales, del mes de julio de 1953, se preveía el estímulo directo, cerca de los agricultores, del empleo de abonos. Para ello, el Servicio Nacional del Trigo, en la primera campaña de 1953-54, formó siete equipos compuestos cada uno por un ingeniero agrónomo, tres peritos agrícolas y tres expertos del Servicio, que comenzaron delimitando las zonas de cada provincia en que más interesaba iniciar la intensificación. Resultado de ello fué la elección de 260 términos municipales, en los que se aplicó la norma de abonado total del término, con superficie intensificada de 203.850 hectáreas, y 1.141 términos en los que la menor costumbre de abonar que tenían los agricultores aconsejó efectuar únicamente 50



La Red Nacional de Silos y Graneros se incrementará con los que se construyen en los puntos que aquí se señalan

bre los más progresivos, sentando así una base firme para seguir desarrollando la intensificación, en campañas sucesivas.

Esta forma de actuar dió por resultado una cifra que excede a la prevista de 409.000 hectáreas, habiéndose tomado contacto y ejercido acción sobre cerca de un millón de hectáreas.

En la segunda campaña se ampliaron las zonas provinciales de intensificación, hasta lograr 1.141 términos municipales de abonados total con un aumento de 881 sobre el año anterior y superficie total de 909.055 hectáreas, actuándose, además, sobre otros 1.821 términos en intensificación parcial con superficie de más de un millón de hectáreas, quedando superada ampliamente la cifra de actuación prevista en el plan que era de 980.000 hectáreas.

Durante estas dos primeras campañas el Servicio distribuyó directamente, en la primera, 77.783 toneladas métricas de su perfosfato y 31.259 toneladas métricas de abonos nitrogenados y en la segunda 178.884 toneladas métricas de fosfatados y 52.084 toneladas métricas de amoniacales, cifras que rebasaron satisfactoriamente toda la previsión estimada. En la tercera campaña cabe considerar la distribución a préstamos de abonos potásicos, para aquellos agricultores en los que había de resultar más eficaz su empleo.

Para dar idea del trabajo que supone esta distribución de abono, basta decir que en una sola campaña el Servicio Nacional del

Trigo ha realizado 190.840 operaciones comerciales que con las de semillas ascienden a 260.000, o sea a razón de 6.000 diarias, alcanzándose la cifra de 300 millones de pesetas concedidos a préstamos para adquisición de abonos en dicha campaña.

CERCA DE 300 SILOS CON UNA CAPACIDAD DE CINCO MILLONES DE QUINTALES METRICOS

Es evidente, que para toda esta serie de actividades del Servicio Nacional del Trigo, hacían falta modernas instalaciones y edificaciones, a lo largo de las comarcas trigueras, que pudiesen llevar adelante todo el esfuerzo, la perfección y la capacidad desarrollada por el Servicio. La Red Nacional de Silos y Graneros ha sido el mecanismo perfecto para poder almacenar las compras realizadas por la entidad. La Red Nacional de Silos y Graneros tenía ya construidas y en explotación en primero de enero de hace tres años, 101 edificaciones con capacidad de almacenamiento en perfectas condiciones para unos dos millones de quintales métricos. Durante los años 1955, 1956 y mitad de 1957 se terminaron 96 silos y 101 graneros con una capacidad total de almacenamiento de 3.170.000 quintales métricos, lo que sumados a lo anterior representa una capacidad total en servicio de 5.170.000 quintales métricos distribuidos en 308 edificios.

Para la campaña triguera 1957 se prevé la terminación de otros 25 silos y 18 graneros con

una capacidad aproximada de un millón de quintales métricos. El ritmo previsto de construcciones ha de ser tal que en un período de seis años, se alcanzará un almacenamiento de 11 millones de quintales métricos, con lo que se movilizarán totalmente las cosechas de trigo y se almacenarán a la vez las reservas indispensables que aseguren la estabilidad permanente del abastecimiento nacional.

Estas son, así, los grandes capítulos de veinte años de historia del Servicio Nacional del Trigo. Cuando el Caudillo de España recibió en su despacho a la Comisión que le hizo entrega del resumen de la labor efectuada desde aquel primer día de reunión en el Colegio Trilingüe de Salamanca, se acordaría el Jefe del Estado, de aquellas sus palabras: «Ganaré la batalla del trigo».

Ya está ganada la batalla. Ha habido que vencer obstáculos gigantescos, dificultades que parecían insalvables. Pero todas, desde el Delegado Nacional don Miguel Cavero Blema hasta el último Inspector, hasta el último mozo de granero, los han podido vencer gracias a su voluntad, a su tenacidad, a su esfuerzo, a su sacrificio.

Los agricultores, los hombres del campo, pueden seguir diciendo, con entero y legítimo orgullo, lo mismo que decían aquellos castellanos de Tierra de Campos, que escuchaban las primeras instrucciones, que palpaban los primeros resultados:

—Ahora ya somos personas.
J. M. DELEYTO



RETORNO DE VIDA

NOVELA

Por Carlos YDIGORAS

CORRÍA el año 1920. Las heridas de la primera guerra mundial iban restañándose lentamente. Alemania, la vencida, emergía de entre sus cenizas. Los triunfadores también habían dejado en tierras propias o lejanas regueros de miserias. España, neutral, abría su mano a todas las razas y credos para que en su seno pudiesen olvidar más de prisa.

España, Madrid, un barrio humilde. Y una casa tan gris como el barrio. Tiene tres pisos. El último, mitad azotea, mitad buhardilla. Es allí donde mora Castro Cima, escritor de pocos años y muchas ilusiones.

La existencia de Castro Cima, exteriormente es ordenada, tranquila. Se levanta muy tarde porque trasnochó; sus trajes están un poco raídos y muy desplanchados. Y piensa que acostarse a veces sin cenar es signo de fecundidad intelectual, es decir, de bohemia. Sí, su vida tiene el ordenamiento de un joven hombre de letras. Es por dentro donde

bullen audaces ideas, viajes sentidos tan fuerte que prácticamente están ya realizados.

El, que aspira a ser únicamente escritor, sabe la cuesta demasiado empinada para subirla del primer esfuerzo. Gana su vida como periodista en un diario de segundo orden de la capital madrileña.

6 de enero. Es una tarde de invierno y no llueve, aunque el cielo encapotado parece desear soltar sus lágrimas. Está oscuro, melancólico, el día. Como aquel chiquillo harapiento que pega su nariz al escaparate de la tienda de enfrente. Castro Cima no siente deseos de escribir porque la tristeza de la tarde está escribiendo en su alma. Luego verá si es capaz de llevar esas sensaciones al papel. Aquel chiquillo de pelo castaño y lacio debe de formar parte de la tarde, de la tristeza. Está mirando juguetes. Son pobres, un tanto vulgares, como el barrio. Pero el periodista piensa que para aquel niño desarrapado deben de suponer objetos de auténticos Reyes Magos. Instintivamente, Castro Cima se va apartando de la tarde, del cielo compungido. Ahora es aquel pequeño que lleva más de una hora mirando cosas imposibles quien se asoma a sus sentimientos. Estos, sin embargo, suelen siempre estar en contraposición con las posibilidades. Su mano, que el propio espíritu de conservación hace dudar, cuenta y recuenta las únicas pesetas que duermen en el fondo del bolsillo. Suenan bien, porque son pocas. Cuatro y algunas monedas.

Castro Cima es desprendido, como su vida. Abre la puerta nervioso y baja los escalones de cuatro en cuatro, temeroso de que el niño, que quizá le llevará la mitad de su capital, se marche. No; allí sigue el pequeño pegando su naricita llena de mo-

cos a la luna ensuciada por su prolongada ilusión. Pero hasta ésta quería matarla el dueño, que, anarbolando unos zorros y gritando como un desaforado, aparecía en aquellos momentos en la puerta. Temeroso, el muchacho se alejó. Fue entonces cuando Cima recogió la mirada vencida pero aún brillante de unos ojos grandes, castaños como los pelos mal peinados que los coronaban. El periodista, agarrándole carifiosamente por los cabellos, le hizo volver sobre sus pasos. Adivinando una venta más, el hombre de presa dulcificó la mirada y se escondió en su cueva.

—¿Cuál de estos juguetes te gusta más?

No era el pequeño desconocido dado a la pronta familiaridad. Volvió a unir su fina nariz al sucio de la luna y siguió silencioso. Mucho le costó a Cima saber que se llamaba Peter, que trabajaba en una compañía de circo como titiritero y que aquella tarde había huido de las lonas temiendo que el dueño le castigase por una falta que no cometió. Pero cuando después de aquellos minutos de conversación Castro Cima le dijo que quería hacerle un regalo porque él también había sido pequeño y tenido parecidas ilusiones, el niño del circo no dudó un instante. Lo tenía bien pensado, elegido quizá hacía semanas.

—Ese caballo está cojo. ¿Por qué no eliges uno nuevo?

Las ilusiones del niño, del pequeño titiritero, la vida las debió de haber dejado cojas, como el caballo blanco de las tres patas. Era un juguete insignificante; media apenas veinte centímetros de alzada y la larga rizada cola la tenía sucia y descascarillada. Pero aquél era el anhelo del niño, porque en su zarandeada existencia no había lugar para mayores vuelos de la imaginación o los sentimientos.

Castro Cima compró el caballo. Le costó una peseta menos quince céntimos. Nunca había hecho feliz a nadie por tan poco dinero. El brillo que en la mirada vencida de su pequeño amigo descubriera en los primeros instantes ahora era triunfal; todo él rebosaba satisfacción y seguridad. El periodista pensó que aquella escasa peseta había convertido a un ser indefenso y desorientado en uno nuevo; apenas imagen parecía que al fin encuentra un asidero fuerte al que aferrarse para iniciar la difícil ascensión.

El muchacho se marchó, no sin antes prometer a Castro que cenaría con él aquella noche de Reyes. Estaban los dos demasiado solos para que no uniesen sus abandonos en tan marcada fecha. El titiritero, seis o siete años tendría; él, veinticinco. Al pequeño, un caballo cojo; al periodista, la dicha de haber fabricado una pequeña felicidad. Sí, los Reyes Magos eran inteligentes.

La noche señalada llegó, pero el muchacho no aparecía. Dudaba el escritor de que ya acudiese cuando sonaron en la puerta unos débiles golpes. Verdad es que el escritor se abalanzó hacia el pasillo como si quien esperase al otro lado de la vieja madera fuese una hermosa prometida y no un desarrapado muchacho. Pero las ilusiones no saben de contornos y Cima sonrió como... hacía tanto tiempo que ya lo había olvidado cuando ante él vio la pequeña figura del titiritero extranjero.

La misma mirada vencida del encuentro; los mismos cabellos lacios, pero peinados ahora. Y entre sus bracitos, apretado contra el pecho, el caballo. Ya no estaba cojo. Una pata de madera atada con una cinta roja podía mantener su equilibrio.

—¡Pasa, caballero sin tacha! He preparado una cena que hasta los mismos reyes la envidiarían.

Con tres pesetas era difícil ser envidiado por nadie. Pero la verdad es que Castro gastó hasta el último céntimo en hacer los honores al pequeño huésped y su desvalido caballo.

La velada transcurrió en un ambiente que quizá el titiritero no lo olvidase jamás. Cima la guardaría en los recónditos pliegues de sus sentimientos, como un tesoro que no se cuenta porque entonces hasta las palabras parecen ladronas. Comieron huevos fritos, una sopa de arroz —salíó tan rica que el escritor no se cansó de alabarse—, una loncha de jamón cada uno y una botella de champán que la bebió él sólo. Y además, en un extremo de la humilde habitación, hacía un pequeño Belén, pobre, pero ideado por una fresca imaginación. Aquello —como Castro esperaba— fué lo que más agradeció el muchacho.

Se despidieron dándose un abrazo, como dos hombres. Sería el abrazo de los años, de los muchos años. Tantos, que Castro Cima a veces pensaba en aquel niño enamorado del caballo cojo con una sensación de sueño, de imposible. Pero jamás le olvi-



dó y siempre —cuando los Reyes Magos salían de Oriente— él preparaba el Belén —idéntico, aunque ya no tan humilde— del que tanto gustaba Peter. No vino nunca; además, el pequeño titiritero debería de tener ya, ¿cuánto tiempo había transcurrido?, por lo menos veinticinco años. Los mismos, los suyos de aquella noche simple e inolvidable. Cima estaba ya casado y con tres hijos. El menor, de la edad de Peter, de aquel Peter pequeño que no quiso volver más.

* * *

Los hombres se diferencian de los asnos en que son capaces de tropezar con la misma piedra dos y más veces. Una nueva guerra asolaba al mundo. Era la primavera del año 1939 cuando, un domingo de verano, las tropas del III Reich se lanzaron sobre las fronteras de Polonia. El cielo, la tierra y las gentes temblaban ante el nuevo cataclismo. Los rotativos del mundo giraban tan vertiginosamente como los acontecimientos. Una actividad nerviosa reinaba en las Redacciones. Poco después, abrazos —también nerviosos— al compañero que se iba. La Prensa enviaba sus antenas al escenario de la guerra. Castro Cima, ahora primer redactor de un importante diario de la mañana, era el elegido entre cinco voluntarios más. Sus tiempos de bohemia y el sentido profesional le llevaban una vez más hacia lugares trascendentales.

Partió un amanecer de la estación del Norte. Dos días después ya estaba en París. Allí le sorprendió el rápido avance alemán. Con las mismas tropas que en los primeros momentos le hicieron prisionero marchó a Alemania. Karlsruhe, Mariendorf, Elstewerd..., Berlín. En un barrio próximo al Under der Linder fué alojado provisionalmente.

Un día sonó el teléfono. Era un compañero de profesión, un colega suizo, que al saber que un corresponsal de España—donde él había permanecido varios años— se encontraba en Berlín acudía a su lado. El tal suizo era un hombre abierto y pronto establecieron amistad. Meses después partieron juntos para el Este, donde la guerra abría sus fauces más amplias. Encuadrados en distintas unidades de la Wehrmacht, atravesaron vastos y hostiles territorios, Polonia Oriental, Lituania, Letonia, Bielorrusia, Rusia inmensa; vió la mano nerviosa del corresponsal hispano narrando acontecimientos que se estaban produciendo en aquellos momentos. La guerra, la veleta de la Historia, se movía, y sus movimientos eran controlados y escritos por los enviados extranjeros. Ante Moscú y Leningrado, Ucrania y el Cáucaso, se alza la pluma de Castro Cima como ante él se alza el polvo de las batallas. Son muchos los plomos que la guerra deja sueltos, y uno de ellos fué a esconderse en el muslo de Castro Cima. Es evacuado a Kiev; luego, a Grodno; al fin, a Berlín, donde cura de sus heridas. Ni aun durante los momentos difíciles de convalecencia deja de enviar crónica tras crónica. Primero sobre la guerra, luego sobre los hospitales, después habla del efecto que la lucha produce entre las poblaciones civiles. Termina en el Cuartel General del Führer, desde donde—ya en ambiente más piadoso— sigue desarrollando durante dos largos años su importante misión.

* * *

La guerra impone sus condiciones. Quizá una de las más esenciales sea el secreto. Contra éste—aunque los bombardeos hagan sentir en carne propia el resultado de sus indiscreciones— los corresponsales se sublevan a menudo. Unas veces, movidos por justa irritación contra el que en última instancia decide sobre sus crónicas tan pacientemente elaboradas; otras, simplemente por vanidad personal. Pero no importan los móviles. Sobre todo, la seguridad de la nación. Y hasta de ello inconscientemente, la mayoría de las veces, se olvidan.

Fué algo así lo que les ocurrió a dos corresponsales—uno inglés y el otro sueco—, quienes, pese a haber tachado la censura unas líneas comprometedoras para la marcha de unas operaciones militares, hicieron caso omiso de ella. La noticia apareció en los diarios londinenses y de Estocolmo. Una hora después, dos patrullas de la Policía militar los llevaba con rumbo desconocido. Entre los hombres de Prensa acreditados se hablaba de expulsión, de condena y hasta de fusilamiento. Al fin, dos meses después (la guerra—1944— ya iba cambiando de cariz con los repetidos reveses alemanes) llegó la noticia de que estaban confinados en un campo de concentración de Baviera.

Pese a la falta cometida no podían sus compañeros consentir aquello. Entre los corresponsales nace una estrecha unión, desconocida entre ellos hasta entonces. Se vengan enviando a sus periódicos—clandestinamente— datos sobre la suerte corrida por sus colegas; otros van más allá y hasta proponen un intento de rescate. La idea es de Castro Cima y sus camaradas la aprueban. Algunos de ellos tienen fácil entrada en despachos oficiales y no les será difícil hacerse de papel sellado. Es el suizo—de regreso hacía tiempo a Berlín, cuando la guerra entró en la monotonía— quien consigue el material necesario. Una noche, con el espíritu de conspiradores, se reúnen en el piso habitado por el español. El corresponsal de un periódico holandés domina el idioma y fraseología de los alemanes y pronto queda redactada una orden de libertad a nombre de los dos detenidos. Falta ahora llevarlo a cabo, ejecutarla.

Con el mismo espíritu que un amanecer, Cima partió para Francia, ahora corre por las carreteras oscurecidas y solitarias de Alemania. Le acompañan el holandés y el suizo. Los tres vestidos con el uniforme de la Wehrmacht. El español—que no habla a la perfección el idioma alemán—conduce. Detrás van sus camaradas disfrazados, uno de teniente coronel y otro de comandante. Con las patrullas que encuentran en el camino se entienden bien los dos «oficiales». La marcha transcurre sin novedad. Se detienen a comer en una hostería solitaria y allí hacen tiempo para llegar de noche al campo de concentración.

Alambradas de espino, miserias y sollozos sofocados. La ya vieja y terrible historia de los tiempos civilizados.

El holandés y el suizo conocen bien su misión.

Tan bien lo hacen que a Cima—en su papel de chófer—le parece estar cumpliendo una acción normal. Sólo titubeó un momento cuando—fingía reparar una avería en el motor—se le acercó un cabo de la patrulla de guardia a preguntarle la hora. Contestó a la pregunta y su acento fué «reconocido» por el alemán. En breves palabras le habló de Alsacia, y con un saludo a la tierra discutida se alejó.

Minutos después en la puerta aparecían dos hombres vestidos de paisano con un bulto en la mano. Detrás las familiares siluetas del uniforme alemán. El «comandante» venía con ellos; el holandés aun se despedía del jefe del campamento.

Sin cruzar una palabra con Cima—aunque le reconocieron en el primer instante—entraron los dos evadidos en el coche. Subió el neerlandés e inmediatamente el automóvil se perdió a gran velocidad en la oscuridad de la noche. Sólo suspiraron aliviados cuando, por un ramal secundario, se alejaron una veintena de kilómetros.

El objetivo era la frontera suiza. Estaba muy vigilado el camino; sobre todo lo estaría la línea divisoria. Pero la labor más arriesgada ya se había cumplido. Ahora un poco de fortuna y la suerte se detendría definitivamente en su favor.

Durante diez horas rodaron sin descanso. Aunque Cima se sentía cansado no era conveniente ceder e volante hasta descartar la menor probabilidad de tropezar con los «Feltgernermerle» alemana.

Cuando el sol comenzó a salir, las altas montañas que en la otra ladera escondían la salvación ya estaban cercanas. Se apartaron del camino y entre pinares fueron acercándose a la frontera. En un trozo de cerrado bosque se detuvieron para tomar algún alimento. Allí los evadidos pudieron abrazar libremente a los liberadores y brindar por una suerte que ya era común.

El corresponsal suizo se había destacado en su país como alpinista. Cuando el mundo dormía su paz, aquellas encrespadas regiones fueron a menudo recorridas por él. Con los prismáticos eligió un camino desierto y, trazados los planes, se echaron a descansar. El inglés y el sueco montarían la guardia hasta la nueva llegada de las sombras.

Eran las nueve de la noche cuando iniciaron la marcha a pie. La luna esplendorosa les ayudaba. Otras veces, ocultándose, seguía ayudándoles. Cinco horas llevaban andando cuando llegaron al declive de dos montañas entre las cuales habrían de pasar. Tres kilómetros más allá esperaba Suiza neutral y acogedora...

Aquello ocurrió como ocurren las cosas más trascendentales o las más simples. Tenían la salvación a unos centenares de metros más hacia el Sur cuando de detrás de unas rocas emergió bruscamente una sombra que gritaba. No podían distinguir claramente de quién se trataba, pero nadie dudó de que era un soldado alemán fronterizo. Y que estaba apuntándoles con su automática. Intentando acercarse, el suizo le decía que eran oficiales de la Wehrmacht extraviados, pero el centinela cumplía bien su labor de desconfiado. Volvió a gritar que no intentaran retroceder ni avanzar un paso porque haría fuego. Fué el compañero que acudió a sus llamadas, quien se aproximó a los fugitivos, y reconociendo entre ellos a dos superiores, cuadrándose rigidamente les invitó a acompañarle.

El cabo consideraba que era sospechosa aquella rufa y que debía consultar con su teniente. El teléfono entró en funcionamiento. Poco después, ya usado por el oficial recién llegado, la alarma llegaba a la Jefatura del sector. Con toda cortesía fueron conducidos al puesto del coronel.

* * *

Bien custodiados, los cinco corresponsales llegaron a Nuremberg. Al día siguiente partieron para Berlín. Allí les esperaba el proceso por alta traición de que se habían hecho reos por cinco delitos que les fueron enumerados con precisión. Los dos evadidos fueron condenados a quince años de prisión; los falsos oficiales, a cadena perpetua, y Castro Cima, el juzgado cabecilla de la intentona, al pelotón de ejecución. Aquí parecía terminar la historia de aquel joven bohemio del barrio humilde de Madrid.

Fueron largos los días que Cima permaneció incomunicado sin saber lo que en verdad sería de él. Había dirigido una carta al jefe del servicio en la que explicaba los motivos de su actitud y hasta

logrado entrevistarse con el director de la cárcel. Este no tenía autoridad para modificar en lo más mínimo su suerte, pero le autorizó a acudir a su superior. Cima, a la semana de haber sido condenado a muerte, fué introducido en un lujoso despacho, cuya puerta custodiaban dos S. S.

Tras la mesa estaba un hombre de rostro canchado. Era joven, pero sus cabellos blanqueaban. No levantó la cabeza cuando Cima entró. Escribía y su pulso era firme. Tenía la mesa llena de legajos y un enorme retrato de Hitler presidía aquella habitación. Cima lo vió todo en unos instantes, en un instante, porque después tan solo una cosa, un insignificante objeto, llenó su atención y sus sentimientos. El escritor debió de pestañear, porque sus ojos se humedecieron. Casi había olvidado su propia suerte.

Al fin el alto jefe alemán levantó la cabeza. Y sus contadas palabras fueron para reiterarle rue, a su pesar, por ser un extranjero, un español, añadió que la pena impuesta debía ser cumplida. Castro Cima parecía no oírle; era otro mundo, otra vida la que se había posesionado de la suya para que la actual se pudiese olvidar. Su Madrid lejo su noche de Reyes...

—Ese, ese caballo cojo..., quisiera llevármelo a cambio de la vida que ustedes me llaman.

—A los condenados hay que permitirles su última voluntad. Pero usted pide demasiado.

—Fué una tarde..., un niño que pegaba su nariz sucia a un escaparate. Antes tenía atada la pata de palo con una cinta roja.

—Hace muchos años. La cinta la deshizo el tiempo. Guardo sus trozos en la cartera. Fué en su país, en España.

—Ya lo sé. También sé que a usted le gustan más los «nacimientos» que cenar en una noche de Reyes. Yo..., yo fui quien le compró a usted ese caballo cojo.

—No sabe cómo lamento ser ahora quien soy. No puedo hacer nada por usted y yo he de ser quien mañana ordene su ejecución. Por eso le recibí hoy, aun sabiendo la inutilidad de esta entrevista, como una especie de última voluntad del reo. Hay algo que está sobre nosotros y contra lo que no podemos alzarnos. Está todo escrito: la ley de los jueces.

—Ya no importa. Ese caballito cojo quedará como un símbolo de la amistad que podría reinar entre los hombres de todas las razas.

El jefe alemán tendió su mano, que ahora temblaba, al corresponsal español. Su rostro adquirió una tersura violenta. Quedaron largos instantes en aquella posición.

—El caballo no puedo dárselo, quiero llevarlo conmigo. ¡Adiós!

Castro Cima abandonó el despacho sumido en una gran congoja. Sentía por su vida, que sólo duraría un día más. Pero también sufría por aquel pobre litiritero que a fuerza de tesón y lucha había llegado a tan alto puesto. Aún conservaba en sus pupilas la atroz impotencia—mezcla de deber y sentimiento—que cubrió el rostro del tudesco ante la gran revelación que para él debieron suponer sus palabras.

Se acercaba la media noche cuando oyó pasos de soldados que se acercaban por el pasillo de la prisión. Ellos anunciaban la última hora de Castro Cima, el corresponsal español en Alemania. Elevó sus manos unidas a la estampa religiosa que colgaba sobre su camastro, y suspirando hondo se dispuso a morir bien. Las pisadas se detuvieron ante su celda, la cerradura giró y dos soldados entraron en la estancia, saludando militarmente. Cima contestó al saludo y se encaminó con paso firme hacia la puerta. Allí estaba el jefe alemán, erguido y desencajado...

—Vamos...

Cima fue tras él. Cerrando la breve comitiva, los dos soldados. En el exterior les esperaba un coche. Uno de los soldados y el jefe ocuparon los asientos delanteros. Detrás iba el corresponsal custodiado por otro S. S. En silencio rodaron varias horas. Una vez hicieron alto para comer, y ni en aquel intervalo Castro Cima cambió una palabra con el antiguo circense. Este seguía pálido, como si también la justicia fuese a caer sobre él. De nuevo en el coche, entre sombras cada vez más cerradas, el silencio era mortal. Sólo se oía la respiración de los hombres y las revoluciones del motor. Y una lluvia que había empezado a caer, como si al fin

aquel cielo compungido de la tarde de Reyes madrileña ahora se decidiese a llover.

Amanecía cuando se detuvieron en lo que parecía un frecuentado control, siempre amanecerés riñendo la vida. El alemán esperó a que descendiese Cima, y tomándolo del brazo comenzó a anclar de prisa entre rígidos saludos de centinelas y jefes. Pasaron una barrera. Al otro lado otras figuras se movían entre focos...

—Está usted en Suiza. Váyase. Mañana sabrá usted lo que ha sido de mí.

Castro Cima no tuvo tiempo de saber que su vida volvía. Ni siquiera de murmurar unas palabras de vital agradecimiento a aquel que, a cambio de un caballito cojo de una peseta menos quince céntimos, le devolvía la existencia.

Al día siguiente Cima estaba desayunando en una hostería próxima a la frontera. A su lado un suizo leía el periódico. En grandes titulares la Prensa decía:

«Alemania pierde la guerra. Anoche se suicidó en el puesto fronterizo Z. V. el coronel K. B., jefe del contraespionaje alemán.»



EL PAKISTAN TIENE DIEZ AÑOS Y CINCUENTA SIGLOS



KARACHI, UNA CIUDAD QUE CRECE DE PRISA

EL AGUDO PROBLEMA DE CACHEMIRA



EL título parece paradójico, pero no lo es. Efectivamente, como Estado, el Pakistán sólo tiene algo más de diez años, pero como tierra civilizada cuenta cinco mil. Sin embargo, no se puede decir que el Pakistán haya «renacido», como, por ejemplo, Polonia, pues jamás había existido como tal. Incluso su denominación es artificial: está formada por las iniciales de sus principales provincias, como Pundjab, Assam, Sind... y «tan», que indica país: Afganistán, Beluchistán, etc. Es como si España se llamase Gacela: Galicia, Aragón, Castilla, Extremadura, León, Levante, Asturias y Andalucía.

Repetimos, pues, que como Estado el Pakistán es uno de los más jóvenes. Por el contrario, las excavaciones en Mohendyo-Daro, en la orilla del Indo (en el Sur) y en Harappa, hacia el Norte, en la

En estas dos fotografías contemplamos diversos aspectos de actividad callejera en Karachi

orilla del río Ravi (ya cerca de Lahore), demuestran la existencia de un alto grado de civilización siglos antes de la irrupción de los indo-europeos en la península del Ganges. Muchos esqueletos encontrados en Mohendyo-Daro indican un asesinato en masa. Puede ser que la importante ciudad y sus habitantes hayan encontrado la muerte con motivo de la invasión indicada, aunque ningún arqueólogo haya sabido afirmarlo a ciencia cierta. Todo es misterioso, y por ende atractivo, en relación con las ruinas de las dos importantes ciudades de una antigüedad muy remota. Nada sabemos de la raza, el idioma, la religión y la escritura de sus habitantes. Sir Mortimer Wheeler, al estudiar lo que queda de Mohendyo-Daro —que significa «Colina del muerto»— expresa su extrañeza de que entre los edificios de la ciudad no hubiera ninguno que sugiriese la existencia de un templo. Pero como la arqueología no es especialidad nuestra, preferimos ocuparnos de realidades más palpables.

Indicaremos, pues, un hecho cuya fecha nadie podrá olvidar: que la invasión del Sind, o sea, la región de Karachi y de la desembocadura del Indo por los árabes ocurrió en el mismo año —711— en que las huestes de Mahoma entraron en España. Sin el cristianismo posiblemente la Península ibérica se hubiera convertido en musulmana, como ocurrió con el oeste de la India, donde el budismo y el brahmanismo no presentaban idéntica fuerza de resistencia. Tres siglos después, otros musulmanes penetraron en el Noroeste, por el desfiladero de Khaiber. Con sorprendente rapidez conquistaron todo el norte de la India, hasta el actual Pakistán Oriental, más allá de Calcuta. Sin embargo, la conquista militar no significaba en todas partes islamización completa; también el hinduismo supo resistir en varias regiones. El centro político y militar de los conquistadores islámicos era Delhi. Los fundadores de las tres dinastías que reinaron en Delhi antes de los mogoles procedían del actual Pakistán Occidental, y el gran Emperador Akbar (mogol) nació en el Sind. Y después de la división del subcontinente en 1947, numerosas obras maestras de arquitectura musulmana quedaron al otro lado de la frontera, necesariamente artificial: en Delhi, Agra, Ahmedabad, etcétera. Arquitectura musulmana, decimos, o no árabe; musulmana, pero distinta del estilo que identificamos con ésta. Y así se explica el que Lahore me interesara más, o por lo menos me reservara una sorpresa más grande, que otras ciudades que había visitado en cuatro países del Oriente Medio. En España tenemos monumentos tan maravillosos del arte árabe que ninguna tierra puede ofrecernos nada mejor. Por el contrario, los monumentos de Lahore presentan algo enteramente nuevo para nosotros; nos encontramos en un mundo hasta entonces desconocido, y después de haber visto la fortaleza, las mezquitas, las tumbas imperiales y los espléndidos jardines, podemos forjarnos la ilusión de haber recorrido el norte de la India, la cuenca del Ganges.



La Asamblea Nacional del Pakistán



Edificio del Tribunal Supremo, en Karachi



La tumba del emperador Jahangir, en Lahore

SIN CONTINUIDAD GEOGRÁFICA

Lo que hemos dicho referente a la penetración de la conquista

musulmana, cuya fuerza de proselitismo variaba según las regiones, nos explica la falta de continuidad geográfica del Estado creado hace poco más de dos lustros. Ra-



Aquí nació Mohamed Ali Jinnah, en Karachi

cialmente no hay diferencia entre musulmanes y brahmanistas; en cuanto idioma, el hindi y el urdu derivan del sánscrito, con la diferencia de que el urdu (que se habla en el Pakistán Occidental) ha absorbido numerosos vocablos árabes (había que leer el Corán) y persas. ¿Cómo se justifica, pues, la creación del Pakistán? Exclusivamente por motivos religiosos. Los musulmanes de la India, precisamente por haber formado minoría y haber luchado contra grandes dificultades, son generalmente musulmanes más fervorosos que los de otros países en que para ellos no existe problema. Tan es así, que la denominación oficial del nuevo país es «República Islámica». Muchos millones de creyentes abandonaron sus hogares hace diez años para trasladarse al Pakistán a pesar de que allí les esperaran estrecheces y a menudo incluso la miseria. Lo principal era para los refugiados dejar de ser ciudadanos de segunda

Nuevos jardines frente a la bahía Clifton



categoría en un Estado hindi y vivir en compañía de sus hermanos de religión. (No podemos decir hermanos de raza, pues también los hindúes lo son.) Es la religión de Mahoma la que mantiene unidos a los pakistaníes por encima de divergencias regionales y políticas, y a pesar de que la parte oriental del país (Dacca, Chittagong) está separada de la occidental por todo el norte de la India, aproximadamente mil seiscientos kilómetros.

Se comprenderá que la República Islámica no es un país absolutamente homogéneo: hay una numerosa minoría hindú y otras sikh (también en la India quedan casi cuarenta millones de musulmanes que el Pakistán no podría absorber); además, dentro del Islam, la mayoría sunnita está acompañada por chiitas y ahmedías. Exageraríamos si afirmásemos que no existen problemas políticos en el Pakistán por arte de la religión. Es inevitable que haya rivalidades entre las dos regiones en que está dividido el país. Hay partidos, políticos ambiciosos, cambios de gobiernos; sin embargo, el lazo religioso suele ser más fuerte que la rivalidad política, a pesar de que el Este

es muy distinto del Oeste, incluso como idioma; sus habitantes no quieren renunciar al bengali en beneficio del urdu. Y a la inevitable lucha política se añade el arduo problema demográfico. El Pakistán tiene ya unos 85 millones de habitantes, de los cuales más de la mitad viven en el Este, donde la densidad de población es inquietante. En el Oeste lo es menos, expresado por kilómetros cuadrados, pero las dos quintas partes del territorio son desérticas o semidesérticas. Hasta el aerodromo de Karachi se vuela sobre las arenas del Sind, que invaden las calles de la capital. Y cuando el avión se dirige hacia el Nordeste se presenta el mismo panorama desolador; ciertamente se transforma de un modo agradable al acercarse a Lahore, metrópoli del Pundiyab, es decir, de la región de los cinco ríos, cuyas aguas son indispensables al Pakistán para alimentar a su densa población. Como los cinco ríos tienen sus fuentes en la India y la frontera es artificial, el Pakistán depende en gran parte de la buena voluntad de su vecino, que puede cortar el suministro de aguas. Puede hacerlo, a pesar del acuerdo en sentido contrario. El agua que distingue el fértil Pundiyab del estéril Sind es uno de los motivos de la tirantez entre Karachi y Nueva Delhi.

DOS CAPITALES

Ahora no nos referimos a las dos capitales hostiles, sino a Karachi, capital de todo el Pakistán, y Lahore, capital del Pakistán Occidental (del Oriental lo es Dacca). Karachi es una ciudad que crece de un modo demasiado rápido. Cuando nació allí el tercer Aga Khan, el más conocido, hace ochenta años, era una pequeña ciudad de pescadores, en la orilla del mar de Arabia. Cuando, hace dos lustros, surgió el Pakistán, Karachi tenía medio millón de vecinos, y ahora su número se acerca a dos millones. Podemos imaginarnos que en tales condiciones en Karachi habrá de todo: moderno y cochambroso, elegante y feo, opulencia y miseria. Hay barrios de refugiados donde se le encoge a uno el corazón, y otros, «residenciales», en que la existencia es placentera, a pesar del calor. Monumentos antiguos no buscaremos en Karachi, pero el Museo arqueológico nos compensa de la carencia. El Museo, aparte de la sección musulmana, contiene interesantes estatuas y lápidas que atestiguan la antigua unidad del Subcontinente. Están más relacionados con el budismo que con el Islam, como es natural.

No sólo comparado con Karachi, sino con muchas otras ciudades de las más reputadas, Lahore es una maravilla. Estamos seguros de que si no estuviese tan peligrosamente cerca de la frontera con la India, hoy sería la capital de los dos Pakistanes y no sólo del Occidental. Haría una metrópoli a la vez artística y encantadora por sus seis o siete jardines, a cual más bellos, desde la época de los Emperadores mogoles hasta la nuestra. Pero, aun prescindiendo de los monu-

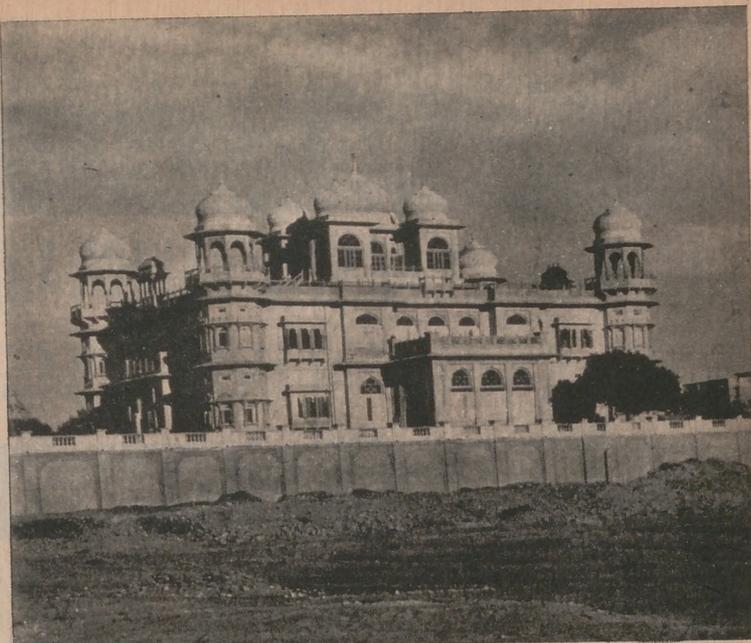
mentos, basta con pasearse por la ciudad, con su exuberante vegetación, para encontrarse uno a sus anchas después del majestuoso altiplano iraní y los arenales del Beluchistán y el Sind.

Se comprende, sin embargo, que pocos turistas irían a Lahore sólo para ver frondosos árboles y agradables jardines si no fuese por los monumentos históricos y artísticos hasta sumo grado. Lahore debe su fama y sus encantos a la gloriosa dinastía de los Emperadores mogoles, el primero de los cuales, Babur, «el Tigre», descendiente de Gengis Khan y de Tamerlán, derrotó en 1526 al Sultán árabe Ibrahim. El reinado del más célebre de sus sucesores, su nieto Akbar el Grande, coincidió con el de Felipe II y de los primeros años de su hijo (1556-1605). Los admirables monumentos de Lahore son contrarios, como estilo, a lo clásico, y también se diferencian de la arquitectura árabe. Se nota mucho la influencia hindú y la persa. De este modo surgía un arte, si no original, por lo menos interesante y bastante exótico para el viajero procedente del Oeste, un arte exótico o, si se prefiere, barroco digamos no mediterráneo. El que haya estado en Lahore puede decir, con poca exageración, que conoce algo de la India, incluso Delhi, Agra y Benares. Pero lo bello no se describe; se pueden dar detalles técnicos de los monumentos artísticos pero es necesario verlos para quedar emocionado ante su perfección o su hermosura algo desordenada, sin estilo determinado, que es el caso —afortunadamente— de los monumentos de Lahore.

LOS PROBLEMAS DEL PAIS

Se necesitaba valor y decisión para crear un Estado que jamás había existido como tal simplemente para que reuniera el mayor número posible de musulmanes y que éstos se sintieran en él como ciudadanos de primera categoría. Las dificultades parecían insuperables, pero al final se impuso la voluntad férrea del gran enfermo Mohamed Ali Jinnah, cuyo lema rezaba: «Fracaso es una palabra que yo no conozco». Hacía caso omiso de la negativa de los hindúes, los inconvenientes económicos, la frontera artificial, la separación geográfica de las dos partes del país, el problema de Cachemira... No pensaba sino en un ideal, en que la religión había de privar sobre cualquier otra consideración histórica, racial, lingüística. La idea de Jinnah triunfó por fin y en diez años el mundo se ha acostumbrado a la existencia de un nuevo Estado, cuyo nombre ignoraba antes.

Sin la comunidad religiosa, no sabemos qué hubiera sido del Pakistán en medio de tantas dificultades. No olvidemos que al crearse el flamante Estado carecía de todo, excepto de buena voluntad y tesón. Los ministerios se improvisaban de un modo extraño en Karachi, que jamás había sido capital de nada. Todavía hoy el Ministerio de Información está instalado en antiguos barracones del Ejército británico. Me dicen, y lo creo, que al principio no había siquiera máquinas de escribir. Pero el entusiasmo lo suplía todo



El palacio Mohatta, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores pakistani

Existía también la dificultad de encontrar un idioma nacional. El urdu es una lengua hindo-europea que deriva del sánscrito, como el el hindí. Pero no todos los pakistaníes hablan urdu; el idioma del Este es el bengalí, como en Calcuta. Y en el mismo Pakistán oriental se habla pundyabi, sindi, baluchi. Llegará el día en que todos aceptarán y conocerán el urdu, pero pasarán todavía unos cuantos años. Mientras tanto, se emplea también el inglés, incluso entre los musulmanes. Sin embargo, las complicaciones lingüísticas del Pakistán son menores de las que experimenta la vecina India, donde los ciudadanos del Sur, con sus lenguas dravídicas (que nada tienen que ver con las indo-europeas), se oponen resueltamente a la imposición del hindí. Hace poco, el propio Nehru fué acogido en Madras con «mueras» para su persona y el pretendido idioma oficial. Se cree que en la India habrá que emplear el inglés como «lingua franca» por lo menos durante quince años más. El país carece de un ideal religioso, de un aglutinante, como el Pakistán. La división entre razas, religiones, lenguas y castas subsiste, a pesar de la República democrática.

Confieso que no subí hasta Cachemira. Sólo hubiera podido ver la parte menos interesante, la occidental, pues la más importante y más bella del territorio en el título, el valle de Cachemira, con la capital, Srinagar («ciudad celeste»), sigue ocupada por las tropas de invasión indias. Ni siquiera Nueva Delhi niega que la mayoría de los habitantes de Cachemira es musulmana, pero añade que la religión no puede ni debe ser el único determinante de la nacionalidad. Pero aunque ello correspondiese a la realidad, siempre quedaría el hecho de que el Gobierno indio no cumple el decreto de las Naciones Unidas referente a la celebración de un plebiscito libre en Cachemira. Por lo visto, sabe que triunfaría la tesis

pakistani. Es cómodo para Nueva Delhi declarar que el plebiscito ha sido «eliminado mediante la decisión del Parlamento de Srinagar al proclamar la unión con la India. Es cierto que los gobernantes hindúes han encontrado un grupo de musulmanes dispuestos a colaborar con ellos, en contra de la voluntad de la inmensa mayoría de sus correligionarios. La actitud de la India es tenaz; el secretario general de la O. N. U. se muestra débil (excepto cuando se trata de algo favorable para la U. R. S. S.), de modo que no se ve cómo y cuándo podría encontrar solución el prolongado pleito de Cachemira.

Ya hemos mencionado las dificultades económicas. En la parte occidental, el Sind es desértico y el Pundjab depende de las aguas que le suministra la India.

El Este, por el contrario, es demasiado húmedo y está expuesto a inundaciones periódicas. Pero, a pesar de los inconvenientes, el país produce en gran cantidad algodón y yute, aunque necesita también ayuda exterior. En el terreno de la industrialización ha realizado progresos sorprendentes, desde su breve existencia como Estado independiente.

Es posible que en el futuro la ayuda norteamericana resulte menos necesaria, a consecuencia del aumento de las llamadas «exportaciones invisibles»; las bellezas naturales, realmente incomparables, en el Norte, así como los fantásticos monumentos de la brillante época de los Emperadores mogoles, justifican plenamente un activo turismo. Ni siquiera se puede hablar de dificultades de idioma, pues todos los pakistaníes de alguna categoría dominan el inglés como si fuese su propia lengua. En fin, el país creado por Mohamed Ali Jinnah, Liaquat Ali Khan y sus colaboradores se ha impuesto rápidamente a la atención del mundo entero y cuenta mucho en la política internacional.

Andrés REVESZ

EL LIBRO QUE ES MENEJER LEER

“EL JEFE DEL CONTRAESPIONAJE NAZI HABLA” (1933-1945)

Por **Walter SCHELLENBERG**

WALTER SCHELLENBERG

LE CHEF
du
contre-espionnage nazi
PARLE

1933 - 1945

JULLIARD

RESENTAMOS hoy a nuestros lectores el resumen de un libro auténticamente apasionante. Su autor, Walter Schellenberg, que fué jefe del servicio de contraespionaje del partido nacionalsocialista, nos relata en un grueso volumen una interminable serie de misteriosos y complicados sucesos en los que participó de una manera activa y primordial. Schellenberg era algo más que un vulgar espía; hombre cultivado, de formación universitaria, conoció la historia contemporánea de su país desde los bastidores en que se tramaban sus auténticos motivos. Su capacidad indiscutible la demostró, por otra parte, en los últimos momentos de la guerra, cuando fué encargado por Himmler para que negociase a través del Gobierno sueco una petición de suspensión de hostilidades. En nuestro resumen, sacado de la versión francesa de la obra, hemos entresacado algunos de los muchos episodios de los que se narra, tratando de dar así una idea de un libro que, a pesar del considerable número de páginas, se lee siempre con el interés de una buena novela policiaca.

SCHELLENBERG (Walter): «Le Chef du contre-espionnage nazi parle. 1933-1945». René Julliard. Paris, 1957.

INTENTO describir en este libro el desarrollo, organización y métodos de los trabajos habituales del servicio secreto alemán de información bajo el régimen nacionalsocialista. Durante toda la duración de éste, permanecí en estrechas relaciones con esta entidad. Se puede decir que desde mi primera juventud, influencias diversas se conjugaron para lanzarme hacia este campo de actividad especial al servicio de mi país y de mis conciudadanos.

LA PREPARACION DE UN AGENTE ESPECIALIZADO

Nací en 1910, a tiempo suficiente para conocer los horrores de la primera guerra mundial. Habítábamos en Sarrebruck y apenas si tenía siete años experimenté mi primer bombardeo aéreo, cuando los franceses bombardearon la ciudad. Aquel invierno riguroso, el hambre, el frío y la miseria, permanecen grabados indeleblemente en mi memoria.

Después de la derrota de 1918, los franceses ocuparon el Sarre y nuestro negocio familiar—mi padre era fabricante de pianos—sufrió los reflejos de la crisis económica provocada en la región por las circunstancias. En 1923 todo iba tan mal que mi padre decidió emigrar a Luxemburgo, donde disponía de una sucursal de su negocio. Así entré yo desde muy joven en contacto con el mundo exterior y empecé a conocer a Europa occidental y particularmente a Francia y los franceses.

Era el más joven de una familia de siete hijos y la influencia de mi madre, que nos dió a todos una educación cristiana, fué al principio la predomi-

nante en mí. Mi padre estaba demasiado absorto en sus asuntos y no fué hasta mucho más tarde cuando su filosofía y sus concepciones, infinitamente más liberales, modificaron un poco mi manera de pensar.

Durante el verano de 1923 entré en la Universidad de Bonn. Durante los dos primeros años estudié Medicina, pero después pasé a estudiar Derecho, ya que tanto mi padre como yo estábamos de acuerdo en que estos estudios me facilitarían bases sólidas para mi carrera comercial.

En la Universidad apenas si presté atención a las cuestiones políticas del día, aunque por ello no ignorase evidentemente la gravedad de la crisis social—había entonces seis millones de parados en Alemania—, sin que ningún signo señalase la proximidad de una ayuda exterior para los elementos democráticos de la República de Weimar. Después de la ascensión de los nazis al Poder, casi todo el mundo llegó a la conclusión de que el dinamismo del nuevo régimen conseguiría una solución de los problemas internos, así como el de la situación de Alemania frente a otras naciones. No obstante, fueron mis propias dificultades financieras las que me decidieron a adherirme al partido, aunque no pueda decir que esta decisión la llevase a cabo contrariado. Era evidente que un programa vigoroso se hacía necesario para hacer frente a las peores injusticias sociales de la República de Weimar, para lograr que Alemania obtuviese un estatuto de igualdad entre las naciones y para que fuese revisado el Tratado de Versalles. Millares de alemanes de las más diversas tendencias se apresuraron a adherirse al movimiento nacionalsocialista, aunque por razones muy distintas.

No puedo negar que a la edad de veintitrés años el prestigio social y también el atractivo de un bonito uniforme contribuyeron a mi elección. No obstante, la monotonía de la instrucción militar, que constituía la principal actividad de las S. S., no me seducía. Por fin logré encontrar una forma de actividad más conforme a mis gustos. Fui encargado de un curso de enseñanzas y conferencias sobre temas históricos, relativos a las leyes germánicas, en el que se atacaba al mismo tiempo a la Iglesia católica. Y fué precisamente mi primera conferencia, a la que yo di un matiz marcadamente antirromano, la que atrajo sobre mí la atención del jefe del S. D. (Servicio de Seguridad), Reinhardt Heydrich.

Muy pronto comencé mi trabajo secreto para el S. D. Las informaciones que yo debía recoger se relacionaban con cuestiones académicas y con la situación política de las Universidades. Al cabo de algún tiempo el pedagogo que me había reclutado para el S. D. se puso de nuevo en contacto conmigo y me sugirió que me dirigiese a Francfort para continuar allí, en el cuartel general, la preparación de mis exámenes de Derecho... Y fué poco después de comenzar este trabajo cuando tuve mi primera entrevista con Heydrich.

EL CASO SORGE

Un caso de espionaje sobre el cual fué atraída mi atención en 1940 fué el de Richard Sorge. Herr von Rittge, jefe de la D. N. B., órgano oficial del

servicio de Prensa alemán. lo tenía bajo su dependencia. En esta época, Sorge trabajaba indirectamente para la D. N. B. y al mismo tiempo para Frankfurter Zeitung. Entonces el partido nazi y, sobre todo, las organizaciones del partido en el extranjero, creaban toda clase de dificultades a Sorge en razón de su pasado político. Von Ritgen me pidió que echase una ojeada sobre su expediente en la tercera Oficina y en la cuarta (Gestapo), con el fin de ver la manera de resolver sus dificultades, pues él no podía pasarse sin los informes que le proporcionaba. Sorge conocía perfectamente las cuestiones de Extremo Oriente y sus juicios, según Von Ritgen, eran siempre pertinentes.

Examiné el expediente y comprobé que no le era nada favorable. Si no había una prueba absoluta de su pertenencia al partido comunista alemán, había por lo menos que admitir que había sido simpático. Había estado en relaciones íntimas con toda una serie de gentes conocidas por nosotros como agentes de la Komintern, pero por estar relacionado con personas muy influyentes, se había visto siempre protegido contra toda clase de rumores. En el período comprendido entre 1923 y 1928 había estado en relaciones directas con nacionalistas y grupos de extrema derecha, al mismo tiempo que con los nacionalsocialistas. Todo esto hacía su expediente muy confuso.

Durante cierto tiempo, las informaciones facilitadas fueron de lo más interesante para nosotros. Sorge nos predijo que el Pacto tripartito sería—militarmente hablando—de poco valor real para nosotros. Poco después del comienzo de nuestra campaña contra Rusia nos previno de que bajo ningún caso, el Japón denunciaría su pacto de no agresión con Rusia. Este pacto, desde luego, nos había cogido completamente desprevenidos. Sorge nos avisó igualmente que las fuerzas terrestres japonesas tenían suficiente carburante para los seis próximos meses y que la Flota y la Aviación disponían de un aprovisionamiento todavía mayor. Sorge concluía que su esfuerzo se remataría dentro de poco tiempo en operaciones terrestres en el continente asiático y en operaciones navales en el Pacífico.

Los japoneses detuvieron a Sorge durante el verano de 1942. No había duda de que había espiado por cuenta de los rusos de un modo inaudito. Particularmente, les había revelado la fecha exacta de la invasión alemana (advertencia transmitida abiertamente) y el hecho de que Japón no intentaba seriamente entrar en guerra con Rusia. Estas informaciones permitieron retirar a los rusos sus divisiones de Siberia en el momento crucial, con el fin de poner un dique al avance alemán.

Richard Sorge, con su trabajo de espionaje, causó daños considerables a los japoneses. Así en 1940, por ejemplo, había enviado a Moscú directamente treinta mil palabras de mensajes cifrados. Su operador, Max Klausen, había sido especialmente entrenado en Moscú, para este género de trabajo. El servicio de radio del contraespionaje japonés había estado largo tiempo sobre la pista de la estación clandestina de Sorge, sin llegar jamás a descifrar el código, ni a localizar el puesto emisor, lo que es una prueba más de la excelente formación dada a Klausen por los rusos. Emitía, en general, desde un pequeño velero que cambiaba constantemente de posición.

Es interesante destacar que nunca, ni durante su confesión, ni en su largo período de encarcelamiento, Sorge reconoció haber trabajado igualmente para Berlín. Esta omisión no puede explicarse más que por los estrechos lazos que le unían con Von Ritgen, relación que un hombre de su calibre no deseaba hacer conocer a Moscú. Yo llegué a esta conclusión después de haber estudiado largamente los informes que nos enviaba, ya que ni en una sola ocasión trató de equivocar a los servicios secretos alemanes.

COMO FUE HUNDIDO EL «ROYAL OAK»

La importancia que puede tener un trabajo preparatorio de distante objetivo, inteligentemente concebido y cuán fructuoso puede ser a la larga, se desprende claramente del brillante resultado obtenido por la operación del capitán Prien, jefe de un submarino alemán, contra la base naval británica de Scapa Flow en octubre de 1940. El éxito de esta operación fué posible gracias a un cuidadoso trabajo preparatorio de quince años. Alfred Wehring había sido capitán en la Flota imperial alemana y había formado parte más tarde de la sección militar de los servicios secretos. Después de la prime-

ra guerra mundial, fué viajante de comercio de una gran fábrica de relojes alemanes. Trabajaba siempre a las órdenes de los servicios secretos y aprendió concienzudamente su oficio de representante relojero. En 1927, bajo el nombre de Alfred Vertel y con un pasaporte suizo, se estableció en Inglaterra. En 1932 se naturalizó súbdito británico y poco después abrió una pequeña tienda de orfebrería en Kirwall, en las Orcadas, cerca de Scapa Flow, desde donde nos enviaba de vez en cuando informes sobre los movimientos de la Flota. Fué a principios de 1939, cuando nos transmitió importantes datos sobre lo siguiente: la zona oriental de Scapa Flow no estaba cerrada por redes antisubmarinas, sino solamente por pontones relativamente espaciados. Al tener conocimiento de esta información, el almirante Doenitz dió al capitán Prien la orden de atacar a los navíos de guerra británicos anclados en Scapa Flow.

Prien se dirigió inmediatamente a las Orcadas y durante la noche del 14 de octubre se abrió con precaución paso a través de los obstáculos y penetró en la rada interior. Entre otros navíos anclados allí se encontraba el «Royal Oak». Prien lanzó sus torpedos, y estaba ya de regreso; dirigiéndose hacia el mar libre, cuando los ingleses no sabían todavía lo que ocurría.

Fueron necesarios menos de quince minutos para hundir a este crucero; pero quince años de un trabajo paciente y arduo realizado por Alfred Wehring habían constituido la base necesaria para que esta misión se coronara con el éxito.

EL CASO DEL CORONEL POLACO Y LA SECRETARIA ALEMANA

Precisamente poco antes de la segunda guerra mundial fué encargado de uno de los asuntos de espionaje más famosos de aquel tiempo. Se refería al coronel Sosnovski. El incidente que atrajo la atención del servicio de contraespionaje alemán se produjo una mañana brumosa. Después de la entrada en el Ministerio de la Guerra alemán, de la Bendlerstrasse, de la multitud habitual de oficiales y funcionarios. Se trataba de una historia insignificante: una muchacha que regentaba el secretariado de un alto jefe del Estado Mayor, que llegó con retraso. Esto atrajo la atención del portero sobre ella, pues la que hasta hacía poco había sido puntual, modesta e iba pobremente vestida se había convertido en unos días en una mujer elegante e irregular, lo que dió que pensar al viejo empleado.

Algunos días más tarde, cuando efectuaba su ronda nocturna, observó una luz en una de las oficinas y penetró en ella, viendo en la misma a Fraulein N... sentada ante su máquina de escribir. La joven tuvo un sobresalto, pero se recuperó en seguida y se quejó del mucho trabajo que tenía. El portero se fijó en sus caros zapatos y en su abrigo de pieles colgado de una percha, observando luego que estaba abierta la caja fuerte, descubriendo una expresión de horror en los ojos de la secretaria.

Al día siguiente por la mañana el portero dió cuenta al coronel de lo que había visto. El militar pareció al principio irritado, y más todavía cuando se acordó que su caja encerraba los últimos planos de la operación contra Checoslovaquia y contra Polonia, estadísticas sobre el estado actual e importancia de los diversos armamentos de la Wehrmacht, descripciones de los planes de armas nuevas, estadios de producción, etc.

Durante los días siguientes, el coronel observó atentamente a su secretaria. Tres veces consecutivas volvió tarde en la noche y comprobó la situación de los documentos de su caja... Todo estaba allí en un orden perfecto; pero al cuarto día las diez últimas páginas de un importante estudio relativo a las operaciones militares faltaban. Había dictado este plan a Fraulein N... y ella tenía que hacerle algunas correcciones de máquina. De todos modos esto no le daba derecho a sacar los documentos fuera de la caja. Aunque al día siguiente encontró las diez páginas, el coronel no se daba cuenta de la importancia de su descubrimiento. No obstante, consideró su deber dar la señal de alarma, y la secretaria fué sometida a una severa vigilancia.

Al fin de la semana, catorce amigos de la joven estaban en constante observación. Sin que se diesen cuenta, toda una red se tejía a su alrededor... Muy pronto tuvimos pruebas para actuar contra todos los sospechosos de nacionalidad alemana, y nos hubiera sido muy fácil detenerlos. Pero era el coronel polaco Sosnovski quien nos interesaba particularmente y para justificar la detención de un

oficial extranjero se necesitaban pruebas fehacientes.

Nuestras investigaciones revelaron, entre otras, que Sosnovski estaba en contacto con los servicios secretos franceses. Uno de nuestros agentes se aproximó a Sosnovski, haciéndose pasar por un agente del Deuxieme Bureau, y el coronel mordió el anzuelo, declarándose dispuesto a venderle documentos secretos alemanes. Al día siguiente, a cambio de una suma importante, entregó los documentos en cuestión a nuestro agente en la sala de espera de una estación de Berlín. Pocos segundos después, Sosnovski y nuestro hombre fueron detenidos simultáneamente: el arresto de nuestro agente era necesario para salvar las apariencias y permitir servirnos de la «confesión» del provocador y así romper toda la resistencia del sospechoso.

Diez minutos después, los otros miembros de la banda eran igualmente detenidos en diversos lugares de Berlín. Toda una serie de interrogatorios y comprobaciones comenzaron inmediatamente, prosiguiéndose sin interrupción durante varios días y varias noches. Finalmente, la luz se hizo sobre el asunto.

Sosnovski, que era un hombre de buena presencia y muy agradable, logró introducirse en los medios diplomáticos y en los círculos más serios de la alta sociedad alemana. Ejercía una gran atracción sobre las mujeres. Finalmente, acabó por encontrar su instrumento apetecido en la persona de Fraulein N..., que trabajaba en el Alto Mando, con la que entabló relación, siendo por parte de ésta completamente sincera. Poco después conoció a otra amiga suya, Fraulein N..., a la que ya conocemos. Sosnovski jugó con las dos la carta del amor y escogió un día para revelarles a ambas que era agente secreto polaco, asegurándoles que sus superiores de Varsovia estaban muy descontentos con él, por la insuficiencia de sus informes. Ni la una ni la otra podían soportar la idea de perder a su amante, y ante el temor que experimentaron de perderle, él les confió, a cada una de ellas separadamente, que si llegaba a cumplir bien su misión se casaría con ella y se irían a vivir al extranjero con el dinero obtenido. Las dos aceptaron y Varsovia comenzó a recibir innumerables e inapreciables documentos, hasta el punto de que ante aquella facilidad llegaron a creer que se trataba de informaciones falsas que engañosamente facilitaban los servicios secretos alemanes. Entonces Sosnovski trabajó para los franceses y también para los ingleses, y sólo después de su detención fué cuando Varsovia se dió cuenta de su error.

En el proceso que siguió, las dos secretarías fueron condenadas a muerte y ejecutadas, muriendo sin que se alterase su fe en Sosnovski. Otra dama que había mantenido relaciones con el coronel polaco reaccionó de manera muy distinta. Era propietaria de una tienda de modas de Berlín, y cuando conoció, con gran sorpresa suya, la condena de sus dos amigas y la suerte que le estaba reservada, su inclinación hacia Sosnovski se mudó en odio feroz y se prometió tomar la más implacable represalia en los servicios secretos polacos. Siguiendo nuestras instrucciones, continuó trabajando para los polacos, que, después de vigilarla estrechamente, la tomaron de nuevo a su servicio. Se hizo una de nuestras más activas colaboradoras y consiguió entregarnos a diez agentes polacos. Sosnovski fué cambiado por diez de los agentes que los polacos habían recibido.

Como consecuencia de este asunto, el gran Estado Mayor alemán fué obligado a cambiar todos sus planes y nos fué necesario mucho tiempo para reparar las consecuencias de este fracaso.

DE JEFE DE LA GESTAPO A AGENTE RUSO

Una de las primeras personas que conocí en los servicios secretos alemanes fué al Oberführer Müller, que era el jefe virtual de la Gestapo. Müller era un hombre lacónico, rechoncho y pequeño, con el cráneo cuadrado de un campesino y la frente saliente; tenía los labios finos, los ojos pardos, penetrantes y velados por pesados párpados que tembla-

ban nerviosamente. Sus manos, de dedos cuadrados, eran largas y macizas.

Este hombre, que había comenzado su carrera como simple detective, debería representar en mi vida un papel preponderante. Aunque se había abierto camino hasta la cima, nunca olvidaba sus orígenes. Un día, con rudo acento bávaro, me dijo: «Se debería encerrar a todos los intelectuales en una mina de carbón y hacerla explotar.» Toda clase de conversación real era casi imposible con él. Una conversación consistía en parte casi únicamente en preguntas secas y degeneraba en interrogatorio. No trataba de crear una atmósfera de franqueza ni de dar, gracias a su fuerte acento bávaro, una impresión de cordialidad.

Años después, Müller marcó una clara inclinación hacia Rusia. Comencé a poner en duda seriamente la sinceridad de su trabajo contra la Unión Soviética después de una larga conversación que tuvimos los dos juntos en la primavera de 1943, después de una conferencia de delegados de la Policía residentes en el extranjero. Müller, con el que yo tenía una enemistad cada vez mayor, se mostró aquella tarde particularmente correcto y cortés. Creí que estaba borracho cuando me manifestó sus deseos de tener una entrevista conmigo.

Comenzó por hablarme de la «Capilla Roja» (la lucha contra el espionaje soviético). Se había ocupado de ciertos casos de traición, de sus motivos y del medio intelectual de que habían salido. Luego empezó a hablarme de Rusia, de su influencia en todos los medios y del papel que le reservaba el futuro. Yo estaba sentado frente a Müller perdido en mis pensamientos. Así, pues, aquél era el hombre que había llevado, bajo todas las formas, la lucha más implacable, más brutal, contra el comunismo, el hombre que en sus investigaciones contra la «Capilla Roja» no había dejado ni una pulgada sin escudriñar con la esperanza de descubrir las más pequeñas ramificaciones de una conspiración. ¡Qué «cambio de chaqueta»! Y, además, no dejaba de hablar nunca.

Me sentía estupefacto. Luego elogió a Bormann por sus simpatías prorrusas. Yo, que había oído siempre a Müller tratar a Bormann de criminal... ¡Qué cambio más brusco de actitud! Me sentía cada vez más nervioso. ¿A dónde iba a parar este hombre? ¿Era un lazo? Bebía vaso tras vaso y en su jerga bávara continuaba atacando al Occidente decadente y a todos nuestros dirigentes: Goering, Goebbels, Ribbentrop y Ley, cuyos oídos debían de silbar. Como Müller era un auténtico fichero viviente, al corriente de los detalles más íntimos, esto le hacía más divertido. ¿Qué es lo que quería, éste, lleno de amargura y odio, convertido repentinamente en charlatán? ¡Jamás se había mostrado nunca así Müller!

Sali de esta singular entrevista sin saber lo que Müller quería exactamente..., pero lo comprendí algunos meses después.

Aquella conversación se había realizado en el momento en que Müller llevaba a cabo su voltereta intelectual. No creía ya en la victoria de los alemanes y estimaba que una paz con Rusia era la mejor solución. Lo que, desde luego, estaba de acuerdo con sus métodos. Por lo que se podía juzgar según sus actos, sus concepciones de las relaciones del Estado con el individuo no habían sido nunca alemanas, ni nacionalsocialistas, sino simplemente comunistas. ¿Cuántos adeptos había hecho y lanzado al campo del Este?

Müller se dió perfecta cuenta de que no me había impresionado y que la tregua concertada por aquella tarde había terminado. Su enemistad me costó muchos cuidados y derroches de energía; era una especie de duelo en la oscuridad, en la que él tenía la ventaja, sobre todo después que a fines de 1943 descubrí que estaba en relaciones con los servicios secretos rusos. Entonces, además de su antagonismo personal, me fué necesario contar con el odio activo de un fanático.

En 1945 se unió a los comunistas y en 1950 un oficial alemán que había estado prisionero de guerra en Rusia me dió haber visto a Müller en Moscú en 1948 y que había muerto poco después.

"EL ESPAÑOL"

En Argentina: QUEROMON EDITORES, S. R. L.
Oro, 2.455 — BUENOS AIRES

En Méjico: QUEROMON EDITORES, S. A.
Revillagiyedo, 25 — MEJICO, D. F.

EL LAUREL PARA TRES HOMBRES

AZORIN, PALACIOS Y CLARA, PREMIOS "MARCH 1957"

UN GALARDON A LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES

Los últimos Premios «March» son muy recientes y han sido otorgados este año a tres grandes figuras: al maestro Azorín, el de Letras; a Palacios, el de Ciencias y a un escultor, Clará, el de Artes. ¡Buen trío, excelente reunión de hombres importantes!

Hasta ahora estos apetecibles premios habían sido para figuras muy egregias de la vida española: Rey Pastor, Marañón, Pemán, Menéndez Pidal, Albar, Sotomayor, Anglada Camarasa, Juan Santamaría... En pocos años, con los nombres limpios de este último, hay ya para apuntar muchas buenas cabezas, muchos nombres con sus apellidos enteros.

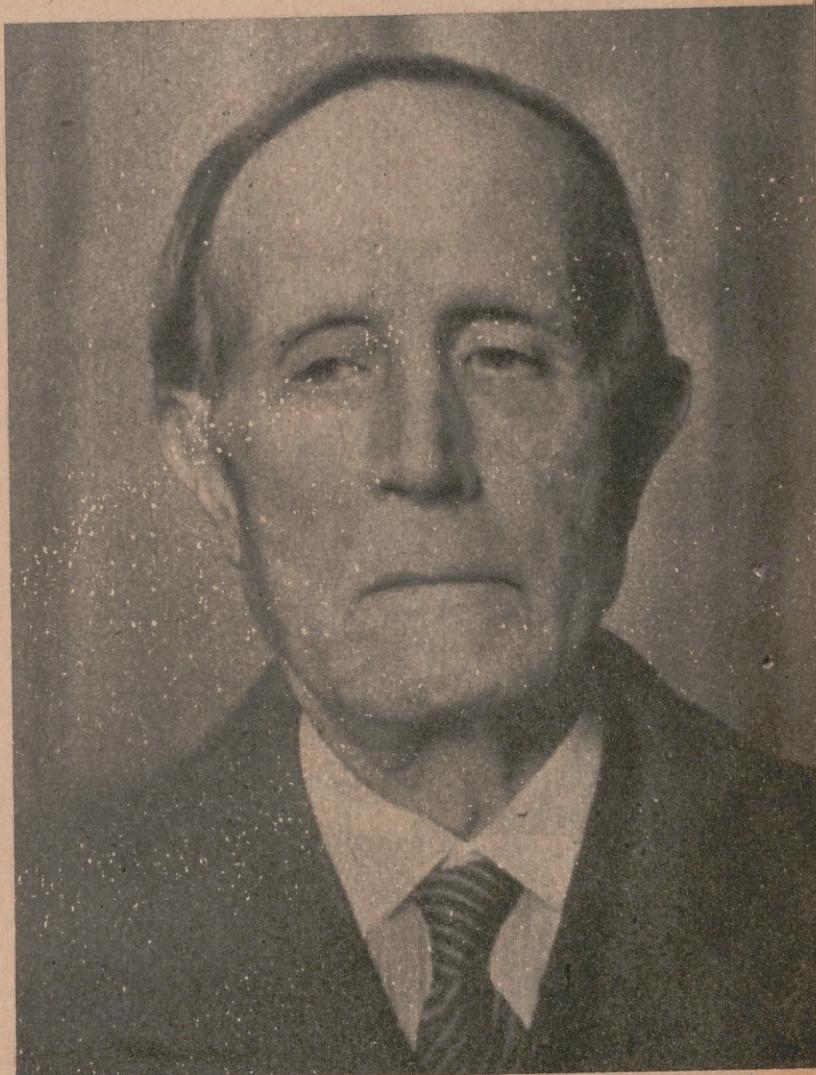
Los grandes Premios «March» fueron creados para ser atribuidos a los españoles que, a través de una vida ejemplar de trabajo y viviendo en la fecha en que se hace la convocatoria cada año, hayan destacado mucho, a juicio del Jurado, en las tres ramas tradicionales de la Ciencia, las Letras y las Artes. Vidas ejemplares, vidas de trabajo son a fe las de los tres hombres nuestros, hombres españoles, Azorín, Palacios y Clará, sobre las que el Jurado concentró sus miradas y sus buenos criterios.

**«¿DE QUE ESTABAMOS
HABLANDO?» DIJO AZO-
RIN INMEDIATAMENTE
DESPUES DE SABER QUE
LE HABIAN REGALADO
MEDIO MILLON DE
PESETAS**

Azorín estaba en su casa, en la calle de Zorrilla. Había recibido aquella tarde a Marino Gómez Santos, que debía escribir la sexta entrega de la «pequeña biografía» de este gran personaje para el periódico «Pueblo» del día siguiente. Acompañaba a Gómez-Santos otro joven periodista, Manuel Piedrahita, de Córdoba, creo. También estaba allí, según él mismo me dice, Santiago Rispérez, que va a casa del maestro un día a la semana y está dispuesto a escribir y publicar una gran biografía del maestro. Allí estaban escuchando a Azorín, que hablaba del cine aquella tarde, y probablemente lo último que habían hecho fué guardar el enorme silencio que él imponía, uno de esos tremendos silencios que él se impone tan a menudo.

Y luego ocurrió lo siguiente: Llamen a la puerta del gabinete.

—¡Adelante, adelante!—contes-



Azorín, Premio de las Letras

ta el escritor volviendo la cabeza hacia la puerta.

Entra la doncella.

—Señor, le llaman por teléfono; dicen que es urgente.

Se levanta Azorín y comienza a caminar con sus pasitos cortos de jilguero. Levanta los cortinones de la alcoba; al fondo hay una puerta que da a un largo pasillo. Al final está el teléfono; se sigue oyendo el rumor de sus pasos un largo tiempo.

Piedrahita contempla los libros de Azorín, hacinados a la derecha de la chimenea.

Vuelve el escritor y se sienta nuevamente a la mesa.

—Bien, ¿de qué hablábamos?

Eso es lo que dicen que dijo y que ocurrió, y yo me lo creo. Y no me cuesta ningún trabajo creérmelo, a pesar de que, como casi todo el mundo lo sabe ya en España, que cuando volvió Azorín de la llamada urgente telefónica y se sentó y dijo: «¿De qué hablábamos?», y en paz, y nada más, acababa de enterarse de que le habían dado por las buenas 500.000 pesetas.

Azorín está leyendo estos días, no sé por qué número de veces ya, un librito que algunos no co-

nocen y que se llama «Menosprecio de corte y alabanza de aldea».
—... libro muy importante... — dice.

Se va a la primera mitad del siglo XVI, en que se publicó, tiempo en que la Corte de España era errante y andaba por ahí adelante...

Se le puede preguntar a Azorín que qué le parece el Premio «March». Preguntar si que se le puede preguntar. Y él incluso puede oírlo. Pero no va a hacer caso y va a parecer que aquello no es con él y que él tiene otras cosas que decir.

También se puede mirar discretamente lo que hay por allí, en su casa, y hay mucho, y puede fijarse uno en cualquier libro.

—Fíjese usted, por ejemplo, en la palabra «zafarín». ¿Qué dice el diccionario de la Academia?

—Dice: «zafarín»: granos de la granada; algo así.

—Bueno, pues vea ese diccionario del año 1840. A ver qué dice en «zafarín».

—Dice: «Zafarín»: granos cuadrados de la granada.»

—Eso, eso, cuadrados.

Azorín, minucioso, bueno, callado y tenaz, maestro.

—¿Qué es lo más importante del escritor, del escritor que comienza?

—La vocación—responde—. La vocación, que es lo más misterioso que hay. Fray Luis de León identifica a la vocación con el fervor.

Se calla, y así está, impenetrable, a fable como un amigo, tierno como un niño, meditando tal vez.

—¿Qué será el fervor? El fervor es la prontitud.

Monóvar, 1873, Levante. A los veintidós años ingresa en la Redacción de «El País», en Madrid. Pero no ha dejado sus cosas de Monóvar. Hoy, por ejemplo, cuando uno puede ir a verle.

—Estoy triste. No me ha sentado bien. Acabo de enterarme de que se ha muerto la madre del médico que yo tuve cuando niño... Tenía casi cien años.

Azorín es, aun hoy, un escritor que piensa mucho los temas, pero que, una vez pensados, escribe con gran rapidez. Parece mentira, pero dice que aun ahora tiene miedo a escribir, porque escribir es muy difícil y hay que tener miedo, miedo a escribir mal. Parece broma. Este es el hombre que escribió «La voluntad», «Antonio Azorín», «Las confesiones de un pequeño filósofo», «Españoles en París», «Clásicos y modernos», «El escritor», «Don Juan», «El paisaje de España visto por los españoles», «Pueblo», «Madrid», «El político»... y otros libros gigantescos que no hay necesidad de recordar, hasta un número de ciento cuatro. Azorín escribe en «El Progreso», en «El Globo», en el «Diario de España», en «A B C», «El Sol», «El Imparcial»... En 1924, ya cumplidos los cincuenta años, ingresa en la Real Academia Española.

Hace poco se le había adjudicado a Azorín un premio de medio millón de pesetas, premio instituido por un grupo de altas personalidades de nuestras finanzas como homenaje de la sociedad española a la actividad intelectual en sus formas más eminentes.

—Me han preguntado muchas veces—dice—, muchas, por eso del dinero. Creo que viene como añadidura. En él no está el secreto de tantas buenas cosas como mucha pobre gente cree.

Azorín escribió con pluma estilográfica cuando «se llevaba» la pluma estilográfica. Escribió a lápiz cuando no había más que lápiz y se ponían los limpios sustantivos en un papel cualquiera, a cualquier hora del día o de la noche, al doblar un recodo del camino y sobre las rodillas. Ahora, desde hace algún tiempo, escribe a máquina.

Santiago Riópérez le pide un autógrafo, y él se disculpa diciendo que no tiene nada que haya escrito últimamente. Insiste el mozo y Azorín toma una pluma y escribe: «Siempre con España, Azorín.»

DON JULIO PALACIOS, DESDE LISBOA: «EL PREMIO ME HA PRODUCIDO UNA GRAN ALEGRIA. ESTOY DEDICADO POR ENTERO A LA TEORIA DE LA RELATIVIDAD»

Don Julio Palacios, físico, ha obtenido el Premio «March» de Ciencias. Está en Lisboa, porque en aquella Universidad presta sus servicios desde hace diez años, dirigiendo un laboratorio de física nuclear y el departamento de Física del Instituto portugués del Cáncer. También es en Madrid catedrático de Termodinámica en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, y explica sus lecciones. Entre nosotros, suele dar cursos monográficos acerca de diversas materias de actualidad científica, y pertenece al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y a las Reales Academias de Ciencias, Medicina y Española de la Lengua.

Cuando Palacios nació, en 1891, tenía Azorín dieciocho años. E. zaragozano, de Carifena. Su padre era médico. La familia se marchó a Deza, Soria, y allí pasó su juventud Julio Palacios.

—Me crié entre pastores. Aprendí las primeras letras con un buen maestro que allí había.

Estudió el bachillerato en Huesca. En Barcelona fué donde cursó Ciencias Exactas y Físicas.

—Me hubiera gustado ser ingeniero agrónomo o ingeniero de Montes. Pero aunque posiblemente mi vocación quedó truncada, estoy contento con mi profesión y creo haber llegado mucho más allá de lo que merezco.

Ya en su doctorado se revelaron las dotes especialísimas del que iba a ser eminente científico. Después de un intento, que falló, de ingresar en el Cuerpo de Ingenieros Geógrafos, Julio Palacios obtiene una plaza de profesor auxiliar de la Universidad Central. Pasa poco tiempo. El joven profesor investiga sin cesar. Muy pronto gana las oposiciones a la cátedra de Termodinámica.

Viajó. Estudió. Trabajó. Durante los años de la guerra europea Julio Palacios prestó sus servicios en la Universidad de Leiden. Permanece dos años en Holanda y vuelve a España. Aquí se reintegra a su cátedra y al laboratorio. Consiguió resultados muy interesantes en sus estudios acerca de la tensión capilar. A él se deben las tablas de corrección para manómetros y barómetros de mercurio que hoy se emplean en los laboratorios más acreditados del mundo. Entonces fué cuando estudió también el flujo de los gases en tubos capilares.

Cuando Wien andaba haciendo sus experimentos para determinar la duración de la luminosidad de los átomos en los rayos canales, Palacios formuló su teoría al respecto, una teoría perfectamente adaptada a las concepciones físicas de aquellos días.

Palacios fué director del Instituto Nacional de Física y Química (Fund. Rockefeller), y también presidente de la Real Sociedad de Física y Química.

Don Julio Palacios tiene ahora sesenta y seis años. Inteligencia

¿Le gustaría saber Disecar?



USTED PUEDE APRENDER EN SUS RATOS LIBRES

EL INSTITUTO JUNGLA le enseñará por correspondencia a disecar aves, mamíferos, reptiles, peces y toda clase de animales. Podrá usted conservar sus trofeos, adornar su casa y ganar dinero disecando para otros. Pida folleto informativo utilizando el siguiente cupón:

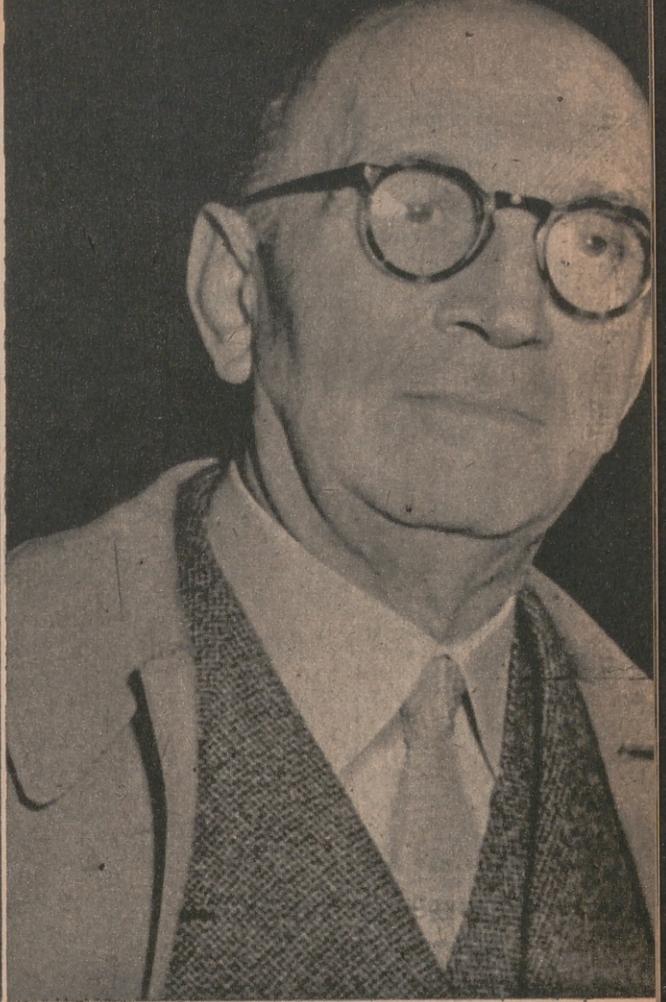
INSTITUTO JUNGLA. Sección MN
Apartado 9183 - MADRID
Deseo me envíen gratis su folleto informativo

Nombre
Calle
Población

Autorización Ministerio Educación núm. 27



Julio Palacios, Premio de las Ciencias



José Clará, Premio de las Artes

clara, laboriosidad constante, honradez profesional. Está en Lisboa. El hilo telefónico nos pone en contacto con él. No es difícil localizarle, porque el profesor es hombre metódico y de orden.

—Este Premio me ha producido una gran impresión de alegría, porque me convence, una vez más, de que tengo muchos amigos en Madrid, como ya he dicho.

Ágil, perspicaz, bueno con los alumnos y atento con la gente. Es uno de los catedráticos que no se olvidan una vez terminados los estudios en la Facultad. Ahora explica en Lisboa un curso de relatividad. Hace poco que ha intervenido en la reunión portuguesa sobre energía atómica.

—Esta reunión estaba destinada exclusivamente a técnicos portugueses, y han hecho una excepción conmigo, lo que me satisface por lo que significa de reconocimiento hacia la labor cultural española.

Su vida entera ha estado repartida entre la cátedra, el laboratorio y la alta investigación. Su especialidad en los problemas de la radiactividad y de la electrológica le han llevado, hace poco, a consagrarse con gran intensidad al estudio de la materia mediante los rayos X y los electrones. Publicó no hace mucho una nueva teoría de la relatividad, en la que prescinde de ciertos postulados de Einstein respecto al concepto del tiempo. Esta novísima teoría de la relatividad está siendo publicada en folletos por la Real So-

ciedad Española de Física y Química.

—Llevo toda la vida dedicado a la investigación—dice.

Le preguntamos acerca de sus predilecciones.

—Verá usted, he recorrido todos los campos a lo largo de mi vida, y queda testimonio de ello en los libros publicados sobre los más diversos temas de varias ramas de la Ciencia. Por otra parte, mis aficiones han variado según las circunstancias. De ahí que mis predilecciones sean difíciles de apreciar.

—¿A qué se halla dedicado ahora?

—Estoy dedicado por entero a la teoría de la relatividad. El año pasado estudié a fondo el análisis dimensional, en el que no había concordancia, por existir opiniones dispares.

En cuanto al acontecimiento concreto del Premio «March», don Julio Palacios Martínez dijo:

—Deseo trabajar hasta el fin con el mismo entusiasmo que he tenido siempre. El Premio me sirve de estímulo y de alegría, pero no de rúbrica a mi trabajo.

VIDA EUROPEA, AMERICANA Y ESPAÑOLA DEL ESCULTOR DON JOSE CLARA

El escultor tiene ancha frente y mirada profunda. Gesto resuelto y acaso terminante.

Conocido el Premio de las Artes, conocido el nombre de don

José Clará y Ayats como el del galardonado, hemos intentado hablar con él.

Vive en Barcelona. Su teléfono de la casa de la calle del Doctor Carulla no contesta. No hay nadie en su casa. En el momento en que todos quieren dar con él, cuando sus amigos quieren abrazarle y todos queremos felicitarle, él no está. Llega a aquella casa un repartidor de telegramas. Un telegrama. La noticia, seguramente. Pero él no lo lee, él no se entera. ¿O se habrá enterado ya, está donde esté? Seguramente sí.

Muchos dedos marcan el número del teléfono del académico don José Francés, porque se sabe que es muy amigo del escultor. Pero la actualidad tiene un límite, y ese límite se llamaba tal noche como aquella el sueño del académico.

Don José Clará estaba a todo esto en Olot, ciudad de la provincia de Gerona donde nació. Estaba en su casa y a sus cosas, y se había enterado bastante tiempo después de que tenía a su disposición medio millón de pesetas y, lo que seguramente es más importante, el renovado reconocimiento oficial, y también público, del valor de su arte.

El famoso escultor español cuenta ahora cerca de los ochenta años. Nació en 1878, cinco años después de Azorín y trece antes que Julio Palacios. Podríamos decir que en realidad los tres pertenecen a una misma generación histórica. Azorín, último de los

CLARIDAD, PRECISION Y OPORTUNIDAD

EL artículo del cardenal Ottaviani aparecido en «El Quotidiano» de Roma el día 21 de enero, que insertamos en este mismo número, tiene, a nuestro entender, tres virtudes esenciales: Claridad, precisión y oportunidad. A las tres es posible que se deba la auténtica sensación que las palabras del cardenal han despertado en las organizaciones políticas italianas. Unos, arrimando el ascua a su sardina, han querido ver una acusación concreta a personas o hechos, y, naturalmente, han vociferado con grito farisaico y hasta se han atrevido a arrojar la primera piedra; otros se han escudado tras el yelmo de una desmesurada ingenuidad.

«Ciertos hombres que han recibido de los católicos el mandato de tutelar en la vida pública los principios cristianos afirmados en sus organizaciones, a menudo acababan demostrando en la práctica que en sus corazones dan preferencia a sus ambiciones, carreras políticas o dignidades en el siglo, con preferencia al progreso hacia el mundo mejor, hacia el cual la Iglesia quiere conducir a la Humanidad.»

No tienen las palabras del cardenal Ottaviani una finalidad política, y menos una finalidad política concreta. Quienes han recibido de los católicos el mandato de tutelar, en la vida pública, los principios cristianos, se han hecho depositarios de ese mandato para servir a la Iglesia desde sus puestos públicos, no para servirse de la Iglesia y lograr encumbramientos, alimentar ambiciones o almacenar honores.

Servir a la Iglesia no es servirse de ella. Cuestión de preposiciones. Especular con la Iglesia como instrumento político vendría a

equivaler a un crimen de lesa dignidad. Por esto, la voz de alerta del cardenal Ottaviani es, por oportuna, utilísima para evitar confusionismos. «Servir a la Iglesia equivale para nosotros a vivir su vida, vivir para su vida en nosotros y en los hermanos.» Servir «a» es sencillamente entregarse, darse a aquello o a aquel a quien servimos. Y en la medida generosa de nuestra entrega estará exacto el fiel que sobrepese nuestra lealtad al servicio que hemos elegido, o nuestra respuesta al mandato que de otros recibimos. Lo contrario de lealtad se llama traición, y esta palabra también la nombra el cardenal.

Muchas veces, en nombre de una caridad mal entendida, de una ingenuidad de paloma, se suele tender la mano para que la muerda la serpiente. «Incluso hay católicos en sede de autoridad política que osan tomar el partido de quien no sólo ofende, sino que, además, asesina a la Iglesia.» Tomar el partido de quien se erige en enemigo de la Verdad es traicionar a la Verdad, cuando menos con una absurda condescendencia, como si la luz pudiera alguna vez hermanarse con las tinieblas; cuando menos con una cobarde postura.

Con otras palabras, pero en un sentido idéntico a las escritas ahora por el cardenal Ottaviani, escribía hace veintisiete años Pío XI en Carta al Episcopado argentino: «...No se han de dirigir y conducir las fuerzas católicas en bien de intereses privados de particulares, sino para la mejor utilidad de la Iglesia y de las almas...»

Servir a la Iglesia es entregarse, con generosidad y largueza a sus fines espirituales y eternos, posponiendo intereses y ahogando ambiciones.

del 98, seguramente nos lo permite.

José Clará ingresó a los trece años en una pintoresca academia artística que dirigía en su villa natal el paisajista Berga Boix. Académico de Bellas Artes de San Fernando no lo será Clará hasta el año 1925, o sea cuando contaba cuarenta y siete años de edad. Bien; entre uno y otro acontecimientos, entre estas edades y las dos académicas, Clará se fué a Toulouse, vivió en París, viajó por casi toda Europa. Conoce a Rodin y se declara discípulo suyo. En París —vive de hacer retratos al pastel— empieza a triunfar ya. Con «Extasis», que hoy está en el Museo de Gerona; con «Tormento», que está en el de Bellas Artes de Montjuich. Decora el casino de Montecarlo. Luego «Crepúsculo» le introduce en la Société Nationale de Beaux Arts, y ahora se muestra en el Museo de Santiago de Chile. La cosa va bien. Todo marcha bien. Clará estudia cuanto puede y trabaja.

En 1910 había celebrado la primera Exposición en París, que constituyó un éxito franco, y en 1908 había hecho «Enigma», algo así como el primero y bello ensayo de la famosa escultura «Diosa», que un año después le iba a consagrar de manera definitiva. La «Diosa» de Clará, conocida por casi todos los españoles, está en los jardines barceloneses de la plaza de Cataluña.

1911: obtiene en la Exposición Internacional de Barcelona el Gran Premio español y Cataluña le rinde un gran homenaje general. Maragall le dedica unas exaltadas estrofas. ¡Triunfa definitivamente el escultor catalán y español! Luego vendrán la Medalla de Honor en la Exposición Nacional de 1929, el Gran Premio del Salón d'Autoume de París. Exposiciones en Bruselas, Amsterdam... Su obra está presente en los museos y colecciones particulares de toda Europa, Hispanoamérica, Estados Unidos, Canadá... Académico de San Fernando y también correspondiente de The Hispanic Society of America, de Nueva York, Comendador de Alfonso X el Sabio y oficial de la Legión de Honor. En Venecia, en las universalmente famosas Bienales, hay siempre una sala vacía y dispuesta para las obras del escultor Clará.

Clará es también autor de estatuaría religiosa, que se halla esparcida por toda España y por el extranjero. Como dibujante, son famosas las ilustraciones que en su juventud hizo sobre las danzas de Isadora Duncan.

—Mis materiales preferidos son la piedra y el mármol—dice, y bien se ve cómo los domina.

Una de las últimas obras de don José Clará (1946) es la talla para la capilla del castillo de La Mota. Más recientemente, en enero de 1956, le fué impuesta en Barcelona la Medalla de Honor del Real Círculo Artístico.

El escultor Clará es hombre soltero. Escribe todos los días sus Memorias. Escribe en castellano, en catalán y en francés.

—El arte—suele decir—es una adoración permanente a Dios Creador, a su Naturaleza.

Daniel SUEIRO

Adquiera todos los sábados

“EL ESPAÑOL”

SEMENARIO DE LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA

EL SI Y EL NO DEL COMUNISMO EN VENEZUELA

Por su destacado interés damos a conocer a nuestros lectores el siguiente artículo publicado en el diario "Arriba".

LOS sucesos registrados en Venezuela, de los que tienen nuestros lectores referencia cumplida en estas páginas, ¿han sido de inspiración comunista? La pregunta es obvia, porque en las circunstancias que rodean los acontecimientos se advierten síntomas, peculiaridades y evidencias que merecen una atenta, serena, objetiva y reposada meditación.

Antes de nada convendrá que señalemos la táctica más actual del comunismo. Procede a golpes de sugerimientos, de división, de infiltraciones, de provocación, de pacificaciones taimadas. En cierto sentido, pone en tensión a todas las fuerzas políticas de un país, desvinculándolas del servicio político. Un régimen de excepción que asegure la paz, mantenga el orden y restablezca la autoridad, halla su permanencia y continuidad en el Movimiento social y político, que le vincula al pueblo. La sustancia de un régimen adquiere fuerza y vida en el grado en que el pueblo participa al través del Movimiento político homogéneo en la rectoría, porque de esta forma el pueblo se siente gobernante al ser gobernado. El Movimiento político asegura, a su vez, la evolución y la estabilidad y la paz en la justicia, en el orden y en la autoridad. Es el Movimiento el que dota de contenido político a la Administración, sin el cual la Administración es como árbol sin savia y sin esperanza de fruto.

Pues bien, los sucesos de Venezuela ponen de manifiesto que el fervor popular se había enfriado y la adhesión del pueblo se había debilitado, consumiéndose, al no recibir la savia y calor de un contenido político.

A su vez, los sucesos nos registran otro factor: el desprecio al sector católico como fuerza social vivificante. Aquí es donde la masonería y el comunismo lucen las galas de un ingenio poco menos que demoníaco. Se infiltran en los mandos para descargarse sobre los católicos las dificultades de cada día, indisponiendo a otras minorías contra ellos, y despreciando, con ironía y sarcasmo, la rectitud de intención, manifiesta en la oportuna y certera denuncia del Episcopado venezolano. Cuando los católicos caen en la trampa, y van de la sorpresa a la irritación, las fuerzas que tan hábilmente les manejaron son las que aplastarán después a los que, inconsciente o torpemente, se sumaron a la maniobra frente al Régimen y el Movimiento. No es el primer país que sufre el ahogo del juego trágico. Argentina ofrece un testimonio de los más tristes y aleccionadores, pues sabido es que los católicos —zaheridos en los primeros intentos— fueron los que después recibieron los golpes fulminantes, teniendo que replegarse a las trincheras más alejadas de cualquier actividad política posible. Primero se les convierte en fuerza de choque, luego se les condena, finalmente son las víctimas.

Los sucesos de Venezuela registran, como un sísmografo gigante, que los católicos son los que más han perdido en los repliegues de la política. Ha sido un error de un Régimen, al ceder a las tentaciones que les tendió la infiltración masónica.

Análogo procedimiento se repite con las fuerzas del Ejército. Cuando la Patria está en peligro, el Ejército es como un milagro seguro de salvación. Lo ha sido siempre y siempre lo será. Por eso la táctica del enemigo en Venezuela ha consistido en debilitar su cohesión interna, en romper su entraña popular y en deshacer su vinculación con el pueblo y con el Régimen. Después, la labor es fácil: presionar para que, llegada la hora, la disciplina y la obediencia sean tibias, remisas o abiertamente hostiles a una posición clara de defensa y sostenimiento. El epílogo, todos lo saben: la depauperación del Ejército como columna vertebral de la Patria.

También los intelectuales figuran como actores en el drama. El intelectual, mimado primero, arrinconado luego, encerrado en su torre de marfil, alejado de una política de misión, pretextándole asepsia intelectual, es empujado por la masa —cuando ya no tiene remedio ni su voz tiene eco— hacia posiciones extremistas, de las que sólo se sale claudicando vergonzosamente, entre la turba, con la túnica manchada y rota. Los intentos de fundación de una Universidad masónica en Caracas nos relevan de otras pruebas.

Por todo el cuerpo y el nervio de la subversión corre una fuerza demagógica de tolerancia mercenaria, de protección a la masonería, de coqueteo con los pro y filocomunistas y apoyo a los afines. Procedimiento operatorio denunciado con valor de parábola y conocimiento de causa en ese brevísimo político de Rabines: «El camino del Yenan».

Las condiciones económicas de Venezuela hacían presagiar horizontes de esperanzas, paz y orden. Pero cuando se olvidan las virtudes morales como salvaguarda de la paz y se menosprecia la vida del espíritu como anhelo de los hombres, no hay bienestar material que resista a los embates. Muchas veces la prosperidad económica envenena las fuentes de las aspiraciones, si el agua que beben los hombres no se limpia y no pasa purificada por los canales de un ideal y de un sentido cristiano de la existencia. Y a estas virtudes ha de atender también un Régimen de excepción para asegurar su pervivencia y engrandecer a su Patria.

Un Régimen no se configura sólo para los tiempos y horas bonancibles. Ha de asegurar su arquitectura contra todos los vientos, procedan de cualquier punto cardinal o surjan del centro mismo de la tierra, o de la esquina de un atardecer. Y quizá la tierra, o de la esquina de un atardecer. Y quizá tura, que mientras edifica, con la espada en una mano y la paleta en la otra, ordena piedra a piedra el edificio, asentándolas contra cualquier marea de vientos o de tempestades.

Los sucesos de Venezuela nos demuestran que errores, pequeños al comienzo, derrumban edificios colosales; porque no se prestó allí cuidado al Movimiento como sustancia política y factor decisivo de adhesión popular; porque se desconcertó el sector católico, se desintegró al Ejército y se facilitaron la estrategia de la masonería y la táctica comunista. Resultado de todo: la pérdida de la unidad, del orden y de la esperanza.



IGUALADA, LA PRIMERA CIUDAD DE ESPAÑA EN CURTIDOS

INAUGURACION DE LA ESCUELA NACIONAL DE TENERIA

MODERNAS ENSEÑANZAS TECNICAS
PARA UN OFICIO DE ANTIGUA TRADICION



El primer alumno de la Escuela, en el laboratorio. Arriba, máquina de desvenar

EN el kilómetro 70 de la carretera Barcelona a Madrid está Igualada. Es un día gris, sábado por la tarde, con aires de nieve en la sierra y hielo en las calles.

Fuimos a Igualada con el deseo de exponer lo que representa la industria de tenería. Y la verdad es que después de cinco horas de incansable recorrido, subiendo y bajando escaleras, impregnados del ambiente y rodeados de cueros por todas partes, nos sentimos satisfechos. Era algo nuevo. Muchas de aquellas visitas las podían haber hecho nuestros abuelos —siglos de existencia tienen—, pero no las hicieron, no por falta de interés, sino por completo desconocimiento. Esta ciudad es un concierto armónico de sorpresas, donde la simpatía de sus habitantes y las innegables cualidades de fino humorismo y hospitalidad, hacen que todo resulte ameno y hasta divertido. Las industrias, que pasan de generación en generación a los mismos apellidos, tienen carácter vetusto, pero con un fondo de poesía, de alegre despreocupación. Quizá para los no versados en la materia están un poco sucias, anticuadas y malolientes; pero para ellos, los trabajadores incansables, representan una alegre fantasía medieval, ya que saben inspirar a su cotidiana faena un sello característico de rancio sabor.

LOS MAS ANTIGUOS OFICIOS

En el término de Vilanova del Camí, a la orilla derecha del Noya, en el terreno llamado Vilar del Met, se descubrieron en distintas épocas cimientos y vestigios de edificios y habitaciones, muros y bóvedas enterradas, piedras labradas, dos líneas de mu-



En esta sección de la factoría se descarnan las pieles

rallas de quince metros de longitud Y, además, restos humanos, fragmentos de cerámica y medallas y monedas romanas con las efigies de Augusto y Tiberio.

El geógrafo Ptolomeo, siglo II de nuestra era, señala en su mapa del mundo determinados pueblos que tienen idéntica orientación geográfica a los comprendidos en la cuenca igualadina. Junto al río, en la posición en que hoy está enclavada Igualada, coloca a Jespus.

Es, pues, Jespus la primera denominación conocida. Después, los historiadores, con apreciaciones parecidas pero no idénticas, han ido situando a Igualada a través del tiempo como poblado árabe y avanzadilla cristiana. Finalmente, en esto se ponen de acuerdo, afirman que durante el mandato de Wifredo el Velloso, primer conde independiente de Barcelona, se hizo necesaria, para defender los terrenos conquistados a los moros, la construcción del castillo de Odena, en cuyo término nació la actual Igualada.

A partir de aquí, cualquier tratado de Historia completo puede servirles mejor que el cronista. Ha querido, sin embargo, dejar constancia de los primeros pasos históricos de esta ciudad, que, como tantas y tantas españolas, tienen tradición y leyenda para constituir por sí solas la base documental de una biblioteca erudita. Y ha sido así porque a la historia de Igualada se puede sumar la de la industria del curtido en el suelo patrio. Ya que los romanos, ilustres predecesores en los oficios, constituyeron el de «lorarius», «tabernacularios», «doncarius» y «membranarii», equivalentes al de guarnicionero, confeccionador de correajes, ta-

bricantes de corazas y «laborador de pergaminos».

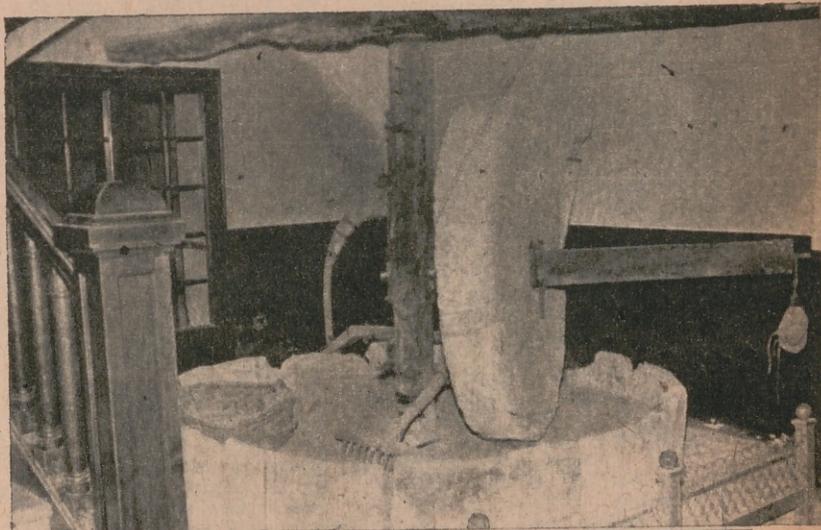
Sus calles, muchas de ellas de sabor medieval, sus paseos, sus empedrados y hasta el escudo de la ciudad, enclavado en la actual fachada del Santo Hospital, constituyen un conglomerado peculiar, donde la imaginación no puede dar rienda suelta a la fantasía, porque para conocer el porqué de su dispar trazado, para ahondar en el significado de sus tradicionales «masías» o en el frecuente y vulgar rechineo de sus carros, hay que saber algo más que el superficial conocimiento que proporciona el simple «ver». Aquí no se puede ver y contar, porque entonces nos exponemos a caer en un lugar común que nada

tiene de verdad, y si mucho de leyenda.

«BLANQUERS», «GUAN-TERS» Y «TIRATERS»

Según Antonio Carner, la industria del curtido en Igualada se remonta a los mismos orígenes de su historia. Sin embargo, no existen datos concretos hasta el año 1340, en el que aparece en el libro de la «Universitat» el arrendamiento de los arbitrios sobre la «pelliceria» y «cuiatería», así como del «tany» (tanino), que se empleaba y emplea para curtir las pieles.

Más adelante, en los pintorescos pregones con que se anunciaba la Fiesta Mayor de la Villa, se ofrecía como premio a los ga-



El antiguo molino del museo, una joya histórica de gran valor arqueológico

RUSIA SIGUE EN HUNGRÍA

CON cinco mil ahorcados sobre su conciencia, Janos Kadar acaba de dimitir la jefatura del Gobierno húngaro. Demasiado empapadas en sangre estaban las manos del «verdugo» de Budapest, y Moscú ha juzgado oportuno decretar ese relevo para gozar así de una mayor capacidad maniobrera. Un cambio de guardia ue puertas afuera, con vistas a la opinión internacional, pero que en nada altera la desventurada situación de los húngaros.

Si Janos Kadar está manchado de sangre, su heredero, Ferenc Muennich, también lo está. La sola ventaja a favor de este último es que su nombre suena menos y su conducta es más ignorada fuera del país. Sin embargo, el historial de Ferenc Muennich no desmerece junto al de Kadar. Ya como miembro de las Brigadas Internacionales, el paso por España de Ferenc Muennich dejó una estela de desafueros y crímenes que permitía augurar sonadas empresas futuras. Creyó llegada su hora mágica con la revolución húngara de 1956. Como ministro del Interior, en íntimo compadreo con Kadar, fué el ejecutor de la matanza que siguió a la entrada de las divisiones soviéticas en Budapest. Con estos antecedentes debidamente anotados en su hoja de servicios, Ferenc Muennich podía esperar el porvenir confiadamente.

Para Moscú juega otra importante circunstancia a favor de Ferenc Muennich. Kadar tiene un agitado historial «titista», y el Kremlin no olvida ninguna postura desviacionista. A pesar de las matanzas húngaras, Kadar alienta sospechas entre sus amos rusos. Puede ser utilizado más o menos tiempo y para otras posibles empresas, pero el Kremlin lo eliminará tan pronto como lo crea conveniente.

Hay otras razones que explican el relevo. El hecho de que Kadar asumiese hasta ahora las funciones de la jefatura de Gobierno y las de la secretaría del partido comunista colocaba en difícil postura al régimen húngaro. Con esa concentración de poderes, Rusia veía negada indefinidamente la pretendida consolidación internacional del Gobierno de Budapest. Cuando la Unión Soviética está en pleno desarrollo de su manobra «pacifista» no favorece a la

misma la existencia de un régimen como el húngaro, impuesto a cañonazos por los blindados soviéticos, y en el que se daba esa concentración de poderes.

Al mismo tiempo, para cubrir aún más las apariencias, coincide la dimisión de Kadar con el proyecto de dar entrada en el Gobierno a representantes de partidos no comunistas. De esta manera, y sin la menor concesión de índole práctica, se quiere presentar a Hungría como un país no sometido a Moscú, en el que florece toda la flora de las llamadas libertades democráticas. Rusia intenta rematar la manobra ocultando el rostro del Gobierno de Budapest con la careta de la tolerancia y de la generosidad. Así se ha venido haciendo en Polonia y en otros países satélites para solaz y tranquilidad de quienes están dispuestos a dar por bueno el engaño.

Engaño burdo es intentar hacer creer que ha variado la situación en Hungría con la retirada de Kadar a la secretaría del partido comunista. El Poder reside precisamente en las dependencias burocráticas de la organización marxista, y todo lo demás está sometido incluso el Gobierno. Este es el caso en la misma Unión Soviética con Bulganin y Krustchev, o en Polonia con Cyrankewicz y Gomulka, o en Alemania Oriental con Grotewohl y Ulbricht. Siempre el Poder está en manos del secretario del partido comunista.

Después del relevo seguirá siendo Janos Kadar quien tendrá los resortes de la autoridad. Y cuando Kadar sea lanzado, entonces quien herede el cargo podrá decir lo mismo. Es el partido comunista húngaro el que sigue dominando el desdichado país y sobre él sus hombres, los dirigentes soviéticos. Todo lo demás son manoseadas concesiones a la galería, que por otra parte tiene a su disposición suficientes elementos de juicio para calar el verdadero alcance de ésta y de todas las maniobras soviéticas. Hubo un momento en que la U. R. S. S. pudo dar una prueba de buena fe: con ocasión del alzamiento popular de los húngaros. Entonces ya expresó el Kremlin su punto de vista. Lo que impuso en esos días a cañonazos no lo va a perder en virtud de un ver-sallesco relevo de guardia.

nadores de los concursos de fuerza y agilidad, muy frecuentes en aquel entonces, «un parell de borcaguins marroquins de adop de Agualada».

En el siglo XVII el oficio había adquirido ya suficiente importancia para que en 7 de marzo de 1690 se reunieran en Consejo los «blanquers», «guanters», «tiraters» y «cassahonadors» y acordasen unas «Ordinacions» para el mejor desarrollo de la industria.

En 1765 figuraban doce edificios destinados exclusivamente a la fabricación de curtidos, con una producción anual de 37.000 piezas, entre suela, vaqueta, cordobanes y badanas. En 1797 se registraron veinte fábricas con 200 obreros y una producción de 29.800 cordobanes y 16.600 hojas de suela.

LOS CURTIDORES EN EL BRUCH

Siguiendo el curso de los años el Ayuntamiento concedió al Gremio de la Cofradía de los Curtidores el terreno solar de la parte exterior de las murallas que media des del cantó de la torra dels hereus de Joseph Calsina fins a la torra del hospital, y desde la torra de Ntra. Senyora de Gracia, fins als corrals de la present vila; ab la facultat de poder plantar claus en ditas muralls per estendrer cuyos y poder treballar. Todo ello con la obligación por parte del Gremio, de abonar en concepto de entrada la cantidad de 140 libras barcelonesas, y cada uno de los miembros un sueldo pagadero el día de Navidad a los administradores del Santo Hospital.

La historia del Gremio de Curtidores, desde entonces a nuestros días, está salpicada de curiosas anécdotas y alentadores ejemplos. Entre las primeras se pueden contar los dos pleitos que sostuvo con el Ayuntamiento en los años 1795 y 96; el primero motivado por la cesión ya reseñada, y el segundo, por cuestión de impuestos. Ambos los perdió en principio, aunque logró en el segundo, por Real Decreto, una tregua durante el cual se suspendió el impuesto llamado de «Bollati».

No podemos dejar de mencionar la participación de los curtidores en la memorable jornada del Bruch, donde fueron los primeros en defender aquella parte de nuestra Patria. Es tradición que un joven llamado Pablo Arch, de apodo «Pau Mangen» fué el que disparó el primer escopetazo derribando del caballo a uno de aquellos coraceros napoleónicos que, al decir de los contemporáneos, «feian terror». Un «blanquer» fué, pues, el que inició con su coraje la victoriosa jornada del 6 de junio de 1808.

Hombres acostumbrados a la dura labor cotidiana supieron luchar con denuedo por el honor de una humilde bandera de Cofradía —la del Santo Cristo—, perdida y recobrada varias veces en el fragor de la batalla y convertida, al fin en honroso trofeo de victoria. Y así, los curtidores igualadinos han ido escribiendo su libro, con españolísimo estilo, aportando con su trabajo

una mayor pujanza económica del país y con su ímpetu y coraje un sello de heroísmo que ha sabido imprimir actos cuando las grandes fechas de la Patria así lo han exigido.

SOBRE MONTAÑAS DE CUERO

Hemos visitado varias fábricas de Igualada, antiguas y modernas. Hemos recorrido sus naves, endemoniadamente empinadas, con el deseo de que llegara a ustedes el testimonio real de lo que representa la industria de la tenería.

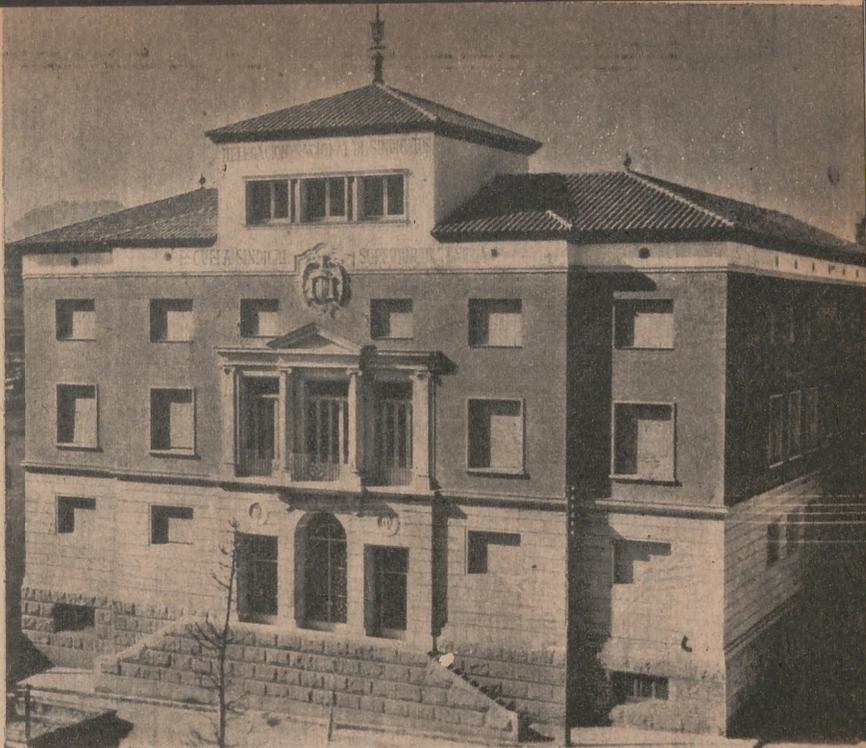
El señor Palmés Bertrán hizo que las puertas se abrieran con la velocidad que necesitábamos, y sus fábricas y las ajenas pasaron por nuestros ojos con la rápida visión de un noticiario cinematográfico.

Las industrias antiguas —muchas de ellas cuentan con más de dos siglos— tienen una peculiar estructura. Fundamentalmente se hallan enclavadas en sótanos, de una profundidad aproximada, sobre el nivel de la calzada, de diez metros. Aunque conservan «noques», cuchillas y piedras «tosca», han abandonado los rudimentarios métodos utilizados antaño. Constan de una nave larga de unos doce metros y una cueva adjunta de unos tres metros cuadrados, en donde antes se efectuaba la curtición. Tienen también dependencias anexas que servían para desarrollar las distintas etapas de la industria.

Los cueros —vacuno, cabrío y lanar—, importados en su mayoría y tradicionalmente de Argentina, Brasil, Uruguay y Cuba, con pequeñas aportaciones de la cabana nacional, eran depositados en los mismos o parecidos almacenes que hoy se utilizan, y en los que se amontonaban hasta llegar al techo. Precisamente he tenido ocasión de subirme a una de esas curiosas montañas en forma de cueros sin curtir; les aseguro que es divertido escalar tan accidentado monte, sobre todo teniendo en cuenta el suelo tan «deslizante» que motiva la casi continua caída. Más de una vez el rabo o la oreja de algún toro del Brasil evitaron un rápido descenso. Es posible que pase a la posteridad como el primer periodista —así me lo han asegurado los igualadinos— que ha escalado con éxito la terrible montaña.

EL CURTIDO PERFECTO

Una vez adquirida la materia prima se inician las operaciones. En primer lugar, las pieles se ponen en remojo hasta que se ablandaran lo suficiente como para que tuvieran la flexibilidad del desuello, luego se collocaban en «caleros» —pozos de cal hidráulica— durante quince días, pasado este tiempo se depilaban a mano. La siguiente etapa consistía en obtener el descarnado con productos cien por cien naturales; a continuación se procedía a la operación de descarnar que se llevaba a cabo con cuchillas muy cortantes y piedras «tosca». Seguidamente los cueros eran colocados en «noques» —pozos profundos— con aguas que conte-



Fachada principal de la Escuela Sindical Superior de Tenería

nían tanino y corteza de pino para su curtición, la cual duraba entre seis meses y un año. Se utilizaba también un sistema algo más rápido que consistía en coser los cueros y rellenarlos de corteza.

Una vez curtidos, sobre tablas muy recias, se desvenaban con el «marlet» y la «buxeta», realizada esta operación, que requería gran dominio del oficio y extraordinaria fuerza, se doblaban y se exponían al aire para su secado. Finalmente se frotaba la suela con «sagi» y se cilindraba con una gran mole de piedra.

Como ven ustedes la cosa era «facilita», todo consistía en tener pieles, fuerza, pinos, agua, cal, cuchillas, piedras, pozos y paciencia—sobre todo paciencia—, ya que ésta era la artífice del curtido perfecto; pero eso era antaño, hogaño...

EL 75 POR 100 DE LA SUELA QUE SE OBTIENE EN ESPAÑA

Quizá no sepan ustedes que el setenta y cinco por ciento de la suela que se obtiene en España sale de Igualada. Es decir que lo más probable es que la suela de sus zapatos tenga origen hispanoamericano y un acabado igualadino. Sí, seguramente usted, lector, sin saberlo, es un cliente de esa ciudad, un cliente antiguo, de siempre, un buen cliente. A lo mejor usted tampoco sabrá que Igualada tiene el censo mayor de Europa de trabajadores—en relación directa, claro está, con sus veinte mil habitantes—, ni que es la ciudad española que tiene más teléfonos y más máquinas de escribir. Datos curiosos, sí señor, lo que aprende uno todos los días.

Don José Galán Cargallo nos dice que más de la mitad del censo igualadino está constituido por trabajadores y de que esta ciudad tiene una producción anual de unos quince millones de kilos de suela, vendida por término medio a unas treinta y cin-

co pesetas kilo. ¡No multipliquen, por favor, se me va la cabeza!

En la moderna fábrica del señor A. Murt me explican el moderno proceso de curtición empleado en la actualidad en España.

Ocho etapas como en el antiguo, pero con una mayor velocidad en la intención de idénticos resultados. La materia prima, como es lógico, la misma. La depilación de los cueros se efectúa en bombos que contienen agua, cal y sulfuro de sodio—duración, tres horas—. El descarnado se obtiene con productos químicos y fermentos pancreáticos. Ahora bien, así como antiguamente todas las operaciones se realizaban dentro de los muros de la factoría, hoy, en la mayoría de los casos, se confía dos fases de la curtición—el descarnado y la mollienda de la corteza de pino— a empresas independientes y cuya misión no es otra.

UNA LABOR DESCARNADA

La empresa que regenta la señorita María Masseguer es una de las más antiguas de la ciudad. En ella se lleva a cabo la operación del descarnar. Una gran nave, en la que existen diversas máquinas modernas, potentes y precisas. En el momento en que llegamos descarnan los cueros de unos toros africanos.

La operación es mecánica, en cada máquina hay dos hombres, que pesan la piel dos veces. De los residuos se obtienen colas, gelatinas y abonos.

Una vez realizada la fase anterior los cueros vuelven a sus respectivos dueños, quienes inmediatamente los colocan en grandes bombos mecánicos para su curtición. Las pieles pasan por diferentes etapas marcadas en distintos bombos que contienen disoluciones de tanino desde un grado hasta diez. En estos armatostes se logra por simple frotación una temperatura superior a

los cuarenta grados. Luego el cuero ya está curtido.

Ahora bien, para la obtención del tanino se utilizan los servicios de una empresa de molinera dedicada a la trituración de la corteza de pino. Gracias al señor Palmes, que posee un molino gigantesco, pudimos comprobar esta fase. Consiste el molino en un descomunal cilindro exterior que encierra en sus entrañas una gran piedra. Accionado por un potentísimo motor, reduce a polvo la corteza, y de éste se obtiene el tanino necesario para el proceso que nos ocupa.

Terminada la operación de curtición, los cueros pasan a unas modernas máquinas donde se estiran; de ahí a almacenes con aire acondicionado, en donde se secan; luego se alisan y fortalecen en una singular máquina de planchar que para sí quisieran las amas de casa. Y ya está, Suela, suela, suela..., montones de suela. Una vez acabada se trocea en crupón, cuello y falda. Se vende a los almacenistas y a los fabricantes de calzado.

LA ESCUELA NACIONAL DE TENERIA

La Escuela Nacional de Teneria de Igualada que en estos días se inaugura viene a cubrir la gran laguna existente en España en relación con la enseñanza técnica de curtidos. La verdad es que siendo uno de los países promotores de tal industria nos íbamos quedando atrasados, ya que la falta de personal técnico hacía que nuestras factorías emplearan métodos que ahora aparecen rudimentarios y de escaso valor científico. El aprendizaje ha sido hasta ahora rudo, y la consecuencia, claramente manifiesta en el último Congreso Internacional de Curtidores, se vislumbraba al vernos superados por otros países.

Dieciséis naciones en el mundo tienen escuelas de Teneria; desde ahora, diecisiete, porque España entra también en el concierto internacional. Treinta y tres centros de enseñanza repartidos entre Estados Unidos, Austria, Bélgica, Checoslovaquia, Dinamarca, Francia, Alemania, India, Inglaterra, Italia, Yugoslavia, España, Suecia, Suiza, Rusia y Turquía enseñan el arte de curtir.

Le cabe a la Obra Sindical de Formación Profesional el honor de la creación de este Centro—en el que se han invertido más de siete millones de pesetas—, apoyo de una industria hoy en precaria situación. Tiene como fines: proporcionar a la Industria Nacional de Curtidos personal técnico, no académico, con sólida base científica para comprender los fenómenos de curtición y asímilir el progreso técnico de esta industria; facilitar a los químicos, peritos e ingenieros un conocimiento especializado de los problemas de la industria y una práctica en la técnica y tecnología de la curtición; ensayar los métodos de industrialización realizados en el extranjero; mantener estrecho contacto con las escuelas de Teneria y centros extranjeros de Investigación del Cuero, intercambiando trabajos y adaptando los métodos deducidos

de sus experiencias, y por último poner a disposición del Sindicato de la Piel y de la Industria de Curtidos los aparatos de control de la calidad del cuero que fuesen necesarios, realizando determinaciones mecánicas, físicas y químicas y cooperando en la realización de los tan necesarios marchamos de calidad y garantía.

EL ARTE SE HACE CIENCIA

Consta de siete cursos de nueve meses; tres cursos para conseguir el grado elemental de enseñanza y el título de Oficial Curtidor; dos cursos para el grado medio y el título de maestro y finalmente dos más para el grado superior y el título de Técnico en Curtidos.

Es el grado elemental un compendio de cultura general, especialmente en Ciencias, con enseñanzas de las reglas más empíricas que rigen la Técnica de la Curtición. El grado medio es fundamentalmente de formación básica en las Ciencias Aplicadas, dando fundamentos científicos al alumno para que pueda comprender la teoría de la curtición y los cálculos de mecánica que implican su tecnología. El grado superior es complemento del medio y especialización de las Ciencias directamente aplicadas al cuero y en la tecnología de toda la Industria de la Piel.

Bajo estas directrices se han repartido las asignaturas. En la primer grado hay veinticinco horas dedicadas a asignaturas básicas; en el grado medio, esta relación es de cinco a quince horas y en el grado superior, diez horas se destinan a la explicación de los fundamentos teóricos y diez más a la Tecnología de la Curtición.

Las prácticas industriales se realizan por grados de enseñanza, trabajados en la Teneria Experimental sobre la fabricación de cuero industrial, box, dónzolas, guantería y ante.

En todos los grados se realizarán prácticas de Laboratorio tan necesarias para la formación del personal especializado.

Para la concesión del título, tanto el de Maestro como el de Técnico, se realizarán exámenes finales de cada grado, existiendo unos coeficientes para cada grupo de enseñanzas que intervendrán en la calificación final para conceder el certificado de grado aprobado o el título correspondiente.

EL PRIMERO DE LA CLASE

Consta el edificio de cuatro plantas: semisótano, dedicado a la fábrica experimental de curtidos; baja, a instalaciones de maquinaria de diferentes acabados; primera, a aulas, sala de actos, claustro de profesores y dirección; segunda, a laboratorios.

Ni qué decir tiene que el recorrido ha tenido indudable interés. Y aún puedo decirles más, puesto que ha habido lugar para la anécdota, ya que, afortunadamente, hemos podido charlar con el primer alumno oficial que tiene la Escuela—no único, entiéndase, sino primero—se trata de José Ronchera Gulla, de veintiséis años, licenciado en Ciencias Químicas, a quien hemos sorprendido en el laboratorio haciendo prác-

ticas. El chico se aburre y antes de que empiece el curso estudia.

El ha sido quien ha buscado al go que se saliera de lo corriente, de lo normal y así nos ha informado de que en esta Escuela de Teneria se han curtido ya las pieles de los cocodrilos—enfermizos—que murieron en el Zoo de Barcelona. Una de las pieles, en un bombo todavía, ha visto la luz durante breves instantes gracias al alumno, nosotros hemos podido apreciar el estado en que se encuentra, seguramente dentro de unas semanas tendrá mejor aspecto, porque lo que es ahora...

La falta de preparación para dedicarse a la industria del curtido es lo que le ha impulsado a matricularse en la Escuela de esta ciudad. Cree que tiene porvenir dicha especialización y que por lo tanto—ya que es joven—no quiere perder la oportunidad.

Eran ya las nueve de la noche cuando abandonamos la Escuela. Rápidamente, no podíamos olvidarlo, nos dirigimos al Museo de la Piel.

LA VALIOSA COLECCION DE GUADAMACILES

Juan Armengol Costa, jefe de programación y primer locutor de Radio Igualada, fué nuestro guía en el Museo. Ustedes se preguntarán por qué después de todo lo que antecede tengo que hablarles del Museo de la Piel. La razón aunque parezca un tanto oscura me la hizo ver nuestro acompañante: «Igualada, la Escuela de Teneria y el Museo de la Piel, se unen, se funden y complementan para constituir el tronco de la Industria del Curtido.»

El Museo de la Piel de esta ciudad es el primero y único de España y el tercero de Europa. Fue inaugurado el 13 de junio de 1954, festividad de San Antonio de Padua, patrón de los curtidores igualadinos. Una de las cosas curiosas que encierra es un trozo de la trompa de Perla, el elefante del Zoo de Barcelona tan querido por todos los niños de aquella ciudad.

Tiene dos amplias salas, en la primera están englobadas las secciones de piel y su procedencia, con unos interesantes muestrarios de «pelos y pintas» y de «defectos y taras de la piel», así como «las fases y procesos de curtición» expresados en amplias y gráficas sinopsis brillantemente complementadas con una nutrida y vistosa colección de pieles acabadas.

Al pie de la escalera se encuentran un viejo molino de piedra para corteza de pino, ejemplar único en su especie y de gran valor histórico. En la segunda sala destinada a las aplicaciones de la piel sobresale por su importancia artística y arqueológica la valiosa colección de Guadamaciles de los siglos XVI al XVIII; baúles, cofres, alforjas de cuero gofradas, y hasta una cabeza confeccionada con piel y cabello humano imitando a las célebres de los cazadores de testas. Esta visión es tan rápida como lo fué mi visita a Igualada, la primera ciudad de España en curtidos.

Rafael Luis GOMEZ RAYA
(Enviado especial)
(Fotografías de Alegrí.)

En lo alto de esa escaleri-
lla que llega hasta la cum-
bre de Zeta está el control
de la nueva máquina



“ Z E T A ”

UN SOL FABRICADO POR LOS HOMBRES

EL AGUA DE LOS MARES Y LOS
RIOS SUSTITUIRAN A TODOS
LOS COMBUSTIBLES CONOCIDOS

HARWELL, la ciudad del átomo en Inglaterra. Edificios gigantes y construcciones diminutas, según las diferentes utilidades y pruebas. En un sector, un gigantesco hangar, cerrado a todas las miradas; el hangar es el centro de un círculo donde se levantan cada día nuevos cobertizos. Los obreros, los arquitectos y los técnicos de Harwell se mueven sin cesar entre ese ordenado rompecabezas de hierro y hormigón.

Un grupo de hombres con batas blancas se encamina hacia el hangar central. Pasa la puerta estrecha y metálica tras la inspección del vigilante. Allí dentro está «Zeta», la máquina del futuro que ahora empieza a hacerse popular

«Zeta» es grande: desde el suelo hasta el final superior de su estructura tiene la altura aproximada de una casa de dos pisos. «Zeta» es casi tan ancha como alta.

Lo que pudiera ser la cintura de la máquina está ceñida por un ancho tubo circular, de un metro de diámetro interior y tres de diámetro del círculo. En posición perpendicular a este tubo, dos arcos, uno al lado del otro, completan el esqueleto de la nueva máquina.

El suelo es limpio y metálico; resuenan los pasos de los hombres que se acercan al gigantesco artefacto. Todo es acero y aluminio con un brillo de instrumento nuevo, de metales llegados recientemente de una fábrica lejana. En cada rincón, los cables. Son rojos y negros y forman apretados haces que recorren infinidad de veces la superficie de la gran máquina. Trepán hasta arriba y luego bajan por otra vertiente del aparato.

Uno de los hombres de las batas blancas se acerca a los largos tableros de instrumentos. Consulta las indicaciones de todos los blancos círculos encristalados y después aprieta con su mano inmóvil la empuñadura de un gran conmutador. El científico vuelve la vista hacia los otros hombres, hacia uno en particular que parece ordenarlo todo. Un leve asntimiento es suficiente. El hombre de la bata blanca bajó de un golpe el gran conmutador.

Y entonces las entrañas de la gran máquina comenzaron a agitarse. Cada doce segundos una luz azulada llegaba hasta el techo del hangar y teñía los rostros de los hombres de ciencia. Apenas era un instante, unas milésimas de segundo lo que duraba el relámpago, y luego otra vez se apagaba hasta esperar que pasaran los próximos doce segundos.

Arriba, donde los cables se pierden, hay una pequeña plataforma. Una escalera blanca, de yate de recreo, lleva hasta el lugar donde se controlan todos los di-

ferentes sectores de la máquina.

Cerca del gran artefacto están los condensadores, instrumentos ocultos de la gran descarga que cada doce segundos pone el auge sobre el metal de cada esquina. De los condensadores hasta la máquina hay un corto trecho que tiene que salvar la energía eléctrica. Un cable de cobre es el encargado de esta misión. Con la debida intermitencia pasan 200.000 amperios a través del cable, tan grueso como la pata de un elefante.

Sin ruidos, las corrientes eléctricas penetraban en el gas hidrógeno encerrado en una vasija de aluminio. Afuera todo seguía igual; sólo los científicos podían saber que por primera vez el hombre había conseguido obtener temperaturas como las que existen en el Sol.

CUANDO LOS ATOMOS SE UNEN

El nacimiento del nuevo reactor británico que ha sido denominado «Zeta» (anagrama de Zero-Energy Thermonuclear Assembly) significa el primer paso para el aprovechamiento pacífico de las reacciones termonucleares. Hasta ahora la «domesticación» de la bomba «H» era un sueño no conseguido por ningún científico. «Zeta» señala la proximidad del momento en que estos anhelos serán convertidos en realidad.

Una potente batería de condensadores, capaces de almacenar hasta 500.000 julios de energía, envía cada doce segundos las descargas eléctricas con las que se obtienen en el interior del reactor las temperaturas de unos cinco millones de grados, jamás alcanzados en ninguna obra del hombre. Esta enorme cantidad de energía está destinada a lograr la fusión de dos átomos de hidrógeno para obtener uno de helio, proceso que se logra de una manera rápida y violenta en las explosiones de bombas «H». En ellas el gigantesco calor necesario para lograr la unión de los dos áto-

mos de hidrógeno, se obtiene mediante un «detonador» compuesto por una reducida bomba atómica. En «Zeta» la descarga eléctrica sustituye a ese diminuto artefacto.

Al producirse la unión de los dos átomos se libera una cantidad de energía much mayor que la consumida en la experiencia, y es aquí donde radican todas las posibilidades de «Zeta» o de sus sucesivos modelos perfeccionados. Será preciso que las descargas se hagan más frecuentes y el calor generado por ellas alcance hasta los cien millones de grados, temperatura superior a las existentes en el interior de cualquier estrella, incluida el propio Sol.

«Tenemos el 90 por 100 de probabilidades de haber conseguido nuestro objetivo», afirmó el John Cockcroft, director del Centro de Investigaciones Atómicas de Harwell, refiriéndose a la tentativa de fusión de los dos átomos de hidrógeno.

Cuando los reactores «Zeta» sean perfeccionados y se obtenga de una manera continua una cantidad de energía mucho mayor a la que en ellos se invierte desaparecerá de la tierra el resto de los combustibles normales. Incluso el uranio o el plutonio, que se comienzan a utilizar ahora en las centrales atómicas, dejarán de tener algún valor desde un punto de vista práctico. El nuevo combustible será extraído en la cantidad que se quiera de las aguas del mar o de los ríos más próximos; el agua contiene hidrógeno ordinario, y por cada 6.0 átomos de éste existe en ella uno del tipo que se precisó para la liberación de energía termonuclear.

TODO ES CALOR

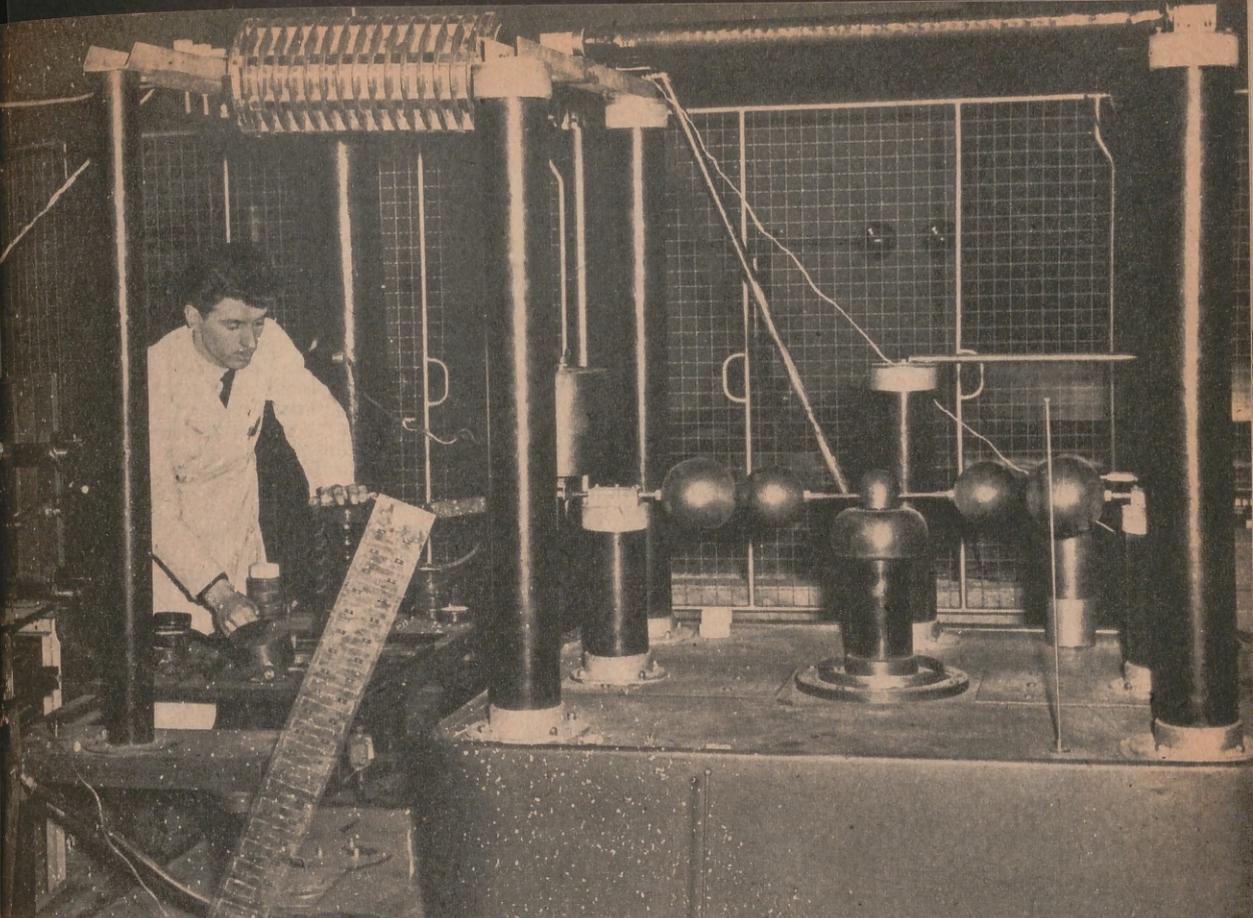
Las mediciones en el reactor «Zeta» son mucho más difíciles de efectuar. A la temperatura de la descarga eléctrica, el deuterio o hidrógeno pesado queda desprovisto de su electrón y no emite, por tanto, un espectro de diversas líneas.

Se pretende soslayar esta dificultad mezclando el deuterio con otro gas más denso, como el nitrógeno o el oxígeno, cuyos átomos no pierdan todos sus electrones en el momento de la descarga. Las líneas espectrales que produzcan estos cuerpos bastarán para conocer con una relativa aproximación la elevada temperatura alcanzada. En efecto, los átomos del gas que ha servido para la mezcla chocan constantemente con los de deuterio; por el llamado efecto Doppler se ensanchan las líneas emitidas sobre el espectro de luz, y este ensanchamiento proporciona la medida de la energía de los iones. Por este método se han llegado a medir diversas temperaturas del «Zeta» que oscilaban entre los dos y los cinco millones de grados centígrados.

¿Qué ocurre allá dentro, más allá de los tubos y de los cables? El «Zeta» desarrolla su trabajo a partir del deuterio gaseoso, que no es más que un isótopo del hidrógeno ordinario. Su átomo tiene, como el de éste, un solo elec-



Donald Fry y Peter Thonemann, dos investigadores con derecho al título de «Padres de Zeta»



Francia participa también en las investigaciones sobre la energía termonuclear. He aquí un dispositivo de sincronización de «Bebé-Sol», en Fontenay-aux-Roses

trón, el más mínimo corpúsculo cargado con electricidad negativa, y que en este caso gira alrededor de un núcleo, compuesto de un protón y un neutrón, es decir, dos partículas, una con carga eléctrica positiva y la otra sin carga de ningún género.

A través del gas que se halla en el interior del «Zeta» se hace pasar una gran descarga eléctrica, de la misma manera que se realiza en los tubos de neón destinados a los anuncios luminosos. La corriente eléctrica calienta al deuterio y forma al mismo tiempo un campo magnético que mantiene al gas alejado de las paredes. Si se repartiese por toda la cámara bajaría la temperatura y además las paredes no podrían soportar el inmenso calor desarrollado. No existe en ninguna parte del Universo un material capaz de resistir en estado sólido o líquido las temperaturas de millones de grad.s.

DESTITUCION TRAS LA VICTORIA

El nuevo reactor no podía ser obra de un solo hombre; hacen falta muchos técnicos y medios para hacer realidad esa descarga eléctrica que ha conmovido los medios científicos de todo el mundo. «Zeta», fruto de la colaboración angloamericana, es el resultado del esfuerzo de un equipo, que ha estado dirigido por sir John Cockcroft. Premio Nóbel y director del Centro de investigación atómica de Harwell.

En 1932, Cockcroft alcanza sus primeros éxitos cuando, en unión de Walton, consigue en los labo-

itorios de la Universidad de Oxford la división del átomo. Las partículas de hidrógeno lanzadas sobre el litio consiguieron la desintegración de los átomos de este elemento que se convirtió en el gas helio. Cockcroft prosigue después las investigaciones atómicas cuando éstas se hallaban totalmente circunscritas a unos pocos centros ignorados por la mayor parte de los hombres.

Con la terminación de la segunda guerra mundial, la cooperación atómica angloamericana se deshace rápidamente al descubrirse las filtraciones de secretos atómicos que permitieron la fabricación de bombas atómicas soviéticas. Entonces Inglaterra decide en 1946 proseguir por su cuenta estos trabajos y funda para ello el gran Centro de Harwell, donde 6.000 técnicos de diferentes especialidades se hallan a las órdenes del director, sir John Cockcroft.

Al mismo tiempo que «Zeta» adquiere su mayoría de edad, Cockcroft es sustituido en la dirección de Harwell. Esta medida ha sido tomada después de la publicación de un famoso «Libro Blanco» acerca de lo sucedido en Windscale, donde un accidente en una fábrica atómica contaminó peligrosamente toda una comarca. En este informe se contenían asimismo las conclusiones realizadas por sir Alexander Eleck, designado para la investigación de los hechos.

La destitución de Cockcroft es simultánea a la de sir William Penney, hasta ahora director del Centro de Investigaciones para Armas Atómicas de Aldernaston. Penney intervino en Los Alamos

en la construcción de la primera bomba atómica. Sir John Cockcroft será reemplazado por el profesor Schonland, aunque conservará la presidencia de la Comisión de Energía Atómica británica.

LOS PADRES DE «ZETA»

Junto con el nombre de Cockcroft otros han salido a la popularidad mientras en «Zeta» prosiguen las descargas. La mayor parte de los científicos de Harwell son hombres jóvenes que han tenido tiempo suficiente para incorporarse a las investigaciones atómicas de los últimos años. Así, uno de ellos, Robert Carruthers, cuenta solamente treinta y siete años. Este hombre de ciencia, que nació en Leeds, en el condado de York, se halla dotado de una gran capacidad de trabajo que le permitió desempeñar sus servicios durante dos años en el Departamento de Ingeniería de la Administración Británica de Correos, al mismo tiempo que estudiaba en el Northampton Polytechnic Institute, de Londres. En la Universidad londinense aprendió ingeniería eléctrica, y en 1941 obtuvo el premio extraordinario al graduarse de bachiller en Ciencias. El ha sido quien en el verano de 1954 concluyó el diseño de un reactor experimental, «Zeta», que se comenzó a construir en agosto de ese mismo año.

La dirección de una parte importante de los trabajos que han llevado a la fabricación de «Zeta» es obra de Donald William Fry, jefe de la División General de Física en Harwell. Como tantos otros, ha pasado por diversos cen-

tros de investigación aprovechando constantemente sus experiencias y dejando un rastro vivo de sus estudios. Durante cuatro años estuvo al servicio de la General Electric Company Ltd. para pasar después a trabajar en Hampshire, en el Real Establecimiento Aeronáutico de Farnborough. Cuando Harwell se convierte en el mayor centro de investigaciones civiles sobre energía atómica en 1946 se dedica allí por entero a la física nuclear. En 1950, junto con el nombramiento que ahora ostenta en la actualidad, recibe la Medalla «Dudeill» de la Sociedad de Física.

Los trabajos en equipo requieren estudios muy diversos entre los que ocupan una importante mención los de ingeniería. Esta especialidad fué la que llevó a Harwell a John Drew Mitchell, en la actualidad ingeniero jefe adjunto del Centro. Drew, que estudió en la Escuela de Bedford y en el Real Colegio Técnico de Salford, cuenta en la actualidad cuarenta y un años. Presta sus servicios en Harwell desde 1946.

El profesor Paese, uno más en el numeroso equipo, procede de

la R. A. F., en donde la segunda guerra mundial figuró como miembro de la Unidad Investigadora de Operaciones Aéreas. Nacido en 1922, se graduó en Ciencias Naturales, después de haber estudiado en la Escuela de Bedeles y en el Colegio de la Trinidad de Cambridge.

Entre los que más tarde se incorporaron a las investigaciones de Harwell figura el doctor William Bell Thompson, profesor de la Universidad de Toronto, en la que obtuvo el doctorado con una tesis sobre la convención térmica y el campo magnético de la Tierra.

En 1950, Bell obtiene una plaza de investigador en Harwell, y desde entonces se prepara para conseguir con otros científicos los resultados que han llevado hasta el «Zeta». Se dedica especialmente al análisis teórico de las propiedades físicas, relativas a gases altamente ionizados.

Hace cuarenta años que nació en Australia. Peter Clive Thoneman, un hombre al que durante mucho tiempo le ha obsesionado la idea de utilizar el agua del mar para la obtención de ener-

gía termonuclear. Según él mismo ha declarado, ni siquiera su propia mujer pudo creer nunca que este anhelo se convirtiera en realidad; la incompreensión fué, junto con el lógico deseo de hallar mejores centros de estudio, lo que le movió a trasladarse a Inglaterra donde hoy es considerado como uno de los «padres» de «Zeta», título que comparte con Donald Fry, William Penny y el propio Cockcroft. Thonemann, licenciado en Ciencias en 1946, dirige desde hace tres años después la investigación de las propiedades de los gases intensamente ionizados y ha conseguido contribuir en gran medida a la creación de llaves moduladoras de liberación de gases.

UNA CARRERA DE SIETE PAISES

La ciencia de Occidente se apunta con «Zeta» un tanto decisivo. La colaboración científica entre los diversos países del mundo libre ha comenzado ya a dar sus frutos. Inmediatamente que se han hecho públicas las pruebas del reactor británico, el Presidente Eisenhower ha realizado un nuevo llamamiento en favor de su programa «Átomos para la paz», cuyo objetivo se extiende a zonas de investigación que resultaban desconocidas cuando el Presidente formuló dicho programa.

Siete países por los menos trabajan en la actualidad para conseguir la total aplicación práctica de los principios que han hecho realidad la máquina «Zeta».

En el mes de mayo de 1956, y en febrero de 1957, los informes de algunos científicos soviéticos revelaron los esfuerzos que se realizan en Rusia para la consecución de estos resultados. Tras la posesión de la bomba «H», la Unión Soviética busca ahora el control de la nueva fuente de energía; aún no han llegado sus científicos a resultados tan decisivos como los de los ingleses y americanos;

En Norteamérica se dispone en la actualidad de varios reactores similares al «Zeta», pero de potencia más reducida. En el año actual posiblemente será construido el «Stellarator C», con el que se pretende obtener temperaturas superiores a las que existe en el centro de cualquier estrella. En 1960, el «Stellarator C», cuyo coste ha sido calculado en unos 50 millones de dólares, se hallará en condiciones de suministrar mucha más energía de la que consume, es decir, será posible su aprovechamiento industrial.

La Comisaría de Energía Atómica francesa, en colaboración con la firma Electricité de France, Sociedad nacionalizada para la investigación y suministro de la energía eléctrica, ha construido el llamado «Bebé-Sol», que produce descargas de gran potencia para obtener la unión de dos átomos de hidrógeno.

El anuncio de las pruebas de «Zeta» ha sido verificado simultáneamente en Inglaterra y los Estados Unidos. Este acuerdo, realizado en principio, parece ser que no ha prosiguido durante el

DE BAGDAD A LA REUNION DE ANKARA

HA comenzado la Conferencia de Ankara con el redoble de las bombas contra Foster Dulles. Ese sintoma no ha torcido los pasos del secretario de Estado americano, millonario en horas de viaje, pero le habrá servido de contrapunto para medir nuevamente las difíciles horas de hoy, con la subversión comunista presente en todos los meridianos.

Al fin y al cabo—y ello no asombrará un instante a Foster Dulles, ya que ha sido combatido por todos los bandos por representar la actitud contraria—Occidente llega a la Conferencia de Ankara en un momento psicológicamente débil. Si Europa y América se disponen a la negociación podrán decir en Turquía, Irak, Irán, Pakistán, ¿por qué han de hacer lo contrario nuestros países?

Esa pregunta, que circula soterrada en ese área tan extremadamente inestable como es el mundo islámico, tiene, a su vez, un nuevo motivo de duda y desencanto: la doctrina Eisenhower, que hace un año presentara el propio Presidente de los Estados Unidos al Congreso, ha sido abandonada. Los hechos reales han podido más que ella. Pertenece al pasado.

En resumen, Norteamérica se acerca, otra vez más, a los países miembros del Pacto de Bagdad con un aire expectante: unirse definitivamente al bloque significaría, evidentemente,

romper definitivamente con los países árabes contrarios, ideológicamente, al grupo de Bagdad.

Esa duda, ese pronóstico y horóscopo histórico de la situación había sido concluido aparentemente en la doctrina Eisenhower, pero para volver ahora al mismo punto de partida, a la misma duda inicial.

El choque ideológico de los dos bloques mundiales se ha transformado en el área universal de los países subdesarrollados de Asia y Africa—un inmenso conjunto de 1.500 millones de hombres—en una batalla decisiva y solemne que comienza a pesar gravemente en la balanza mundial.

Démonos cuenta de una cosa: en el Oriente Cercano, desde Turquía a Pakistán, la cercanía de Rusia, frontera siempre peligrosa, constituye un acicate, ciertamente, para estar sobreaviso, pero estos pueblos necesitan, por su propia estrechez de horizontes, por sus escasos recursos, la conciencia de una solidaridad colectiva, de una autoridad indiscutible en el terreno de la defensa, asunto que no ven claramente. Si, oficialmente—por la menor diversidad política y cultural—, el Bloque de Bagdad se muestra más solidario con las ideas de defensa y rearme que Europa, las corrientes de subversión navegan y crecen a menos que seriamente se instaure una política coherente en el mundo occidental.

desarrollo sucesivo de los experimentos. Algunos científicos británicos han acusado a sus colegas norteamericanos de haber impuesto una demora en la publicación de los resultados con objeto de ponerse a la altura de los ingleses. En la oportuna réplica, los americanos afirman hallarse en iguales condiciones que los británicos. Los reactores de los Estados Unidos no han obtenido todavía temperaturas como las alcanzadas en Harwell, pero la velocidad en la repetición de las descargas eléctricas ha sido mucha mayor.

Las corrientes de «Zeta» se verifican con una intermitencia de doce segundos entre dos descargas, en tanto que la de los reactores americanos se suceden solamente con dos segundos de intervalo.

Estas acusaciones han sido inmediatamente desautorizadas por los propios británicos. Uno de los más importantes sabios ingleses, Edwin Plowdel, ha declarado: «Los rumores de que los Estados Unidos habían ejercido cierta presión sobre el Reino Unido para evitar la publicación de los resultados obtenidos durante sus experimentos, carecen en absoluto de veracidad.»

Al parecer, las disensiones son de tipo puramente personal entre algunos investigadores, mientras en las altas esferas científicas de ambos países se estrecha cada día más la colaboración iniciada a partir de los avances científicos de los soviets. Lewis Strauss, presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, ha reafirmado también la solidaridad del bloque anglo-norteamericano de investigación.

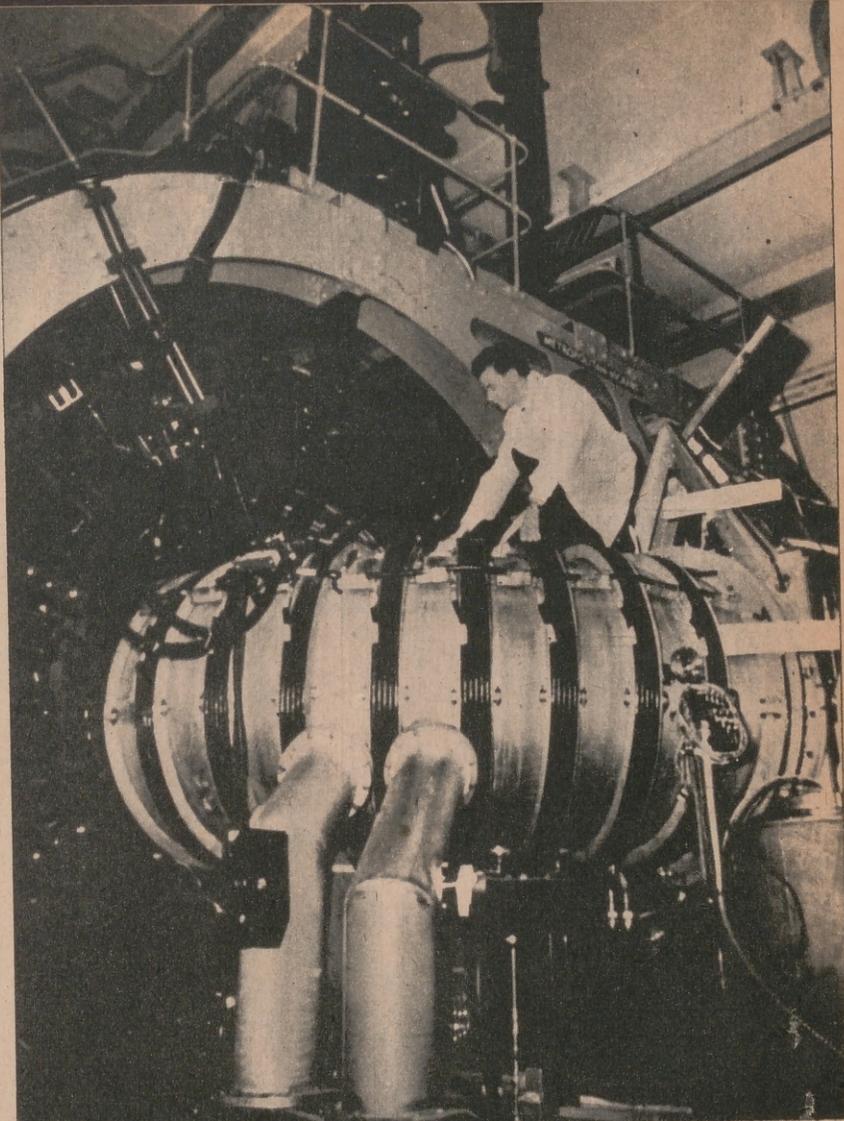
COMBUSTIBLE PARA TODOS

Con ser grande el éxito conseguido por los lanzamientos de satélites artificiales, la realización de «Zeta» constituye hasta ahora el mayor impulso dado a la navegación espacial.

Los motores conocidos hasta la fecha en los más modernos cohetes significan una gran servidumbre para la futura nave del espacio que habría de despegar de la Tierra o de una plataforma satélite con una inmensa carga de combustible que ocuparía la mayor parte de la astronave. Si, como parece, se llega a obtener energía de los reactores tipo «Zeta», ésta alcanzará una potencia fabulosa. Según un cálculo realizado por técnicos franceses, los 55.000 millones de kilovatios-hora que anualmente producen las industrias energéticas de Francia podrían ser obtenidos solamente con 600 kilos de hidrógeno.

La utilización de la energía termonuclear no significa solamente un gran paso de la industria humana; es una revolución en el campo económico, ya que cuando la existencia de reactores como «Zeta» se multiplique, las fábricas no habrán de tener en cuenta para nada los gastos derivados de su consumo de energía.

Todo aparece ya como una cercana realidad en el campo de las realizaciones técnicas del hombre. El día en que los reactores de



En el centro del círculo que forma ese tubo se producen las descargas de 200.000 amperios

este tipo puedan ser destinados a la industria bastarán cinco litros de agua para obtener de ellos hidrógeno suficiente con que obtener la misma potencia que proporcionan 1.000 litros de gasolina. Con este descubrimiento, cualquier combustible se revela más caro y mucho menos eficaz que la propia agua, de donde saldrá mañana toda la energía necesaria. Los mares, los ríos y hasta la propia atmósfera serán entonces los yacimientos de combustible. Las reservas son absolutamente ilimitadas en tanto el hombre desarrolle su vida sobre la Tierra.

Con «Zeta» se quiere reproducir el proceso atómico que ininterrumpidamente se verifica en el Sol, y han sido los franceses los primeros en hacer resaltar la importancia del éxito del nuevo reactor.

Los técnicos galos han conseguido hasta ahora temperaturas del orden del millón de grados, pero esta victoria sobre sus técnicos no ha obstado para que M. Perrin, alto comisario francés de la Energía Atómica, felicitara calurosamente a los sabios británicos, aunque afirmando, como ellos mismos reconocen, que aun quedan por resolver muchos problemas hasta llegar a la obtención industrial de energía, es decir, hasta sobrepasar ese punto en

que se igualen la energía consumida por la puesta en marcha del reactor y la desprendida por la unión de dos átomos de hidrógeno.

Junto a estas victorias y las que se adivinan en el futuro aparece también un grave peligro, el del colapso económico que amenazará a muchas naciones si esta energía solamente puede ser producida por las más fuertes naciones. Los pequeños países que se hallen incapacitados para la fabricación de reactores «Zeta» tendrán que subsistir con sus antiguos medios energéticos, y las diferencias entre ambos grupos serán cada vez mayores. Solamente la cooperación del mundo occidental puede permitir que esta revolución industrial, la mayor de las conocidas hasta ahora, desde que el hombre consiguió el fuego, no cause trastornos de considerable magnitud.

Junto a este descubrimiento, la obtención de energía eléctrica por medios hidráulicos, térmicos o simplemente por la disintegración atómica carecerán prácticamente de importancia en la Historia de la Humanidad, que habrá logrado, por fin, conquistar el secreto de las estrellas: reproducir en la Tierra la energía que alimenta a los soles del Universo.

Guillermo SOLANA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140



“ZETA”

UN SOL FABRICADO
POR LOS HOMBRES

EL AGUA DE LOS MARES
Y LOS RIOS SUSTITUIRAN A
TODOS LOS COMBUSTIBLES
CONOCIDOS